



# la vida en suspenso

16 hipótesis sobre la Argentina  
irreconocible que viene

**Abal Medina · Bartolotta-Gago-Sarraís Alier · Bercovich  
Gelós · Golombek · González · Graboís · Leiras · Litvachky  
Llinás · Orchani-Badaracco · Rodríguez-Schuster · Santucho  
Segato · Tokatlian · Tordini**

## la vida en suspenso

¡Bienvenidos y bienvenidas a la nueva anormalidad! (aunque tememos que no va a gustarles).

Nuestros ricos se niegan a pagar un impuesto solidario. Las personas mueren solas en la pandemia. ¿Es imposible la unidad nacional? y en todo caso, ¿para qué la querríamos? Una vez más, ¿qué hacemos con el Conurbano? El Estado descubre millones de personas caídas del mapa. Lo más alto del Poder Judicial muestra inacción e insensibilidad. Qué nos enseña la ciencia. Quién manda y cómo manda en el federalismo. ¿El nuevo cuco de los agronegocios es la soberanía alimentaria? El mundo de las empleadas domésticas deja ver la falta de límites de la miseria humana. Qué diplomacia le conviene a un país modesto como la Argentina. Cuál es el cine del mañana y por qué es necesario inventarnos un relato que nos reconcilie al final de esta aventura postapocalíptica.

La vida en suspenso reúne 16 escritos urgentes. La mitad de ellos se orientan a comprender esta coyuntura inaudita. La otra mitad propone ideas transformadoras para lo que vendrá.

Solo hay un horizonte democrático posible, y depende de nuestra capacidad para empujar cambios radicales. No habrá paz si renunciamos a barajar y dar de nuevo. Agazapado, listo para capitalizar el triunfo del miedo y la frustración, el fascismo aguarda su oportunidad.

En estas condiciones, cualquier cosa parece posible pero casi nada resulta pensable. ¡Discutamos!



# Índice

<b>Presentación. Los cien días que desorientaron al mundo</b>	<b>5</b>
colectivo editorial <i>crisis</i>	

## LA NUEVA ANORMALIDAD

<b>1. Covid-19: el gran catalizador de todos los ajustes</b>	<b>11</b>
Paula Abal Medina	
<b>2. Ya colaboré. Poniendo estaban los ricos</b>	<b>23</b>
Alejandro Bercovich	
<b>3. El tiempo de la necroética</b>	<b>35</b>
Ximena Tordini	
<b>4. Quién manda y cómo manda. El federalismo ante el desafío de la reconstrucción</b>	<b>45</b>
Marcelo Leiras	
<b>5. Un palacio sin invierno. El Poder Judicial y la estrategia del avestruz</b>	<b>53</b>
Paula Litvachky	
<b>6. Unidad nacional. La necesidad de un imposible</b>	<b>61</b>
Horacio González	
<b>7. Quedate en mi casa. El cuidado doméstico durante la cuarentena</b>	<b>67</b>
Natalia Gelós	
<b>8. Pa(n)cienza. La gestión de la pandemia y de la espera</b>	<b>73</b>
Diego Golombek	

## EL TIEMPO QUE VIENE

- 9. Coronavirus: todos somos mortales. Del significativo vacío a la naturaleza abierta de la historia** 83  
Rita Laura Segato
- 10. Por una diplomacia de la modestia** 95  
Juan Gabriel Tokatlian
- 11. Historia del cine, 2001-2020** 103  
Mariano Llinás
- 12. Volvió la historia pero no sabemos adónde va** 115  
Martín Rodríguez  
Mariano Schuster
- 13. La carga viral de la precariedad. Apuntes breves sobre la implosión social en la cuarentena** 123  
Leandro Barttolotta  
Ignacio Gago  
Gonzalo Sarrais Alier
- 14. El hierro caliente de la soberanía alimentaria** 131  
Federico Orchani  
Florencia Badaracco
- 15. Unidad para qué** 139  
Juan Grabois
- 16. Expropiación y después** 143  
Mario Santucho
- Los autores** 149

## Presentación

Los cien días que desorientaron al mundo

colectivo editorial *crisis*

Este libro comenzó a gestarse la primera jornada de aislamiento social obligatorio, bajo el signo de la urgencia. Cien días después, al momento de su publicación, seguimos a la espera. Los casos en la Argentina continúan aumentando, lenta e inexorablemente, mientras el famoso pico se desplaza siempre hacia un futuro inminente y al mismo tiempo indefinido. Y en aquellas regiones donde el virus parecía controlado, aparecen rebrotes que ponen entre paréntesis los planes de una salida cercana.

Vivimos un tiempo absolutamente excepcional. Por primera vez la historia está en suspenso, atónita por un acontecimiento cuyo protagonista es la naturaleza. No va hacia delante, tampoco retrocede, y sin embargo se mueve en el mismo lugar. La situación es tan insólita, que ni las más perennes máximas de la sabiduría conservan sentido: “no llorar, no reír, tampoco comprender” bien podría ser la consigna de la hora.

Desde el punto de vista político el desconcierto también se impone. Ningún poder posee autoridad en el plano global para conducir a la humanidad en medio de la pandemia. Las principales potencias intensifican sus disputas y puede escucharse el ronroneo sordo de la guerra. La grieta ideológica adquiere dimensión mundial, con preeminencia de las derechas, dejando en el recuerdo aquel gélido primado del pensamiento único de centro.

En estas condiciones cualquier cosa parece posible, pero casi nada resulta pensable. Bienvenidos a la nueva anormalidad.

\* \* \*

*La vida en suspenso* reúne 16 escritos urgentes.

La mitad de los textos están orientados a describir esta coyuntura inaudita, en tiempo real. El descubrimiento de la necropolí-

tica, la consolidación de una precariedad estructural, el gobierno de los científicos, la imposible unidad nacional, el impuesto que los ricos no quieren pagar, las rotas cadenas de cuidados, y el aislamiento social de una justicia que hace la gran avestruz.

Los demás capítulos proponen ideas inspiradas en el deseo de que el mundo por venir se parezca poco al que acabamos de dejar atrás. La diplomacia de la modestia, el cine del mañana, la necesidad de un nuevo empresariado social, el proyecto histórico de los vínculos y su apuesta por un Estado materno, las esquirlas de la implosión conurbana, el federalismo como un sueño eterno, la vuelta del aura al mundo, y el nuevo cuco de los agronegocios: la soberanía alimentaria.

El objetivo es construir un punto de vista colectivo para participar del proceso de elaboración social. No hay a la vista razones para el optimismo, más bien ocurre lo contrario. Pero nadie sabe lo que nos espera a la vuelta de una crisis como la que vivimos.

\* \* \*

El suspenso no es quietud, todo lo contrario. Es como si la historia se estuviera reseteando.

Esta publicación se inscribe en la coyuntura argentina, donde un nuevo gobierno peronista intenta abrir resquicios de justicia social en un país devastado económicamente y al borde del *default*. Pero cada paso que ensaya rebota ante el rechazo de las élites, que no pierden la oportunidad de demostrar quién manda. De hecho, son las empresas quienes han decidido ocupar la primera línea de la oposición, luego del fracaso de sus representantes políticos a la hora de gobernar.

Los dilemas que comienzan a manifestarse en plena pandemia están cargados de una intensidad particular: renta universal, impuesto a los ricos, soberanía alimentaria. La noción de propiedad privada, tan esencial y al mismo tiempo siempre tan disimulada, aparece en la superficie de cada conflicto.

La dinámica que organiza el sistema político sigue siendo la polarización, pese a los repetidos llamados a la moderación y la responsabilidad. Cada vez resulta más evidente que la grieta echa

raíces en la estructura social y toma la forma de una desigualdad obscena, de una impunidad intolerable. No hay espacio para la negociación y el compromiso entre fuerzas heterogéneas. Los poderes económicos reclaman la subordinación, lisa y llana, de la sociedad a sus dictados.

Solo hay un horizonte democrático posible, y depende de nuestra capacidad para empujar cambios radicales. No habrá paz si renunciamos a barajar y dar de nuevo. Agazapado, listo para capitalizar el triunfo del miedo y la frustración, el fascismo aguarda su oportunidad.



# LA NUEVA ANORMALIDAD



# 1. Covid-19: el gran catalizador de todos los ajustes

**Paula Abal Medina**

Diego Mendieta, un pastor evangélico y militante popular del movimiento La Dignidad, envía un minucioso informe sobre la situación de la cuarentena en Cuartel V, zona del partido bonaerense de Moreno. Un amigo me cuenta que lo llaman “el pastor trosko” con simpatía, porque “la capilaridad que logra es impresionante”. Pone en el informe hasta la variación exacta del precio de una bolsa de pañales y un litro de leche en un mercado de la zona antes y después de iniciada la cuarentena. Cuartel V está integrado por seis barrios: Luján, Los Hornos, 5 de Enero, 8 de Diciembre, San Cayetano, Los Cedros. Dice Mendieta:

En los barrios mencionados viven según el último censo municipal alrededor de 75 000 familias con graves problemas de infraestructura (agua, luz, cloacas, mejorado y asfaltado de calles, etc.) y de vivienda, y con múltiples dificultades socioambientales por un gran basural-quema que genera que el 80% de las y los niños sufran asma y otros problemas respiratorios, dermatológicos, etc. Además, en los últimos días hubo casos de dengue. El coronavirus en este contexto podría hacer estragos.

Finalmente transcribe el link de uno de esos informes televisivos tipo *Telenoche*, que salió hace varios años, y que muestra el barrio con el zócalo “Villa Asma”. Podría haber salido hace varias décadas también. Porque aunque las familias pasen horas y horas cada día en esos predios del infierno que son los basurales a cielo abierto, aunque separen y clasifiquen toneladas de materiales allí, aunque organicen jardines maternos para no tener que ir a trabajar al infierno con niñas y niños, son trabajadores que integran

la extensa Argentina hundida, la que no puede moverse ni un milímetro. El 1° de marzo de 2020, en su discurso de apertura de sesiones parlamentarias, Alberto Fernández anunció la erradicación de basurales a cielo abierto. Según un relevamiento del Movimiento de Trabajadores Excluidos (MTE), hay más de 5000 en el país. Lamentablemente, la pandemia está arrasando con los sueños más módicos.

Claudia Carrillo es referente de la UTEP por el Movimiento Evita en la próspera ciudad de Buenos Aires. Vive en el barrio Ramón Carrillo, en la Comuna 8. Parece una confusión, pero no: podríamos decir que Claudia está tan ligada a su territorio que hasta la casualidad de su apellido lo nombra. De familia santiagueña, creció en el campo, dedicada a la cosecha de algodón. En los ochenta migró y fue a parar al albergue Warnes, una enorme construcción que iba a ser el hospital de niños más grande de América Latina. Un proyecto encarado por Evita, que se archivó en 1955. La salud pública que no pudo ser. Al final del gobierno de Menem, en 1989, muchos vecinos y vecinas del lugar fueron trasladados al barrio Ramón Carrillo:

Desde entonces mucha gente vendió su casa con ilusiones de progresar. Ahora, los que quedamos de la época del albergue tratamos de estar unidos y de que los vecinos no vendan su casa porque no van a poder ascender de clase social, a lo sumo van a comprar otra en un barrio parecido, con la misma gente, la misma música, los mismos robos. Al contrario, van a tener que pagar derecho de piso, no van a conocer a nadie, si les pasa algo ningún vecino saldrá a auxiliarlos. Entonces tratamos de convencerlos de que no vendan. Además, cuando ellos venden, nos dejan el transa acá.

Claudia me cuenta todo esto en una entrevista que realizamos hace unos meses. Ahora intercambiamos exclusivamente sobre la cuarentena:

Hoy el problema más grave del barrio es que la gente no puede salir a cartonear ni hacer feria. Entonces el gran problema es la

economía de las familias, la falta de dinero para comprar comida porque no se está pudiendo llevar a cabo el día a día de changas.

**Agrega dos cuestiones más: el hacinamiento y el miedo a depender del hospital. Sobre el hacinamiento explica:**

Hay casas que tienen cuatro pisos. En la planta baja vive el dueño y arriba alquila todo por piezas. Hay familias completas en una pieza, que comparten la cocina y el baño con los demás inquilinos. Sería catastrófico que ingresara el virus acá.

**Corrida del edificio que no fue hospital de niños, ahora justo en el barrio que lleva el nombre del gran ministro de Salud de nuestro país, dice:**

Preferimos pasar hambre a tener este virus. En el barrio la gente está muy asustada porque conoce el funcionamiento del hospital y los centros de salud. Para obtener un turno en el Piñero hay que pasar toda la noche haciendo fila. No hay camas para contener a la gente si llega a entrar el virus acá. Tampoco hay respiradores, y nosotros sabemos que vamos a ser los últimos en ser atendidos.

**A propósito de Carrillo, durante la “década dorada” argentina creó “una revolución de la capacidad instalada”, como le gustaba decir a Floreal Ferrara (dos veces ministro de Salud bonaerense). Entonces, el número de camas existentes en el país pasó de 66 300 en 1946 a 132 000 en 1954. Decía Carrillo:**

El hecho individual es un índice del problema colectivo. No hay pues enfermos sino enfermedades. Hay que sustituir la medicina de la enfermedad por la medicina de la salud. Cloacas, agua, suelo, sedentarismo, alcoholismo, vivienda, etc.<sup>1</sup>

1 Maristella Svampa, *Certezas, incertezas y desmesuras de un pensamiento político. Conversaciones con Floreal Ferrara*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2010.

Desde los barrios las voces organizadas insisten en una escalofriante enumeración de enfermedades: dengue, malnutrición, brote de cólera, sarampión, problemas respiratorios y en la piel. El coronavirus muestra las profundidades tenebrosas de la pobreza extrema que no está en los extremos: es el núcleo de la sociedad neoliberal. Verbos como “mitigar” y sus mil desgraciados sinónimos no devolverán la salud que millones pierden por las carencias de sus barrios, por los olores, la contaminación, la falta de cloacas, la mala alimentación.

Farrell, un cura muy activo del partido de Merlo, decía con preocupación:

Veo una dificultad en los vecinos que tienen que salir a trabajar para el pan de cada día. Esta preocupación se expresa en un chateo que tiene mucha intensidad y en frases como estas: “Cómo vamos a hacer para aguantar”, “Esto se va a poner difícil, no voy a tener paciencia”.

En noviembre de 2016, una movilización multitudinaria, convocada por la CGT y los movimientos sociales, rodeó el Congreso nacional. Exigían la aprobación de la Ley de Emergencia Social y el Salario Social Complementario. Coincidieron para su aprobación votos de opositores y de muchos oficialistas del gobierno de Macri, responsable de agravar la hambruna y la desigualdad. Si nos internamos en la lectura del debate parlamentario, se reconocen diferencias. La ley es el resultado de un protagonismo social, el de la economía popular, y también de tironeos. Allí se establece la creación del Salario Social Complementario, el Consejo de la Economía Popular y el Registro Nacional de Trabajadores de la Economía Popular. Las tres, instituciones subejecutadas o directamente cajoneadas por quienes gobernaban entonces.

En estos años, sin embargo, se ha fortalecido un tejido comunitario frondoso de organizaciones territoriales y religiosas, y un gremialismo de la economía popular. Su estatura sigue ninguneada, pero el sostenimiento de la cuarentena está realmente en sus espaldas.

## El problema del aluvión

El desafío es el día a día, la ingeniería compleja de la subsistencia. La multichanga: carro para cartonear y captar cualquier derrame, arreglos domésticos, cortes de pasto, construcción, ferias, trabajo de limpieza, cuidado de niños o de ancianos, etc. De hoy para hoy. Es una banalidad a esta altura recordar que la vida sin salario no accede a “licencia por enfermedad”, ni puede fantasear con la idea de dejar de trabajar algún día en la vejez. La vida sin salario ni redes familiares o recursos acumulados (la herencia, por ejemplo) se vuelve insostenible cada vez que el país desbarranca. Al final del día cada familia saca las cuentas de la escasez: entre lo ganado y lo conseguido (salita, comedor, biblioteca) y lo que queda de la Asignación Universal por Hijo o del salario social complementario, según el momento del mes, se decide qué se compra y cuánto en el mercado del barrio.

A fines de 2019, los 17 millones de puestos de trabajo de la población ocupada en el sector privado se dividían así: unos 7 millones eran puestos asalariados registrados; cerca de 5 millones, asalariados no registrados; otros 5 millones, trabajadores no asalariados. 7 millones *versus* 10 millones. Y aún tendríamos que sumar a los desocupados. ¿Y hoy? La pandemia es el ajustador más letal que hayamos podido imaginar. El derrumbe de los ingresos de los trabajadores encuarentenados resultó fulminante. A fines de abril, la OIT publicó un informe devastador sobre la situación de los trabajadores y trabajadoras en los países afectados por la pandemia: concluyó que los informales sufrirán reducciones de más del 80% de sus ingresos en países de ingresos medios-bajos como el nuestro. Las mujeres, por su parte, padecerán el agravamiento de esta situación extrema. A mediados de mayo, la misma OIT hizo una serie de proyecciones para el segundo trimestre del año: así, estimó que la cantidad de horas de trabajo disminuiría en un 10,7% con respecto al último trimestre de 2019, lo que corresponde a 305 millones de empleos a tiempo completo.

En la Argentina, el gobierno nacional adoptó medidas destinadas a realizar una transferencia de dinero a los hogares “cuya subsistencia inmediata depende de lo que día a día obtienen con

el fruto de su trabajo”. Reconociendo la “insuficiencia del sistema de seguridad social argentino”, el 23 de marzo pasado dispuso crear el Ingreso Familiar de Emergencia (IFE): prestación monetaria excepcional de \$ 10 000, no contributiva, para argentinos y residentes, entre 18 y 65 años de edad, que estén desocupados, se desempeñen en la economía informal, sean monotributistas (categorías inferiores) o trabajadoras domésticas que no hayan percibido ingresos por trabajos en relación de dependencia, en concepto de jubilaciones y pensiones, o planes sociales (salvo AUH). Fue concebido como pago por única vez para el mes de abril. Y debió ser prorrogado por la vía de un refuerzo.

Las previsiones del gobierno —que rondaban los 3,6 millones de beneficiados— se vieron desbordadas: se inscribieron con la velocidad de la luz 12 millones de personas. Una conclusión obvia: este gobierno, que ha dado señales de compromiso con la cuestión social, no tiene, sin embargo, conocimiento suficiente sobre esa realidad. Por eso la inscripción masiva al IFE se sintió como un aluvión. ¿Cómo se construye una relación de saber en el Estado? ¿Cómo se hacen presentes las clases populares allí? La pregunta se hizo muchas veces. Nicos Poulantzas aportó a la cuestión. Esas clases integran las estructuras más jerárquicas en posiciones subordinadas (las policías o el Ejército). La polémica puede sonar demodé. No obstante, vale sostener la pregunta: ¿cómo se informa hoy la política? ¿Cómo son internalizadas las experiencias de vida y las estructuras de sentir, del basural de Moreno y de la zona que llaman Villa Asma? ¿En qué parte del Estado está el olor ácido que irrita la garganta? ¿Quién ve cómo se despliega en ese lugar un proceso de trabajo? Pero también, ¿cómo se calcula en las cuentas nacionales la dirección y cuantía de transferencias ínfimas y constantes hacia quienes cargan en un camión viejo los reciclados comprados a cartoneros y luego los venden a las pequeñas o medianas o grandes industrias de los alrededores? ¿Hay alguna planilla que registre las transferencias que reciben quienes no pagan enterramiento de basura porque en definitiva hay 150 000 cartoneros en el país dedicados a revertir el daño ambiental superlativo de los consumos desenfrenados? ¿Cuánto cuesta lo que las grandes empresas de recolección no llevan? Y así, porque este es un ejemplo puntual.

Sin embargo, actualmente la Dirección Nacional de Reciclado está a cargo de María Castillo, referente cartonera del Movimiento de Trabajadores Excluidos. La conocí en acción a María, cuando organizaba el proceso de recuperación de la basura en Lomas de Zamora. También la escuché varias veces en talleres en CTEP sistematizando y socializando, con trabajadoras y trabajadores de otras cooperativas, conocimientos de promoción ambiental, de negociación de contratos con los grandes generadores, de valor agregado al proceso de recuperación. Hablaba de la organización laboral, gremial y comunitaria, todo eso junto en la práctica cartonera. Más de una vez usó expresiones inesperadas: “La excelencia cartonera nos permitió” o “Nuestra capacidad de organización productiva es tal que pudimos lograr lo que los privados no supieron”. María sabe muchas cosas que resonarán ahora puertas adentro del Ministerio de Desarrollo Social. Pero en el Estado son miles los que dirigen pequeñas partes, y las trayectorias de este tipo un puñado. Tampoco es solo un problema de cantidades, sino de una fractura proyectada, los efectos de un distanciamiento social (en sentido estricto) que se incrustaron en la materialidad del campo estatal. Porque en las últimas décadas quedó relegada a la prehistoria la discusión sobre cómo construir el tejido político de un proceso de transformación, eso que en algún tiempo expresaron las tres ramas del movimiento peronista.

Hoy se escuchan acusaciones: “Están de los dos lados del mosrador”, se dice sobre los referentes de movimientos sociales. Algunos de los que acusan son acusados también: “Hay dirigentes gremiales que parecen ministros sin cartera”. La improductividad triste de una política defensiva. Quienes integran el puñado en el que está María Castillo ¿podrían encarnar una doble representación, como funcionarios y referentes sociales? Inscribirse como la resultante que superpone barrio y lugar de trabajo en los pliegues estatales. Poder y conflicto. Calle y gobierno. Sin embargo, los canales para refrendar (o no) la doble representación no están diseñados, ni siquiera nombrados. El 2 de junio, casi cerrando estas líneas, Alberto Fernández se reunió con el secretario general de la UTEP: el Gringo Castro. Ojalá esta instantánea de reconocimiento se acompañara con formas duraderas, nuevas institucionalida-

des, como una personería gremial para la UTEP. O la ampliación de un salario social complementario para todos los desalarizados. Hoy, esto último se discute abiertamente. El sistema de seguridad social es insuficiente. La única verdad son los 12 millones de inscriptos en el IFE y los 9 millones de solicitudes aprobadas.

Así y todo, la tensión es máxima, quien no moviliza su cuerpo cada día para trabajar está en riesgo. La recesión monumental se fagocita íntegramente la propensión a negociar con el sistema. En el presente concreto y real, quienes viven una cuarentena social de varias décadas porque no pueden salir de situaciones extremas encabezan el ranking de perdedores. Pero pierden muchos más: los cuentapropistas, los asalariados suspendidos y con miedo a perder su trabajo. No estamos viviendo un keynesianismo de nuevo tipo. Es importante recortarlo así. Lo que atravesamos es el deterioro fulminante de condiciones de vida de millones de trabajadores en nuestro país, y de miles de millones en el mundo.

### **Tras las huellas de la desvalorización del trabajo**

Los programas sobre rentas universales, ingresos mínimos o salarios sociales no son novedosos. En los años noventa, el libro del asesor de Bill Clinton, Jeremy Rifkin, se vendía en la sucursal de Walmart de avenida Constituyentes. Letras rojas, fondo negro: *El fin del trabajo*. Se podía leer:

Para el creciente número de personas que no tendrán puesto de trabajo alguno en el sector de mercado, los gobiernos tendrán dos posibilidades: construir un mayor número de prisiones para encarcelar a un cada vez mayor número de criminales o financiar formas alternativas de trabajo en el sector de voluntarios.

¿Disyuntivas planteadas por el neoliberalismo progresista? (Esa especie de oxímoron fue la expresión acuñada por Nancy Fraser para dimensionar la envergadura de la desilusión que hizo posible que Trump gobierne hoy.)

La moraleja de aquellos años es que posiciones políticas muy distantes parecían coincidir en una “misma” política. Recuerdo en especial al gran sociólogo del trabajo Robert Castel, autor de *La metamorfosis de la cuestión social*, que visitó numerosas veces nuestro país y desarrollaba las nociones de desafiliación y de individualidad negativa de “los inútiles para el mundo”. Solía cerrar con gran desazón sus intervenciones con una idea: no pueden constituirse en movimientos de transformación social, son “no-fuerzas sociales”. Castel se explayaba con orgullo nostálgico sobre “la seguridad social”, el cimiento de la sociedad salarial francesa. Con esa arquitectura en franco derrumbe, solo quedaba a su juicio esperar que el Estado fuera capaz de llevar a cabo una operación de salvataje.

Tal vez no prestamos suficiente atención al hecho de que las categorías y las caracterizaciones muchas veces inciden y hasta determinan las políticas. Las propuestas de ingresos mínimos y rentas universales se desplegaron históricamente con una tonalidad emotiva de destino irremediable; la pérdida de puestos de trabajo se concibió como fulminante e irreversible, y las políticas públicas que surgieron de este diagnóstico fueron, de algún modo, formas de institucionalizar la pobreza. Veamos la serie de expresiones que quedaron adheridas ahí: “Los inservibles para el funcionamiento de la maquinaria social”, los que están afuera, los que no producen, los que no trabajan, los descalificados, los millones de pobres que no tendrán lugar alguno.

Quienes apoyan la implementación de este tipo de medidas esgrimen argumentos éticos (debemos garantizar un piso de dignidad para todo ser humano) o bien sostienen posiciones pragmáticas como la de Rifkin (cárceles o “voluntariado”). Lo cierto es que la disyuntiva convalida una suerte de amnesia colectiva sobre la construcción económica y social de la desalarización masiva. Sobre los modos activos de desvalorización del trabajo. Sobre la microfísica cotidiana de transferencias del sector informal al sector formal. Finalmente, inadvertidos pero reales, están los patrones ocultos y las cadenas invisibilizadas del modelo de centrifugación de las empresas centrales.

Olvidamos o naturalizamos una historia reciente e ilustrativa, y muy ligada al paisaje cotidiano de la cuarentena en la ciudad de

Buenos Aires: que los repartidores en bicicleta fueron en el tiempo 1 empleados flexibilizados de McDonald's y otras grandes empresas similares. En el tiempo 2, empleados tercerizados de una empresa contratada por McDonald's para el *delivery*, abaratando y precarizando otras condiciones, pero aún asalariados, y contando todavía con la responsabilidad "solidaria" de la multinacional. Hoy son simplemente monotributistas. Y además de repartir, con su trabajo garantizan el big data, la ganancia financiera, la publicidad de las empresas de plataforma.

### **La tentación miserabilista**

Los límites aparecen más nítidos en momentos históricos que producen grandes conmociones. Por ejemplo, el límite delgado y resbaladizo entre el cuidado y el control punitivista, o entre el miserabilismo (el registro paternalista de los pobres como "carentes") y el reconocimiento de las capacidades de los sectores populares organizados.

Cuando los movimientos territoriales –y los sindicatos que acompañaron– protagonizaron hace unos años la creación del salario social complementario construyeron una pieza testigo, consecuencia de un prolongado proceso de reorganización social en los territorios que, como suele expresar el Gringo Castro, tiene una dimensión comunitaria y una gremial. Es la organización social para alimentarse, para poder trabajar, para construir la vivienda y mejorar el barrio, para reclamar y movilizarse, para el cuidado y para enterrar a los muertos (porque la emergencia en los barrios hace décadas que es, también, una emergencia funeraria). Este recorrido entraña además un proceso de reorganización de las estructuras profundas de la identidad. Es posible reconocer un temperamento popular capaz de rechazar los planteos miserabilistas y de conectar en cierto modo con la tradición peronista tal como la define el intelectual inglés Perry Anderson.

En efecto, cuando compara el Brasil de Vargas y la Argentina de Perón, Anderson sostiene:

No es verdad que los practicantes del populismo en Brasil y en la Argentina se parezcan mucho entre sí. La retórica de Vargas era paternalista y sentimental; la de Perón, vehemente y agresiva, y la relación que habían establecido con las masas era muy distinta. Vargas construyó su poder incorporando a los trabajadores recién urbanizados en el sistema político, como beneficiarios pasivos de sus cuidados, con una ley laboral protectora y un sindicalismo férreamente manejado desde el poder. Perón los galvanizó como combatientes activos contra el poder oligárquico movilizandolos en una militancia sindicalista que lo sobrevivió. Uno apelaba a lacrimógenas imágenes de “el pueblo”, mientras el otro invocaba la ira de los descamisados, los *sans culottes* locales.<sup>2</sup>

Está en juego, y en acto, una transformación subjetiva que “la política” todavía no ha logrado decodificar. Se escucha algo de esto: “Los barrios somos nosotros, la capilaridad es nuestra, el Estado sin nuestras mediaciones no llegaría nunca a ninguna parte”. La pandemia potencia estas resonancias, y por eso las mediaciones organizativas podrían convertirse en el soporte fundamental para imaginar y hacer efectivas políticas de distribución y redistribución de los ingresos y del poder social.

### **El botón es otro**

¿Será posible que alguien, el día después de la pandemia, se anime a hablar de nuevo sobre meritocracia? Poco tiempo antes de la cuarentena, sobre este mismo mundo inmóvil y entrampado por el sistema actual, en columnas del diario *La Nación* se filosofaba con solemnidad acerca del esfuerzo y el sacrificio como llave del ascenso social. Posiblemente conscientes del ridículo, el domingo 29 de marzo, en el mismo diario se incorporan reflexiones de in-

2 Perry Anderson, *Brasil. Una excepción (1964-2019)*, Madrid, Akal, 2020.

telectuales más sofisticados que reconocen sin titubear lo que es obvio: “El hijo de un hogar pobre probablemente será pobre (la movilidad social, en la Argentina y en el mundo en general, es muy baja)”.

Eduardo Levy Yeyaty y Andrés Malamud, los autores de la nota, ofrecen otro razonamiento, recurriendo al dilema del tranvía: imaginemos que una formación fuera de control se tope en su recorrido con cinco personas atadas. Un botón permite desviarla hacia un ramal en el cual solo hay una persona atada. ¿Debemos pulsar el botón?, se preguntan. Desde un criterio utilitario estricto, pulsar el botón permite la reducción de muertes. Trasladan el dilema al covid-19: “Ahora estamos en la oficina del presidente, que tiene que elegir si abre la cuarentena aumentando (por mano propia) el conteo inmediato de muertes por contagio a cambio de salvar potencialmente muchas vidas (¿más o menos?) a lo largo del tiempo (¿cuánto tiempo?)”. Pero, complejizan, en países con pobreza extendida como el nuestro, los pesos perdidos también son vidas perdidas. “En nuestro caso real, la cuarentena es el botón y la pobreza el tranvía”.

Los dilemas tienen supuestos. Y en este caso el supuesto es que el funcionamiento del capitalismo financiero permanezca idéntico a sí mismo. Porque, como es evidente en las sociedades contemporáneas (incluso en una con tanta pobreza como la nuestra), la concentración económica produce una desigualdad creciente. El covid-19, el gran catalizador de todos los ajustes, podría convertirse en el gran catalizador de todas las contradicciones si decidimos iniciar una ruptura redentora con la elección más perversa: que mate el virus o que mate la pobreza que se acrecienta en cuarentena. El límite es tan abismal que no es posible seguir evadiendo el problema de la riqueza descomunal y de la legitimidad de su origen.

## 2. Ya colaboré

Poniendo estaban los ricos

**Alejandro Bercovich**

San Martín les cobró un impuesto especial a los ricos en Cuyo para financiar el cruce de los Andes y neutralizar el peligro realista. Güemes hizo lo propio en Salta para frenar a los españoles del Alto Perú en plena guerra por la independencia. Franklin D. Roosevelt empezó a enterrar la Gran Depresión cuando consiguió que se aprobara la Tax Revenue Act de 1935, que llevó el impuesto a las ganancias al 75% para quienes tuvieran ingresos por más de U\$\$ 500 000 al año. Winston Churchill había hecho otro tanto en Gran Bretaña, a sus 35 años, cuando empujó con David Lloyd George el People's Budget de 1910, que no solo fijaba impuestos más altos para los mayores ingresos sino que también introducía tasas sobre la herencia y la propiedad de tierras para modernizar la Armada y proteger al imperio. Después de la Segunda Guerra Mundial, toda Europa forzó a sus acaudalados a pagar contribuciones especiales para la reconstrucción; Alemania y Japón picaron en punta con tributos sobre los más altos ingresos: llegaron al 70 y 80%, respectivamente.

Las grandes guerras del siglo XX, como puso de manifiesto Thomas Piketty,<sup>1</sup> funcionaron como inigualables niveladores sociales. Mientras el 1% más rico de la población concentraba el 20% de los ingresos nacionales en los Estados Unidos, Japón y Europa a fines de los años treinta, su porción de la torta cayó a bastante menos del 10% en 1945. Y nunca volvieron a superar ese 10% hasta la revolución neoconservadora de los setenta y el pos-

1 Thomas Piketty, *El capital en el siglo XXI*, Buenos Aires, FCE, 2014.

terior “relato hiperdesigualitario” de los ochenta y noventa, sobre el que se explaya Piketty en su último libro.<sup>2</sup>

Esa nivelación, por supuesto, no fue un efecto natural de las guerras sino una consecuencia de la destrucción de capital que generaron y del modo en que se financiaron. Así como las familias pobres aportaron el grueso de los soldados muertos, como siempre, la mayor parte de los gastos recayó sobre las clases poseedoras y esa lógica se mantuvo después, durante toda la Guerra Fría. Los que trascurrieron bajo aquellos regímenes tributarios progresivos fueron, según Eric Hobsbawm, los “treinta años dorados del capitalismo”.<sup>3</sup> Nunca las clases trabajadoras del mundo desarrollado habían vivido ni volverían a vivir tan bien.

Antes, otras catástrofes también achicaron los abismos socioeconómicos que se ensanchaban en tiempos de paz. El historiador Walter Scheidel enumera los que considera “los cuatro jinetes de la nivelación social”:<sup>4</sup> las guerras, las revoluciones, los colapsos estatales y las epidemias. Durante las plagas y enfermedades muere mucha gente, igual que en las guerras, pero no hay catapultas, bombas ni misiles que destruyan instalaciones productivas. Por eso en las epidemias, específicamente, Scheidel sostiene que el efecto es demográfico: como cada vez que ocurrió una las filas de quienes trabajan se vieron diezmadas, su remuneración (tomara la forma que tomase) subió. Un asunto simple, de oferta y demanda de seres humanos.

¿Cuánta gente debería matar el coronavirus para que los salarios empezaran a subir en todo el mundo por escasez de mano de obra, como aumentó la parte del excedente social que recibían los siervos de la gleba durante la Peste Negra del Medioevo? Como mínimo, diez veces más de lo que marcan las proyecciones más pesimistas de la Organización Mundial de la Salud. Por eso

2 Thomas Piketty, *Capital e ideología*, Buenos Aires, Paidós, 2019.

3 Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 1994.

4 Walter Scheidel, *The great leveler: violence and the history of inequality from the Stone Age to the twenty-first century*, Princeton University Press, 2017.

estudiosos de la distribución como Branko Milanović [sostienen](#) que, salvo que los Estados actúen de modo tan inédito como lo hicieron durante y después de las guerras mundiales del siglo XX, el reparto de ingresos y patrimonios al interior de los países occidentales después del covid-19 va a ser más injusto.

### Quién paga los respiradores artificiales

Apenas estalló la pandemia, todos los gobiernos del mundo se entregaron a una carrera por ver quién gastaba más. El golpe del aislamiento social obligatorio a las cadenas globales de valor fue tan fulminante que los Estados debieron salir inmediatamente al rescate de los caídos. [Los planes de ayuda fiscal](#) a empresas y a personas que perdieron su sustento llegaron a representar cerca de una cuarta parte del PBI en Italia y Alemania y un 10% en los Estados Unidos, donde muchos desocupados pasaron a ganar más de lo que cobraban [en sus trabajos minimum wage](#), lavando copas o clasificando paquetes.

Sin distinción de signos políticos, aunque a menor escala, en América Latina también se desplegaron programas sin precedentes de sostén y reanimación económica. En la Argentina se alcanzó *de facto* –y por primera vez en la historia– un virtual ingreso básico universal, con el pago a ocho millones de personas del Ingreso Familiar de Emergencia (IFE) de \$ 10 000, equivalente en el momento de su lanzamiento a unos U\$S 150. El Estado también asumió directamente el pago de la mitad de los sueldos de más de dos millones de empleados en relación de dependencia (incluso de grandes empresas), postergó el vencimiento de impuestos, ofreció créditos a tasa cero a autónomos, giró refuerzos a jubilados, pensionados y beneficiarios de planes sociales y duplicó el reparto de alimentos tanto para comedores como con las nuevas tarjetas recargables del Plan Alimentar.

Lo que nadie se preguntaba al principio de la cuarentena era quién iba a pagar todo eso.

Cuando quedó claro que la vuelta a la antigua normalidad no sería pronto, la mayoría de los economistas se enredó en discu-

siones teóricas sobre la impresión de pesos y sus efectos inflacionarios. Otros se autoflagelaban por lo mal que siempre se había portado el país con los acreedores, porque esa inconducta nos complicaba ir a pedir prestado para la emergencia como, por ejemplo, Perú o Ecuador, muy golpeados por la enfermedad.

La alternativa de financiar esa pila de nuevos gastos mediante un impuesto sobre los mayores patrimonios o “grandes fortunas” flotó desde el principio entre intelectuales y en algunos pocos medios de comunicación, pero se coló en el centro del poder político el [5 de abril](#), cuando el diputado Máximo Kirchner dejó trascender que presentaría un proyecto en ese sentido.

Justo antes de la irrupción del virus, la discusión sobre la necesidad de un impuesto a los superricos había copado las elecciones primarias de los Estados Unidos, donde ya no solo lo proponía el demoesocialista Bernie Sanders sino también la senadora [Elizabeth Warren](#), exfuncionaria de Barack Obama. Especialistas como Piketty y Milanović vienen advirtiendo desde hace al menos un lustro que si el Estado no interrumpe con acciones decididas la vertiginosa carrera actual hacia la concentración de ingresos y riqueza en cada vez menos manos, los superricos no solo van a controlar los resortes de poder de las democracias occidentales –como ya lo hacen– sino que van a terminar por enterrarlas como forma de gobierno, ante la creciente resistencia que generarán sus privilegios y el descrédito en que se sumirá la ficción de ser “iguales ante la ley”.

Con el virus y la cuarentena, el debate se instaló con fuerza en España de la mano de disidentes de Podemos, que terminaron por empujar al vicepresidente Pablo Iglesias a proponer, ya en mayo, una “tasa de reconstrucción”. También aparecieron proyectos en Italia, Suiza, India, Perú, Brasil y otros países, aunque ninguno avanzó en los primeros dos meses de aislamiento.

La propuesta de Máximo Kirchner terminó empantanada entre la renegociación de la deuda y las urgencias de la cuarentena, mientras se desplegaba un sordo e intenso *lobby* para cajonear la idea. El presidente Alberto Fernández aclaró tres veces en distintas entrevistas que pensaba en un impuesto módico, que abonarían menos de 15 000 personas –porque se cobraría solo a patrimonios

superiores a los U\$S 3 millones–, y que ni siquiera lo llamaría impuesto sino “aporte extraordinario”. También trascendió que se gravaría a esos patrimonios con una tasa insignificante (del 2 al 3,5%) en comparación con el daño que la propia corona-crisis y cuarentena les impuso *per se* a emprendedores y cuentapropistas de todos los tamaños.

El *establishment* y quienes lo representan políticamente de modo más desembozado igual procuraron anticiparse y bloquear cualquier debate al respecto.

### ¿Son treinta mil?

De los pobres hablamos todo el tiempo. Los medios, el Indec, la UCA, Macri, Cristina, [Susana Giménez](#), la CGT y el presidente. Sobre los ricos, en cambio, se conversa menos. Un manto de pudor y complicidades cubre a tal punto a quienes mandan en nuestra sociedad que, si alguien contabilizara las veces que la palabra “privilegio” aparece en el discurso público, se encontraría con muchísimas más alusiones a [empleados con convenio colectivo](#) o a presos con salidas transitorias que a magnates y multimillonarios. Pero la pandemia y el aislamiento abrieron una rendija para discutir sobre quiénes ocupan una posición verdaderamente privilegiada en la sociedad. Y su reacción defensiva, en medio de una crisis que va camino a superar al crac de 2001-2002,<sup>5</sup> expuso como nunca sus limitaciones de siempre a la hora de comportarse como una clase dirigente.

El contexto es una desigualdad pasmosa. Un país que hasta la dictadura se jactaba de mantener indicadores sociales europeos, aun con una macroeconomía bamboleante, pasó en los últimos cuarenta años a albergar gigantescos bolsones de pobreza que lo latinoamericanizaron a la fuerza. La hiperinflación de Alfonsín

5 Según estimó JP Morgan en mayo, el colapso económico 2017-2020 va a ser más rápido y profundo (21,4% desde el pico) que la crisis de la convertibilidad 1999-2002 (caída de 20,4% acumulada).

y el estallido de la convertibilidad completaron lo que había empezado con la desindustrialización deliberada de los militares y cada escalón se solidificó sobre los anteriores. Así, lo que en 1974 era un fenómeno marginal, de menos del 10% de la población, pasó a instalarse como un dato indeleble de su cuadro distributivo. Ni siquiera en el momento de mayor prosperidad del kirchnerismo la tasa de pobreza perforó el piso del 25%, recalculada por distintos arqueólogos de los datos malversados como Daniel Schteingart (UMET), Leopoldo Tornarolli (Cedlas-La Plata) o Martín González Rozada (UTDT).

Las estadísticas sobre riqueza son mucho más opacas, en gran medida por las tácticas de ocultamiento que despliegan sus poseedores acá y en todo el planeta. Pero algunos datos permiten caracterizar al menos cuantitativamente a esa cúspide de la pirámide cuya taxonomía definió acaso por primera vez José Luis de Ímaz en *Los que mandan* (1964), esa obra pionera de la sociología de las élites criolla. A ese famoso 1% que expuso con éxito en los Estados Unidos el movimiento Occupy Wall Street durante la crisis global de 2008, pero que después siguió concentrando riqueza favorecido por las medidas que desplegó el mundo desarrollado para salir de esa debacle.

¿Cuántos son los argentinos ricos? Según los registros fiscales, sorprendentemente pocos. Apenas 32 484 personas, si se contabiliza a quienes declararon patrimonios por más de U\$S 1 millón en 2017, último año contable con información consolidada. Incluso suponiendo que cada millonario registrado encabeza una familia de cuatro miembros, los habitantes de hogares con patrimonios superiores a U\$S 1 millón serían apenas el 0,3% de la población total. Con la salvedad de que los inmuebles, vehículos, embarcaciones y demás bienes registrables aparecen valuados a su tasación fiscal, siempre inferior a la de mercado y a veces hasta un tercio o una cuarta parte de la real.

¿Cuánto acumulan esos ricos? Siempre según el Anuario Estadístico 2017 de la AFIP, los 32 484 contribuyentes que declaran más de U\$S 1 millón en bienes personales poseen en conjunto un total de U\$S 104 000 millones, casi una quinta parte de todo lo que se produce al año en la Argentina. Es una riqueza

declarada promedio de U\$S 3,2 millones por persona.<sup>6</sup> El 70% de ese patrimonio está registrado en el exterior.

Los datos de la AFIP, lógicamente, excluyen la parte “negra” que esos millonarios no declaran y las fortunas que muchos otros ocultan al fisco. En medio de la discusión sobre el nuevo impuesto, de hecho, la AFIP descubrió 950 cuentas en el exterior sin declarar, propiedad de argentinas y argentinos, por más de U\$S 1 millón cada una. En total contenían U\$S 2600 millones. De esas cuentas, 700 estaban a nombre de gente que no había presentado declaración jurada de bienes personales. Es decir, que no admitía atesorar siquiera U\$S 30 000 aparte de su vivienda. Algunos tenían más de 20 millones que omitieron declarar y que además eligieron no blanquear en 2016 (aunque era gratis y ni siquiera debían repatriarlos).

### **Boquete de capitales**

Los dueños de altos patrimonios, en realidad, son muchos más de los que registra el fisco. El economista, exdiputado y actual director del Banco Nación, Claudio Lozano, estima que superan el triple. Lo calcula sobre la base de informes de consultoras privadas como Wealth-X y Capgemini, apenas dos de las varias que florecieron en las últimas décadas para estudiar el comportamiento de la nueva élite global de supermillonarios y suministrar a empresas datos lo más certeros posible sobre sus consumos, sus inversiones y sus caprichos. Del cruce de los datos oficiales con esas fuentes privadas surge que las fortunas argentinas superiores a U\$S 1 millón no son menos de 114 000.

Si se supone (conservadoramente) que el promedio de cada una de esas fortunas es el mismo que declaran los que sí declaran (U\$S 3,2 millones), se concluye que las familias millonarias atesoran U\$S 262 320 millones en total. Es casi la mitad de lo que produce

6 Gustavo García Zanotti y Martín Schorr, Informe especial sobre Anuario Estadístico 2017 (AFIP).

al año la Argentina, acumulado por el 1% de su población. Pero las consultoras estiman que el verdadero patrimonio de cada familia es unas seis veces eso. O sea, más de un billón de dólares. Dos PBI.

Según esas mismas fuentes, 1040 de esos individuos tienen “riqueza neta superalta” (*ultra high net worth*, como los categorizan en esos informes). Es decir, sus patrimonios superan los U\$S 30 millones. Como ese universo incluye a muchos que apenas superan esa marca pero también a Paolo Rocca, Alejandro Bulgheroni y Eduardo Costantini, el promedio por familia es de U\$S 135 millones. Son el 0,01% más rico, el estrato al que apuntan Piketty y Milanović como el más beneficiado de la era de la hiperdesigualdad. Pero se puede hilar todavía más fino y llegar al 0,001%: ahí están las [cien familias](#) cuyo patrimonio supera los U\$S 100 millones y que en total atesoran U\$S 28 400 millones, con una riqueza promedio de U\$S 284 millones cada una.

¿Cuánto paga de impuestos ese sector privilegiado de la sociedad? Mucho menos de lo que debería. Por empezar, los impuestos sobre el patrimonio que recaudan los tres niveles de gobierno (nacional, provincial y municipal) apenas representan un 3,2% del PBI, una porción muy menor al 27,4% del PBI que se recauda en total. Pese a ser uno de los únicos tres países latinoamericanos que conserva con bienes personales algo parecido a un impuesto “a la riqueza”, junto con Colombia y Uruguay, [la Argentina](#) se mantiene por debajo del 3,8% de Canadá o del 4,4% de Francia. Más que bajas alícuotas, a los ricos les juega a favor el viejo truco de las valuaciones fiscales. Es gracias a esos precios de fantasía de campos y mansiones que se achica mucho la base imponible.

A la vez que no pagan impuestos especialmente altos por su patrimonio, los argentinos VIP tampoco sufren una carga alta por sus ingresos. El impuesto a las ganancias representa poco más del 4% del PBI, menos de la mitad que en los países ricos de la OCDE, donde equivale al 8,7%, o que en los escandinavos, donde llega al 14%. Los impuestos al consumo como el IVA e ingresos brutos, en cambio, arañan el 12% del PBI. Son los más injustos, aunque parezca contradictorio, porque se cobran a toda la población por igual.

La razón central por la cual los ricos contribuyen con poco a los gastos del Estado, de todas formas, no obedece a que las alí-

cuotas de los impuestos sobre el patrimonio sean bajas, a que las valuaciones sean irrisorias ni a que los ingresos más altos se graven mal. El problema es un mecanismo de evasión que se convirtió en rasgo indeleble de la dinámica de acumulación local: la fuga de capitales y su sistemático ocultamiento.

El sector privado argentino, según estima el Indec, acumula en el exterior un total de U\$S 355 377 millones. Es casi un 70% del PBI y cinco veces lo que declaran ante la AFIP los 32 484 contribuyentes con patrimonios mayores a U\$S 1 millón. El Centro de Economía y Finanzas para el Desarrollo Argentino (Cefid-AR) [calculaba](#) una década atrás que era un 109% del PBI y con ese dato coincidió hace poco [el presidente de la Unión Industrial Argentina](#) (UIA). Aunque [otras estimaciones](#) más recientes son más conservadoras, todas coinciden en algo: la Argentina está entre los cinco países con más riqueza *offshore* del planeta.

## País alojamiento

Para ese 1% más rico, la Argentina funciona como un país-dormitorio. Un lugar amable para vivir y criar hijos, pero no para guardar ahorros ni radicar empresas. El [concepto](#), que acuñó Guido Di Tella a fines de los ochenta, explica a la perfección el comportamiento de la élite económica, especialmente desde la dictadura. En la era de la hiperdesigualdad llegó a su paroxismo con los argentinos que empezaron a [nacionalizarse paraguayos y uruguayos](#), aunque solo Marcos Galperín haya llegado al extremo de mudarse físicamente y lo haya hecho ya en dos ocasiones.

Pero no se trata de un rasgo excepcional sino de una costumbre cada vez más difundida entre los favorecidos del sistema. Un hábito que, por otra parte, ya generó debates muy encarnizados en [otras latitudes](#). Lo específico del fenómeno argentino es la escala que adquirió. Según la United Nations University World Institute for Development Economics Research (UNU-Wider), la pérdida de ingresos fiscales como consecuencia de las técnicas de “planificación fiscal nociva” de grandes contribuyentes asciende al 4,4% del PBI. Es decir, más de lo que recauda el impuesto a las ganancias.

Aun así, y en medio de una catástrofe humanitaria como la que atraviesa el planeta por el covid-19, los ricos se oponen a pagar una contribución extraordinaria –¡del 2 o el 3%!– por única vez. Sus argumentos, como advirtió el joven doctor en Economía Gustavo García Zanotti, pueden reducirse a dos. **Por un lado**, afirman que la base de su fortuna es un esfuerzo continuo a lo largo de muchos años. Si se gravara, concluyen, se afectaría la base meritocrática del sistema y se desincentivarían sacrificios futuros de las nuevas generaciones. **Por otro lado**, aducen que su riqueza privada es de utilidad social porque son los ricos quienes se arriesgan a invertir y, al hacerlo, gatillan el consabido “efecto derrame” sobre el resto de la población en forma de empleos y salarios.

Lo segundo es fácil de rebatir al constatar que el 70% de los activos declarados por los grandes contribuyentes está fuera del país. Si tienen tan elevada propensión a la fuga de capitales, el cobro de un impuesto sobre sus fortunas no afectaría las decisiones de inversión sino el volumen de la fuga.

La discusión sobre la meritocracia es más filosófica. Pero también puede abordarse desde lo contable, porque en el patrimonio declarado por esos 32 484 acaudalados (U\$S 104 000 millones) apenas hay U\$S 4000 millones de participaciones en empresas. El grueso son títulos públicos (U\$S 46 000 millones), depósitos (U\$S 22 000 millones) e inmuebles (U\$S 18 000 millones). En otros términos, lo que engorda esas fortunas son los intereses y las rentas obtenidas por activos financieros y no las ganancias derivadas de innovaciones técnicas o comerciales exitosas.

La relación entre la élite económica argentina y el resto de la sociedad está mediada por la fuga de capitales. El fenómeno bloquea la discusión sobre el excedente económico y le otorga a esa élite un poder de veto sobre cualquier política redistributiva que se proponga cambiar profundamente el reparto injusto de las últimas décadas. Sus bienes están sencillamente fuera del alcance de la democracia. Y eso no cambió con el virus.

Pero hay algo peor. Como cuando la economía crece y las fortunas engordan sus dueños fugan divisas al exterior, los dólares escasean. Y como no pagan los impuestos que deberían por esas riquezas fugadas, la recaudación tampoco alcanza a cubrir el

gasto público necesario para mantener la paz social en el país-dormitorio. Ahí suelen hacer tronar los tambores del ajuste, pero la relación de fuerzas con el resto de la sociedad impide aplicar ese recorte del gasto con el rigor que haría viables a la vez la fuga y la evasión que generaron el problema en un principio. Las cuentas públicas entran entonces en déficit y el balance de pagos también. Y el Estado suple las dos necesidades endeudándose en dólares.

Con sus dólares depositados en el exterior, a buen resguardo de eventuales raptos redistributivos de sus compatriotas, ese 1% de la sociedad más favorecido compra –entre otros activos– bonos de la deuda argentina. Bonos que pagan intereses muy por encima del promedio mundial, entre otras razones porque el país recae cíclicamente en cesaciones de pagos. Esos intereses terminan por engordar todavía más las fortunas de quienes debieron financiar al Estado pagando impuestos y no prestándole ese mismo dinero a altas tasas de interés. El antiguo maridaje entre fuga y endeudamiento sobre el que echaron luz Eduardo Basualdo y Daniel Azpiazu<sup>7</sup> hace ya décadas.

Cuando llegan las crisis, los dueños de las mayores empresas argentinas ven divididos sus intereses. Como capitalistas les conviene que el Estado renegocie sus deudas y vuelva a empujar el crecimiento. Como acreedores, en cambio, les conviene que ajuste y pague. Si el fisco impone una quita en la deuda pública afecta a las fortunas de los millonarios (un *stock*), aun cuando podría favorecerlos en sus ganancias (un flujo) una vez relanzada la actividad.

La catástrofe del covid-19 expuso nítidamente cómo razonan los ricos argentinos y qué parte de sus patrimonios determina su conducta. Que piensen más en el *stock* (las fortunas fugadas, declaradas o no) que en el flujo (sus empresas) explica por qué son tan recurrentes los empresarios ricos con empresas pobres. También sirve para entender por qué tan frecuentemente apoyan

7 Daniel Azpiazu, Eduardo Basualdo y Miguel Khavisse, *El nuevo poder económico en la Argentina de los años ochenta*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1986.

gobiernos y políticas económicas que perjudican a sus compañías, como les pasó a muchos industriales con Macri.

Las 10 000 familias ricas o las 1000 superricas, así, sienten el impuesto a las grandes fortunas como una “doble imposición”. Aun cuando todas tributen bienes personales solo por el valor fiscal ficticio de sus campos y mansiones; aun cuando muchas registren las ganancias de sus empresas en guaridas fiscales para pagar menos impuestos acá; y aun cuando la mayoría mantenga gigantescos depósitos en negro en el exterior. Es sencillo: buena parte de su riqueza *offshore* está invertida en los bonos que se multiplicaron vertiginosamente en los últimos años. Y si va a haber una quita sobre esa deuda –termine como termine la renegociación–, es lógico que respondan como el vecino de un suburbio residencial cuando le toca el timbre el segundo o tercer pordiosero del domingo: “Ya colaboré”.

Tal vez hacía falta que un germen microscópico nos empuje a la peor crisis de nuestra historia para cambiar todo esto de una vez.

### 3. El tiempo de la necroética

Ximena Tordini

1. Ella tiene 75 años, tres hermanas y un diagnóstico de esquizofrenia. Vive en un geriátrico. Cuando aparecen los síntomas respiratorios es internada en una clínica. Desde ese momento nadie puede visitarla. Varios días después muere sola. Su hermana, de 77 años, hace sola los trámites de la muerte. Tiene que “reconocer el cuerpo”, como llama la burocracia al requisito que establece que una persona viva debe afirmar que conoce a la persona muerta para registrar “la defunción”. Lo hace a través de un vidrio: una hermana de cada lado. Al día siguiente maneja su auto, solo ocupado por ella; sigue al coche fúnebre hasta Chacarita. Presencia sola el entierro, que no fue precedido por una ceremonia, y las maniobras de los empleados estatales para poner el ataúd en la tierra. Atraviesa de nuevo el cementerio para volver a su auto, y la ciudad para volver a su casa. Un día después, sabe que su hermana no tuvo covid-19, que todas esas soledades fueron pura prevención.

La historia me la cuenta N., por WhatsApp:

[15:18, 20/4/2020] N.: hizo todo en la vida para estar con su hermana cuando muriera y no pudo.

[15:19, 20/4/2020] N.: dice que si la hubiera dejado en el geriátrico al menos moría en un contexto familiar.

Conversamos sobre que las políticas de prevención de la enfermedad privan a las personas de estar acompañadas en el momento de morir; suprimen los rituales funerarios, todos, los religiosos, los laicos, los consolidados por la sociedad en instituciones y negocios, los que cada grupo afectivo construye para sí mismo; fuerzan

formas inéditas de atravesar los primeros días de la falta; obligan al duelo solitario. Ni las medidas de salud pública, ni los discursos de política sanitaria de cada mañana pronuncian *eso*. Como si no mencionarlo hiciera que nadie pensara en la forma de morir a la que nos arroja la gestión de la pandemia. O como si el duelo fuera un asunto privado, como si la política no lo tocara, como si no hubiera allí nada que planificar. Nos acordamos de *Chernóbil*, la serie: de la mujer que se rebela cuando le prohíben tocar a su novio radiactivo. Le pido al robot de Telegram que busca libros que me ayude a encontrar una escena. Lo logra, por supuesto: “Ahora, en lugar de las frases habituales de consuelo, el médico le dice a una mujer acerca de su marido moribundo: ‘¡No se acerque a él! ¡No puede besarlo! ¡Prohibido acariciarlo! Su marido ya no es un ser querido, sino un elemento que hay que desactivar’”. Son las primeras páginas de *Voces de Chernóbil*, de Svetlana Alexiévich. “Ni siquiera nos dejaron abrazar el ataúd”, dice la mujer en el capítulo del libro en el que la autora le facilita la toma de la palabra. Una muerte sin sentido del tacto. Tres días después, N. me manda una [nota](#) de Mariana Carbajal en *Página/12*. Un hijo que no pudo acompañar a su mamá durante sus últimos días viva dice: “Es como si se hubiera esfumado”.

2. El covid-19 aterriza en Guayaquil, la segunda ciudad más grande de Ecuador, en enero: cruza el Atlántico en el cuerpo de una mujer de 71 años, una ecuatoriana que vivía en España, al igual que otras decenas de miles que limpian las casas y cuidan a los hijos del Norte. Semanas después, ella, la *paciente cero*, muere en una unidad de terapia intensiva. Su hermana también, muchos integrantes de la familia enferman; mientras se recuperan, [cuentan](#) el desprecio y la indiferencia que recibieron. El relato no trasciende, en esos momentos la Tierra ofrece imágenes más llamativas de la catástrofe.

Nueve días después, la palabra *Guayaquil* se expande como una gota de tinta negra en un vaso de agua. Un ataúd [arde](#), sobre el asfalto; las llamas blurean el fondo: unas calles que se parecen a las de cualquier ciudad de Sudamérica. Cuatro personas, jóvenes, dejan a una quinta, muerta, en una vereda, y corren. Otra cámara

asoma de la ventanilla izquierda de un auto: en la parte central de un boulevard hay un sillón, sobre él, una persona muerta, arropada con cuidado en una manta celeste, [una flor](#) roja sobre su pecho. No se entiende qué ocurre; según el gobierno, el día en que estas imágenes comenzaron a circular el virus había matado a [60 personas](#) en esa provincia, muy poco para hacer colapsar todo. Las dependencias estatales que administran la muerte trabajan en horarios restringidos, por la cuarentena. Las autoridades [dicen](#) que no tienen vehículos suficientes para retirar a quienes mueren en sus casas por cualquier causa. Quienes [trabajan en servicios funerarios](#) temen contagiarse. Las fábricas aumentan el precio de los ataúdes, que llega a los U\$S 1000 por unidad. El efecto del tiempo sobre la carne hace que sea imposible alojar a los muertos en los hogares austeros de sus familias. Los deudos los dejan a la intemperie. Otros familiares no encuentran a los suyos; algunos son rápidos para los [negocios](#): piden dinero para hallar a cada persona muerta dentro de la burocracia sanitaria. Las y los guayaqueños no quitan el sonido a los videos que postean: todos son gritos. El olor todavía no pudo ser digitalizado.

Una semana después –cuando se comprueba que [las denuncias](#) eran ciertas y que la llegada del virus multiplicó [por diez](#) las muertes diarias en la ciudad–, el municipio de Guayaquil anuncia la construcción de dos cementerios para llevar a quienes retira de los domicilios. Comienzan a usarse ataúdes de [cartón](#); en seis cárceles los presos se ponen a fabricar cofres con [madera](#) incautada, proveniente de la tala ilegal. A través de una [página web](#) se puede saber dónde es enterrada cada persona, sin ritual.

3. En los Estados Unidos, el virus mata a una velocidad que muy pronto saca a la normalidad de su cauce. Hasta el 18 de marzo mueren 150 personas. Tres semanas después, el 7 de abril, son 12 550 más; de ellas, 5500 vivían en Nueva York. La ciudad pone en funcionamiento 45 [morgues móviles](#), que estaciona en la puerta de los hospitales: son camiones que pueden contener al mismo tiempo a 2600 personas muertas (casi la misma cantidad que [las víctimas](#) del atentado al World Trade Center en 2001). El lunes 5 de abril, un integrante del Consejo de Salud de la ciudad anuncia

que abrirán fosas en los parques para alojar de manera temporal a los muertos; las declaraciones generan consternación, pero no son inverosímiles. Más tarde, la vocera de la oficina forense dice que antes del covid-19 entre 20 y 25 neoyorquinos morían en sus casas cada día; ahora son 200. Al día siguiente, el alcalde De Blasio desmiente lo de los parques: dice que si en los cementerios llegara a faltar lugar, las personas muertas serán llevadas a Hart Island.

Hart Island es una isla, frente al Bronx. Allí, el Estado entierra a quienes no tienen dinero para afrontar lo que cuesta tener una ceremonia y un lugar donde yacer, también a las personas no identificadas (a quienes en la Argentina se llama “NN” y allí, “John” o “Jane Doe”). Desde 1869, casi un millón de personas fueron llevadas a la isla; en la actualidad, cada año 1500 muertos son subidos a un barco y allí enterrados. El trabajo fúnebre –cavar la tierra, colocar el féretro, taparlo– siempre fue realizado por presos de Rikers Island: la famosa cárcel estadounidense estuvo a cargo del camposanto de los pobres, hasta fin del año pasado. A partir de 1985, muchas personas que murieron por el virus del SIDA fueron llevadas a la isla, porque las funerarias no querían ocuparse de ellas, y enterradas en tumbas anónimas.

El viernes 9 de abril, una serie de imágenes realizadas con un dron por la agencia Reuters llegan a la Argentina: una fosa grande, personas vestidas con los trajes blancos de protección –que desde ahora son funcionarios públicos, no presos–, ataúdes de madera sin barniz ni ornamento, apilados. Los canales de televisión las muestran una y otra vez. En 1997, la palabra *viral* comenzó a usarse como metáfora para nombrar el momento en que un contenido, en ese entonces de tipo publicitario, es difundido por los consumidores, sin necesidad de que el anunciante tenga que pagar por ello. El contenido viral es el que logra una curva de difusión homóloga a la de los virus. Cientos de usuarios comparten las imágenes de Hart Island junto con mensajes que llaman a respetar el aislamiento obligatorio. La fosa común se transforma en parte de una acción colectiva de propaganda.

4. El 7 de abril, el sitio *The Conversation* titula una nota: “El coronavirus muestra cómo fallamos en gestionar la logística de

la muerte”. Quien la firma, John Troyer, autor del libro recientemente publicado *Tecnologías del cadáver*, dice que la “infraestructura nacional de la muerte” en general es invisible para los vivos, a tal punto que casi nadie se preocupa por su funcionamiento, ni por su presupuesto. Ahora, el covid-19 la exhibe, destripada, junto con sus déficits. El autor sostiene que si le prestáramos atención tendríamos muy claro “lo importante que es realmente la infraestructura que trata con los cadáveres, y por qué necesita ser financiada por los gobiernos. Porque en este momento, un gran número de familias no puede llorar a sus muertos de la manera que esperan”. Los ritos funerarios están imposibilitados más por la falta de planificación que por el virus en sí, dice.

5. La infraestructura de la muerte argentina es poco conocida; reconstruir sus circuitos, sus formas de registro, sus autoridades, sus obligaciones, sus detalles es una tarea para detectives de la burocracia. El sistema de salud, las morgues, los registros civiles, las policías, las fiscalías, los cementerios forman cadenas opacas, con reglas que hay que rastrear, que fabrican decisiones que hacen estragos, muchos de ellos avalados por las normas, otros puro residuo del desapego. Si se presta atención a los detalles se aprecian las características. Por ejemplo, los velatorios solo son posibles si se tiene dinero (mucho) para pagarlos, porque el sistema de servicios funerarios es privado. Un informe de La Poderosa cuenta cómo se organizan en las villas para financiar las despedidas que para la mayoría de las personas son el necesario primer paso del camino del duelo: [la colecta o la deuda](#). Por ejemplo, después de la inundación en La Plata, el 3 de abril de 2013, la morgue de esa ciudad fue clausurada por las irregularidades en el registro de las personas muertas y en su cuidado. Pruebas del mal funcionamiento de las morgues hay por doquier, en situaciones [denunciadas](#) por las familias y en [causas judiciales](#) en las que se investigan hechos de relevancia política, como la desaparición de Jorge Julio López.

Cada tanto algo que se presenta como anómalo abre ese mundo y sus partes quedan expuestas. Pero, en verdad, pocas veces es una anomalía y muchas, una regularidad invisible. Por ejemplo,

cuando se convierte en noticia que una persona *desaparecida en democracia* estaba enterrada en un cementerio. Esas desapariciones son la consecuencia de la infraestructura de la muerte argentina. No son deliberadas, pero en tanto no paran de repetirse, de algún modo sí lo son. Encontrar a alguien dentro de la infraestructura de la muerte nacional bien podría ser un oficio. Gabriela Franco es poeta, un día su hermano desapareció. Lo encontró dos meses y medio después en un cementerio. En su libro *En orden de aparición*, escribe:

tampoco la muerte  
 iguala a los hombres

como una lápida caen  
 las cruces sobre los restos  
 masculino indigente nn

señales que definen  
 los recursos destinados  
 a un cuerpo sin nombre

Cuando la normalidad vuelve, la infraestructura sigue sus hábitos. Sin drones que sobrevuelan, sin zócalos que gritan, muchas personas son enterradas sin identificar, sin ritual, sin certeza, en la periferia de los cementerios o en un osario, de donde ya no se podrá recuperarlas. En una entrevista, Gabriela Franco dice: “Me pregunto cómo en una sociedad con una herida tan grande puede haber tanta desidia con los cuerpos”.

Cuando llega el covid-19 pasa lo de siempre. El Ministerio de Salud emite un protocolo no muy fácil de encontrar. Algunos protocolos provinciales hacen lo que ese documento no recomienda: cremar a todas las personas muertas. Las comunidades religiosas se organizan para evitarlo. Las empresas privadas que tienen el monopolio de los rituales se quejan por la falta de directivas precisas y de insumos. La regulación de los cementerios es municipal: cada uno establece criterios diferentes. Algunos permiten que haya cinco personas por cada entierro; otros, dos; otros obligan a

quienes van a despedir a alguien a permanecer en el auto. Recién a mediados de mayo, cuando aumentan los contagios en la ciudad de Buenos Aires, se empieza a hablar de la necesidad de unificar un protocolo. Entre los sectores populares la preocupación se extiende; pregunto qué está pasando a varias personas que militan en los barrios. Marina Joski, de la Central de Emergencias Villeras y referente de la UTEP en la ciudad de Buenos Aires, dice en un audio de WhatsApp: “Las organizaciones populares venimos luchando hace muchísimo tiempo por la dignidad de la vida, pero también por la dignidad en la muerte. A nosotros nos preocupa la dilatación de los tiempos de retiro de las personas fallecidas en sus propias casas, pero también algo que es muy angustiante y afecta muchísimo: morir en estos tiempos implica que este duelo no pueda llevarse adelante de manera colectiva, como es parte de la tradición de los sectores populares. El entierro o la entrega de cenizas tenían que ver con procesos comunitarios, de poder afianzar el vínculo, de manifestar que la historia de esa persona fallecida se dio en la comunidad. La muerte en esta sociedad es en sí misma un hacer comunitario. Entonces ¿cómo se reconfigura?”.

Los medios de comunicación construyen noticias con fragmentos: un cementerio cordobés cava fosas, la morgue judicial contrata más gente, el Ministerio de Salud compra [bolsas mortuorias](#). Conocemos las medidas con el filtro del morbo, como en general ocurre con los asuntos de la muerte. Las bolsas, los ataúdes, las fosas, los entierros, las nomenclaturas, las tumbas son lo que los humanos inventamos laboriosamente desde hace decenas de miles de años para vivir la muerte propia y la de quienes queremos. Pero de ellas se habla para viralizar el miedo, no para darnos la certeza de que hay un enfoque de cuidado de los muertos y los duelos que vendrán.

6. Mientras el periodismo registra la irrupción de la muerte en la escena pública mundial con crónicas, fotorreportajes, entrevistas y un torrente imparable de contenidos informativos, una red social captura algo del estado de ánimo de los no-sobreinformados. El 26 de febrero, un usuario de TikTok sube [un video](#): al accidente de un esquiador le sigue un funeral, y se ve a un grupo de hom-

bres negros, vestidos de traje, que portan en los hombros el ataúd y bailan al ritmo frenético, placentero, del tema “Astronomía”, agregado por el tiktokker. Un mes después el meme llega a la Argentina, cientos de videos caseros repiten una y otra vez la escena en la que los portadores de ataúdes bailan con fervor y gracia, luego de una escena que anuncia una muerte inminente, real o metafórica. Se le llama [“los negros del ataúd”](#). No es la misma imagen que la de aquel primer video, sino una que fue parte de un informe de la BBC sobre los ritos funerarios de Ghana. En una de las versiones el ataúd se cae y una persona muerta queda sobre la tierra. Pronto se transforma también en sticker de WhatsApp y en un filtro de Instagram. F., mi hijo, manda un video al grupo de WhatsApp de la familia: cuatro funebreros con su cara (la de mi hijo) bailan portando un ataúd blanco en un mundo que se ve como la reconstrucción en Minecraft de un caserío popular ghanés. F. dice: “El mejor filtro de la historia”.

Llego a un texto del cineasta Mariano Llinás, a través de Twitter, la red social de los sobreinformados. Argumenta que los videos son la primera forma cinematográfica de la pandemia, una [“poesía feroz”](#). Parece que TikTok, ese universo denostado por las redes sociales iluministas, logró desplazar los sentidos del morir, no sabemos del todo hacia dónde.

7. El 31 de marzo, en medio de las crisis de Guayaquil, las organizaciones de derechos humanos de Ecuador le pidieron al Estado que preservara [“mínimos parámetros de necroética”](#); reclamaban información, claridad y cuidado para [las personas muertas y para sus afectos](#). Con el transcurso de las semanas de pandemia, algunas decisiones comienzan a mutar. En ciertos lugares, se rompe el anonimato de las muertes por covid-19: en Gran Bretaña arman un [memorial](#) para los trabajadores de la salud; cuando los Estados Unidos sobrepasan los 50 000 muertos, el *Washington Post* publica [sus historias](#); cuando Brasil llega a los 10 000 fallecidos, un artista pone en línea [Innumerables](#), una suerte de Wikipedia poética de los muertos: “Las personas merecen existir en prosa”, dice. En Israel, los hospitales cambian la política para que, con los elementos adecuados, las familias puedan [despedirse](#) de los enfermos

que probablemente ya no se recuperarán. Los médicos de Detroit piden que las despedidas [se digitalicen](#) porque ya no soportan el peso de su trabajo.

Escribo esto un domingo a la noche, cuando el tercer ciclo de quince días de encierro está por empezar. Una amiga cuenta en un grupo de WhatsApp que una persona que conocemos, que fue nuestra compañera de trabajo, murió hoy. Unas horas después, llega un correo electrónico: “Estamos pensando en hacer un encuentro [por zoom](#) para ritualizar la despedida”. No llegué a conocerla en persona, por primera vez la veo en una foto. De la acuciante cantidad de crónicas sobre la muerte que leí en estas semanas, recuerdo unas palabras de un artículo al que llegué por las [notas al pie](#) de unas notas al pie: “La comunidad está constituida por personas vivas y personas muertas”, dice. El duelo, la relación entre unas y otras, se impone, pese a todo. La comunidad, por sí misma, encuentra sus formas.



## 4. Quién manda y cómo manda

El federalismo ante el desafío de la reconstrucción

**Marcelo Leiras**

Los hombres no experimentan placer alguno (muy por el contrario, un considerable pesar) en mantenerse juntos allí donde no hay poder capaz de intimidarlos a todos.

**Thomas Hobbes**, *Leviatán*, cap. 13, “La condición natural del género humano. De lo que concierne a su felicidad y su miseria”

“Soberano es quien decide sobre el Estado de excepción”: la sentencia de Carl Schmitt en su *Teología política* (1922) invita a pensar en la persona del soberano y en su inclinación a intervenir. Si la hacemos girar un poco, veremos el contexto: la eficacia de la intervención de un soberano, el hecho de que lo reconozcamos como tal, depende de condiciones que no controla. No cualquier Estado admite ser definido como excepcional. El que transitamos desde que la expansión del covid-19 se declaró como pandemia sin duda lo es.

Decir “soberano” parece un modo exagerado de nombrar a quienes toman decisiones que, se supone, todos debemos obedecer (exagerado y ajeno a nuestra imaginación antimonárquica y liberal). Es raro que la declaración de una persona baste para suspender lo que entendemos como normal. Pero reconocer como obligatorias las reglas que organizan nuestra convivencia depende de la regularidad de nuestro comportamiento. Para decirlo con palabras de la tradición jurídica alemana: la validez se apoya en la facticidad. Si nuestros hábitos cambian por completo en cuestión de días, es más probable que no nos sintamos atados a las mismas obligaciones que antes.

Eso no nos vuelve menos dóciles. Al contrario: al miedo de contagiarse una enfermedad incurable, la ruptura de las rutinas le agrega desconcierto. Así, dudamos de que los usos habituales del orden legal sigan siendo una guía útil y estamos más dispuestos a aceptar nuevas órdenes, incluso las que nos impiden cosas básicas como transitar y trabajar fuera de nuestras casas. Lo que acostumbramos describir como gobierno de leyes aparece nítidamente como gobierno de personas. El núcleo del poder público reside en los individuos a los que obedecemos aun en una situación extraordinaria. La excepción ilumina la fuente de la soberanía, creía Schmitt. Cuesta no darle la razón, en medio de este grotesco hobbesiano en el que cada uno de nosotros es amenaza para los otros solo por cruzarnos.

### **Una federación no es una competencia entre gobiernos autónomos**

El reconocimiento extendido de estar en una excepción no necesariamente suspende el Estado de derecho ni el orden constitucional (aunque puede amenazarlos, como está ocurriendo en Hungría). Ahora bien, lo que llamamos “división de poderes” es una lista de instrucciones para el ejercicio colectivo de la autoridad pública. La excepción no siempre afecta la disposición de los actores políticos poderosos a seguir ese manual de instrucciones, pero abre la puerta a que las interpreten de otro modo, dado que ya no es evidente que las interpretaciones habituales de esas instrucciones sirvan para defendernos mejor de esta amenaza extraña. Esto vale para la organización formal e informal entre distintas áreas del Poder Ejecutivo, para la relación entre presidentes y legislaturas, y para la relación entre autoridades nacionales, provinciales y municipales. La excepción invita a preguntar quién manda y también cómo mandar.

Las listas de instrucciones constitucionales son imprecisas, en el sentido de que no pueden anticipar con exactitud cómo deben aplicarse en todas las situaciones imaginables, mucho menos en las inimaginables. En el caso de las constituciones federales,

esas instrucciones son además complejas. En algún sentido pueden leerse como una invitación a que nos preguntemos todo el tiempo quién manda. Los que defienden los órdenes federales con el argumento de la eficiencia sostienen que la competencia entre gobiernos provinciales permite obtener los mismos bienes públicos al menor costo posible, o la combinación de impuestos y bienes públicos más adecuada a nuestra ideología. Pero una federación no es un concurso entre gobiernos autónomos, sino un encastramiento entre gobiernos con áreas de intervención de distinta extensión y responsabilidades compartidas. Por eso, las justificaciones del federalismo más convincentes son las que lo presentan como un dispositivo para dividir lealtades entre un gobierno central y una variedad de gobiernos locales, y a la división de lealtades, como un mecanismo para resguardar la libertad individual. Como la competencia política entre papas y reyes en la temprana modernidad, la duplicación de autoridad entre gobiernos locales y federales ofrece una alternativa de resguardo cuando alguno de esos gobiernos desborda los límites legales.

En una situación excepcional, el ejercicio de la soberanía se lleva mal con la lealtad dividida. La respuesta a la pandemia sacude los pilares del orden político y en los países federales el sacudón se siente más fuerte. Es menos notorio en la Argentina, donde hasta el momento las decisiones y las declaraciones de todos los gobiernos provinciales se han alineado con las del Ejecutivo federal, pero es muy evidente en el conflicto abierto entre los gobiernos de las ciudades, los estados y el gobierno federal tanto en los Estados Unidos como en Brasil.

La experiencia de estos países ilustra de modo elocuente la potencia y las limitaciones de un sistema que divide lealtades. Si a la amenaza excepcional de la pandemia se le agrega la incompetencia y el cinismo de dos personajes de la calaña de Trump y Bolsonaro, es fácil entender por qué alguien aceptaría con gusto sentirse protegido bajo el liderazgo de alguna gobernadora o algún intendente razonable. Sustraerse a los delirios de un presidente irresponsable equivale a vivir parcialmente y por un rato en otro país. Pero esa extraterritorialidad imaginaria y limitada es un paliativo que no resuelve el problema fundamental de ofrecer

protección igualmente confiable a todas las personas sometidas a la autoridad de un mismo Estado nacional. Justamente, el formato constitucional federal surgió de la necesidad de ofrecer una respuesta supralocal al desafío militar que amenazaba la independencia de las trece colonias originarias norteamericanas en 1787. El reconocimiento de las autonomías locales no fue el camino para conseguir una respuesta coordinada a la altura de la potencia de la Armada británica, sino una concesión a las élites de cada una de esas colonias para que aceptaran subordinarse parcialmente a una autoridad central. Limitar el daño físico, económico y social que conlleva la difusión de este virus es tan arduo como lo fue resistir una invasión a fines del siglo XVIII.

### **La descentralización no significa cortarse solo**

A diferencia de la descentralización política, la descentralización administrativa y fiscal, otro rasgo típico de las federaciones, parece un formato adecuado para el combate de la pandemia en esta etapa inicial. Según el consenso de los estudios que cita la prensa, el virus se ha difundido a distintas velocidades en distintos países, y la proporción de casos varía muy ampliamente entre regiones de un mismo país. Hasta ahora, la restricción estricta a la circulación de personas, que incluye prohibiciones o limitaciones severas a los viajes entre jurisdicciones internas, ha sido una de las medidas de contención más eficaces. Estos controles están a cargo de autoridades provinciales y locales. El rastreo de contactos y el aislamiento de las personas infectadas son otras de las armas poderosas que destaca el inventario de las experiencias internacionales. Requieren conocimiento detallado tanto del terreno como de las poblaciones, capacidades más propias de los gobiernos locales y provinciales que de las agencias de un Estado nacional.

Pero los escudos locales que ayudan a limitar la difusión de la enfermedad pueden transformarse en barreras localistas a los esfuerzos nacionales en el momento de la reconstrucción económica. El aislamiento de las regiones y los hogares evita los contagios, pero no ha sido un esfuerzo solitario de autoridades regionales

sino la coincidencia de gobiernos de distintos niveles y hogares que juegan el mismo juego. Cortarse solo no es una respuesta ganadora para ningún problema, y mucho menos lo será para poner en marcha las economías nacionales y extender las redes de protección social para quienes más están sufriendo la crisis.

La sensación de estar expuestos a un peligro común debería reforzar nuestra sensación de ser parte de una comunidad. La infinidad de muestras de solidaridad entre vecinos, reconocimiento a las servidoras y servidores públicos y exhibiciones de empatía en las redes sociales parece confirmar esta creencia. Es muy posible que sentirse expuesto a un destino común inspire una identificación comunitaria, aunque no es evidente que su escala vaya a ser siempre nacional. Es más: si el criterio decisivo fuera la distribución de la probabilidad de contagiarse el virus (que abarca el mundo entero), estaríamos en la antesala de una revolución cosmopolita. Algo así no parece verosímil. La escala del sentimiento de identidad que se fragüe en esta experiencia dependerá del modo en que las y los líderes públicos la nombren y la califiquen. En los países federales, las identidades nacionales podrán reforzarse o debilitarse según cómo evolucione y cómo se dote de sentido la respuesta al riesgo sanitario y económico. Va a ser difícil convencer al vecino de San Pablo (que tal vez cree que se salvó porque es paulista) de que hay que destinar ayuda económica a los pobres de Manaos.

La pandemia pone a trabajar los engranajes institucionales e identitarios de la maquinaria federal. Por eso, considero improbable que la monumental disrupción social y económica permita reorganizar la relación entre los gobiernos nacionales y los provinciales para dar lugar a nuevos federalismos. Las tesis optimistas de borrón y cuenta nueva que circulan en estos días parecen conjeturar que la interrupción masiva de rutinas y relaciones nos permitirá redefinir o cancelar las que no nos gustan. También es posible que los Estados nacionales que protejan la integridad física de sus poblaciones y resguarden la viabilidad de sus economías se fortalezcan en relación con los actores económicos organizados tanto domésticos como internacionales. Pero nuestro capital, nuestros saberes y nuestras tecnologías a la salida de la

crisis seguirán siendo más o menos los mismos. Para que la cuenta nueva dé resultados mucho mejores a los anteriores vamos a necesitar un milagro de imaginación organizacional, un técnico brillante para dirigir los mismos jugadores que estaban peleando la promoción.

Lo anterior, en mi opinión, vale para cualquiera de los países occidentales afectados por la pandemia y, muy en especial, para la Argentina. En nuestro caso, la recesión profunda que se montó sobre el extendido malestar socioeconómico en Occidente sigue a ocho años de inflación alta y muy bajo crecimiento, coronados por una crisis de deuda con expansión de la pobreza. Para enfrentar estos desafíos, Alberto Fernández se propuso alcanzar un acuerdo social amplio y promover el equilibrio demográfico y económico entre las provincias. En el nuevo contexto esas metas no pierden relevancia, aunque parece más difícil alcanzarlas.

Los primeros meses de contención de la pandemia dejan dos enseñanzas que pueden resultar valiosas para redefinir, en la medida en que se pueda, la relación entre el gobierno nacional y los gobiernos provinciales. Primero: las capacidades estatales de estos últimos fueron suficientes para contener la primera ola de la pandemia. La cuarentena fue exitosa porque se implementó con mucha disciplina en todos lados. La curva de contagios cayó en todas las provincias, incluso en algunas muy populosas donde la perspectiva inicial era preocupante, como Córdoba, Mendoza y Santa Fe. Los desafíos que supone salir de la cuarentena y estimular la recuperación económica serán muy distintos, pero el éxito de las primeras intervenciones sienta una base firme de aprendizaje y confianza.

Parte de estos buenos resultados puede atribuirse a la segunda enseñanza: decidir a partir de consensos apoyados en información confiable colabora con el éxito de las políticas. La información sobre la situación social, económica y fiscal de las provincias no es menos objetiva ni más difícil de interpretar que los datos epidemiológicos sobre un virus desconocido hasta hace cuatro meses. Es deseable que la atención a los datos y la sensibilidad igualitaria con la que se asignaron recursos en el sistema de salud guíen la distribución de la ayuda para la recuperación económica.

No sé si será posible reorganizar las relaciones entre los gobiernos de distinto nivel en la federación argentina, ni estoy seguro de que debamos caminar en esa dirección. Lo que sin duda necesitamos, y confío en que podamos lograr, es un federalismo mejor: uno que ofrezca oportunidades económicas, servicios educativos y de salud y protección social semejantes en todo el territorio de la nación, empezando urgentemente por la enorme cantidad de pobres que viven en los conurbanos de todas las grandes ciudades del país.



## **5. Un palacio sin invierno**

El Poder Judicial y la estrategia del avestruz

**Paula Litvachky**

El 20 de abril, un mes y diez días después de iniciada la cuarentena, sonó fuerte el cacerolazo contra el gobierno nacional en demanda de más castigo. El motivo de la protesta era expresar repudio y oponerse a la supuesta liberación masiva de presos, entre los que se encontraban acusados de homicidios y violaciones. Pese a que ese plan masivo no existía como tal, fue instalado como un hecho por parte de grupos de víctimas y referentes de la oposición política, que encontraron así el modo de diferenciarse del oficialismo ante la fuerte aceptación popular de la cuarentena. Hubo una campaña clara de operaciones. Los medios transmitieron en cadena y promovieron pánico. Nada nuevo. La movida constituyó la protesta más amplia contra el gobierno hasta el momento. Y la respuesta fue incómoda y esquiva.

¿Qué fue lo que pasó?

### **El sistema de castigo penal en su laberinto, entre el punitivismo de la derecha y la incomodidad de la izquierda**

La pandemia encontró a las cárceles argentinas en situación calamitosa. Años de inflación y endurecimiento penal condujeron a un incremento constante de la tasa de encarcelamiento nacional y a sistemas penitenciarios desfinanciados, hacinados, violentos y, básicamente, desiguales. A raíz de la crisis sanitaria, la Organización Mundial de la Salud y especialistas de todas las instancias internacionales de protección de derechos humanos advirtieron que estos lugares eran focos de contagio y de expansión del virus, y recomendaron a los gobiernos que trabajaran en una

disminución de las tasas de encarcelamiento y que garantizaran las medidas de higiene y de distanciamiento. Todas condiciones casi imposibles de cumplir porque, salvo excepciones, la lógica de funcionamiento de las cárceles es la contraria.

La protesta llegó luego de algunas decisiones judiciales que, con muchas resistencias y descoordinación, respondieron a esas recomendaciones. La acción política opositora y los grupos de víctimas lograron articular los sentimientos asociados al miedo al delito y las demandas de más castigo con las pulsiones violentas y discriminatorias de ciertos sectores sociales, así como con reclamos transversales por las respuestas ineficaces ante múltiples violencias. Esta confluencia explica el éxito de las campañas de pánico moral que desencadenan reformas legales y políticas duras. Pasó con el fenómeno Blumberg en 2004, con el sciolismo (cuyos principales exponentes fueron los ministros bonaerenses de Justicia Ricardo Casal y de Seguridad Alejandro Granados), con las propuestas del massismo y las leyes impulsadas por el diputado Luis Petri, y con la exacerbación de la demagogia punitiva de Patricia Bullrich al frente del Ministerio de Seguridad nacional durante los últimos cuatro años.

Desde hace décadas, discutido por derecha y por izquierda, el sistema de castigo penal está en constante crisis de legitimidad. Los grupos conservadores y punitivistas reclaman por la falta de respuesta y presionan para aumentar el castigo, que es siempre insuficiente. Sostienen que nadie va a la cárcel y denuncian la hegemonía del garantismo abolicionista (si es que eso quiere decir algo). Esa posición logra quedar disociada de cualquier debate sobre los efectos de la inflación penal y sobre las políticas impositivas y presupuestarias necesarias para bancar ese aumento sostenido de personas detenidas. Funciona, en realidad, poniendo en crisis el sistema al pedir siempre más cárcel y más dolor. Por su parte, las posiciones identificadas con la izquierda y el progresismo penal se oponen a las campañas de mano dura, muchas veces poniendo el foco en la desigualdad del dispositivo carcelario. Pero estos mismos sectores también quedan enredados en planteos punitivos: al igual que los sectores conservadores, identifican casos en los que la respuesta estatal es deficiente y proponen como so-

lución un endurecimiento penal. Así ocurre respecto de muchos reclamos sociales por violencias de distinto origen, ligadas a la desigualdad o exclusión. En estas aguas navega el sistema judicial, que funciona pésimo, con una alta proporción de sus funcionarios y empleados conservadores o alienados de su función, y bajo reglas formalistas y viejas en su gran mayoría.

La reacción que vimos frente a cualquier posibilidad de intervenir para racionalizar el encarcelamiento mostró lo trabado que está el tema. Son muy pocas las instancias que se abren para discutir políticamente sobre la función judicial, los fenómenos y las dinámicas que producen violencia, los mercados que financian las ilegalidades (como los derivados del negocio del narcotráfico, el contrabando, las autopartes o los teléfonos), el régimen de sanciones o la responsabilidad judicial y política por el colapso del sistema. Es claro que el consenso conservador está instalado y es transversal. La consultora Aragón realizó una encuesta poscacerolazo en la que preguntó por el nivel de acuerdo sobre la excarcelación de presos por integrar algún grupo de riesgo frente al virus. Solo el 10% de los encuestados respondió que sí.

La salida política, por el momento, ha sido redirigir la responsabilidad a los jueces y fugar hacia delante con la promesa de construir más cárceles. Hay una postura de resignación, de determinismo y fatalidad. Los presos se van a contagiar indefectiblemente. La pregunta por el esfuerzo social para achatar la curva y evitar la mayor cantidad de muertes posibles pareció esquivar a los más pobres y a quienes están presos. En cuanto a los jueces, apenas se vieron interpelados por su responsabilidad funcional, retrucaron que la responsabilidad la tiene el Poder Ejecutivo nacional y los provinciales por ser los administradores de los lugares de encierro.

### **En tiempos de excepción, ¿dónde está el Poder Judicial?**

Estos episodios funcionan como disparadores para pensar la dimensión política de la cuestión judicial. Entre los debates centrales en las sociedades contemporáneas está la discusión sobre

el rol de los jueces en una democracia: cómo deben construir su legitimidad y cómo opera la posibilidad de que intervengan para contradecir a las mayorías y particularmente para controlar a los poderes políticos (lo que se llama su “función contramayoritaria”). Está instalado que el Poder Judicial tiene como misión central controlar al Ejecutivo, cuestión relevante sin duda. Pero ¿no hay nada más? ¿De dónde emana su legitimidad? ¿Cuáles son sus funciones en regímenes democráticos?

Lo cierto es que en estas semanas de pandemia los máximos tribunales pasaron casi desapercibidos, excepto por dos discusiones: la posibilidad de que sesionara el Congreso en forma remota y la cuestión carcelaria. En la primera apareció la Corte Suprema en su papel más palaciego, para dirimir una discusión sobre las reglas institucionales. Su decisión fue muy discutida en términos políticos, pero quedó claro que desde el comienzo de la crisis sanitaria la Corte optó por el perfil más bajo y solo dispuso medidas que acompañaron la cuarentena decidida por el PEN. No abrió otras discusiones ni apareció institucionalmente. Solo se sabe que dispuso usar una ínfima parte del [fondo anticíclico que creó](#) en 2008 y que ya acumula más de \$ 30 000 millones.<sup>1</sup> En la segunda, la función judicial quedó interpelada por la necesidad de resolver los problemas del hacinamiento carcelario y por la demanda social de más castigo. La Corte no intervino de ningún modo y los tribunales superiores tomaron algunas decisiones no muy arriesgadas. Aunque debían decidir qué hacer con los presos que ellos mismos producen, todos especularon con que el otro poder era el responsable de asumir los costos de la decisión.

En las actuales condiciones de excepción consentida con fines sanitarios, que constituye una suerte de “normalidad” provisoria, el peso del liderazgo político y de la coordinación federal para pasar la crisis recayó en el Poder Ejecutivo y alimentó su imagen positiva. Sin embargo, aun cuando la relevancia de la intervención del Congreso y de las fuerzas políticas creció con el paso de las se-

1 Referencias al uso del fondo y peleas con el Consejo de la Magistratura, disponibles [acá](#) y [acá](#).

manas, la pregunta por el rol del Poder Judicial quedó muy desdibujada. La crisis de legitimidad no alcanza únicamente al sistema de castigo. La función de la Corte Suprema y la relevancia social de la función judicial están muy lastimadas. La rutina de palacio de la gran mayoría de las autoridades las aísla de la vida democrática. La justicia federal está orientada a mantener o reproducir su poder, las otras justicias quedan relegadas a planos secundarios con infinitos problemas de funcionamiento y presupuesto. La gran expectativa se limita a que la cuarentena obligue a un salto tecnológico que permita mejorar el día a día del trabajo judicial.

Con tal desprestigio y capital político devaluado, a pesar de esta especie de Estado de excepción democrático, no hubo iniciativas públicas para reunir a las autoridades judiciales, ni para coordinar con los otros poderes las reglas institucionales de este momento. Sabemos que hubo gestiones, reuniones informales, acuerdos. Por caso, en estas primeras semanas, a pedido del PEN decretaron la feria judicial para bajar el nivel de actividad y para resguardar la salud de los trabajadores judiciales. Pero desde el punto de vista institucional judicial ¿hubo algún debate? El momento lo requería. Escuché al juez federal Daniel Rafecas dar un ejemplo elocuente de otro tipo de intervención posible. En 2005, la Corte declaró la inconstitucionalidad de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final y, con ello, abrió el escenario para la reapertura del proceso de justicia por los crímenes del terrorismo de Estado. Ante la necesidad de coordinar y poner en marcha los juicios, convocó a una comisión interpoderes y a referentes y organismos de derechos humanos. Durante años este espacio resolvió innumerables problemas, pero sobre todo dio un mensaje político claro. Fue eficaz. Hubo medidas de reorganización del trabajo judicial, interacción con las autoridades políticas, intercambios con referentes, víctimas y abogados. Sin duda, era otro contexto y era otra Corte. La pelea política por la verdad, la memoria y la justicia estaba afuera, tenía una historia de luchas, y entró a los tribunales. La Corte de ese momento entendió cómo construir su propia legitimidad política desde afuera hacia adentro. Había que mover el engranaje judicial y enfrentar resistencias, pero contaba con apoyo social nacional e internacional. En la actual situación de

pandemia, ¿la excepcionalidad del momento no requería alguna señal para ese “afuera”? Porque la pregunta, también, es cómo se construye esta excepcionalidad –asumida como válida para cuidarnos– con rasgos democráticos.

En esta nueva normalidad instalada, con personas dóciles y asustadas frente a la enfermedad, que requieren protección estatal, ¿qué canales aparecen para potenciar demandas igualitarias o, al menos, redistributivas? ¿Cómo se organiza un Estado para garantizar equidades? El Poder Ejecutivo organizó su respuesta a la emergencia movido por la idea de igualar el acceso a la salud, en principio tomando medidas para impedir la saturación del sistema sanitario. También promovió algunas políticas de compensación. Con problemas y déficits, parte de la respuesta política se orientó de este modo.

Las autoridades judiciales no mostraron el mismo interés por dar esos mensajes.

No son preguntas distintas a las que nos hacíamos en el pasado. Este momento requiere medidas excepcionales, pero al mismo tiempo hace evidente un problema social que se proyecta hacia el futuro. ¿Cómo pensar la cuestión judicial desde afuera y a partir de un proyecto que dé cabida a las demandas de no exclusión y de protección estatal? Esto quiere decir, entre otras cosas, un Poder Judicial cuyas decisiones configuren un modo no conservador de intervenir en los problemas sociales y no se agoten en mera estrategia dentro de la lógica palaciega del poder. La agenda es enorme: la discriminación y la falta de acceso a los recursos estatales de amplios sectores de la población, la desigualdad y la violencia del sistema de encierro, la falta de contención a las víctimas (sin que estas dos últimas dimensiones deban entenderse como contradictorias), las violencias machistas y los femicidios sin caer en consignas punitivistas, o la violencia policial y la vigilancia ilegal.

¿Qué tiene que hacer el Poder Judicial en un Estado de excepción contemporáneo? Valen estas preguntas para la vida en común fuera de la pandemia. El consenso hegemónico conservador sobre el castigo o sobre la intervención judicial en términos más amplios solo puede quebrarse si lo construimos como un proble-

ma social del que hay que ocuparse. El feminismo puso sobre la mesa que los privilegios no caen solos. Hoy el vacío de la discusión judicial se hace evidente.



## 6. Unidad nacional

La necesidad de un imposible

**Horacio González**

Como un rezo costumbrista y obligatorio, el tema de la unidad nacional atraviesa todas las épocas, todas las expresiones sociales, todas las propuestas políticas que se ven a sí mismas como las más altruistas. ¿Quién podría negarse a ellas? Pero para emplear la misma expresión que muchos tratadistas de la democracia emplearon sobre este concepto en los años noventa, la unidad nacional es un enigma. De modo que si tradujésemos el tema a las vicisitudes de la historia de un país, por ejemplo de este, se nos ofrece una ocasión para volver sobre un verdadero arcano. Luego de la batalla de Caseros, la unidad que da el triunfo a Urquiza se deshace enseguida, entre urquicistas y porteñistas. La ciudad de Buenos Aires es sitiada por los primeros, y hay dos batallas en los descampados que hoy atraviesan la ruta 9. Una unidad que se había manifestado alrededor de una voz que introduce una discordancia en el sistema de Rosas –proveniente de alguien que entonces le era adicto– nuevamente se deshace. Parecería que los demiurgos de la dialéctica presiden estos movimientos, a la manera un tanto maoísta de *unidad-crítica-y-unidad*. Tres segmentos necesarios y tranquilizadores. La historia al final es así. O parece ser así.

Pero no es así que ocurren las cosas, por lo menos de un modo secuencial tan servido por un obediente tiralíneas. En 1880, en una sangrienta batalla en los Corrales –más o menos cerca del algo imaginario lugar donde se sitúa *El matadero* de Echeverría–, el ejército nacional derrota a la guardia nacional porteña. Se presenta ante nuestros ojos una nueva unidad, que muestra que para ser consumada y ejercida es necesario derrotar a alguien, y en el caso que referimos, con el resultado de varios miles de muertos. Mitre,

un conocido secesionista –batalla de Pavón en 1861, batalla de La Verde en 1871–, se ofrece como mediador entre las fuerzas de Buenos Aires y el ejército de la unidad nacional roquista –es preciso calificarla pues se trata de unidad provisoria–, cuya síntesis de determinaciones tiembla cuando vuelve el “porteñismo” bajo la forma de la Unión Cívica de Alem, con un toque mitrista. No hay Unión que no se resquebraje. Esto se sabía pero queda escrito en la fina observación que hace un filósofo notable hacia la mitad del siglo XX, diciendo que la totalidad era lo falso.

Fue con el peronismo clásico –el de su primer período– que se mostrarían las paradojas inherentes a la unidad política. Esta tiene autores, está sellada por nombres específicos, los que la postulan se sienten victoriosos ante otras versiones contrapuestas de esa misma unidad. Entonces, la unidad es el eslabón de una cadena que se levanta por encima de los demás y ejerce sobre ellos cierta coacción unilateral que se presenta bajo la forma de un sistema universal. Nunca abundó tanto el idioma de la unidad nacional y su sucedáneo –la comunidad organizada– como durante los años peronistas. Pero se creaba una situación bien conocida: cuanto más se acentuaba el propósito unitivo más crecían los impulsos para quebrarlo, pues todo ello tenía el sello lacrado de una heráldica, la del peronismo. En él se respiraban marchas que festejaban el todo y generaban la partición, proponían emblemas que aludían al escudo nacional donde las manos se estrechaban, y creaban una consternación en quienes decían “con esas manos no debo y no puedo, es una cuestión de piel”. Y al entrar en juego la palabra “piel”, la unidad de los utopistas –que no declaraban serlo– quedaba rota por oscuras vindictas milenarias que exigían bombardeos.

¿Cómo pensar estos fenómenos de unidad que se elevan desde la parte, cuando otras partes consiguen rebajarla nuevamente a mera parte, invirtiendo entonces el color de voz que repetirá al revés ese llamado? ¿Es posible sacar alguna conclusión de estas arenas movedizas –esta tabla reversible– de la posición unitario-totalista que suele visitar con persistencia a los movimientos populares? En los primeros años del nuevo siglo se inventó el concepto de *grieta*, que implicaba una acusación a quienes supuestamente

habían partido el país –ese país heredero de una unidad imaginaria que es su imposible e irredento fantasma–, y ese concepto forjado con las vísceras del mal quedó como imputación señalada hacia un gobierno democrático que invitaba a revisar el cuadro de la distribución de riquezas del país –a través, en verdad, de una decisión fiscal e impositiva casi trivial– y que, además de esa módica osadía, contaba con un cuadro de funcionarios heterogéneos, poco preparados para aventuras mayores. No obstante: *grieta*.

Con ese vocablo sacado de las entrañas del diablo se quería inducir a un exorcismo. El lenguaje recaudatorio de un gobierno que también llama a la inescusable unidad, partiendo de la unidad del pueblo –el pueblo-nación concebido como unanimidad, un *Uno* misterioso, para solicitarlo y organizarlo–, pasaba a ser considerado una lengua del infierno. Emanaba de allí la fragua siniestra de la grieta, con su lengua de fuego. Pero la televisión la presenta como un concepto de raigambre politológica, como si lo hubieran pronunciado y aprobado los cientos de especialistas en ciencias políticas que pasan por los sets diciendo palabras como “consenso”, “hegemonía” o “gobernanza”. *Grieta*, además, tenía onomatopeya, la de una cartulina que se rasgaba, un rugido en el bosque, un vestido elegante que una mano maligna desgarraba.

Nunca fue fácil si se acepta un tono argumental, por más aderezos de refutación irónica y hasta chicanera que lo acompañen, discutir con estos perdidos conceptos que se extraen de un laboratorio de vapores mefíticos. Las ciencias políticas al parecer no lo saben, y a veces, casi con indiferencia, intercambian la grieta por sus posibles sinónimos, como conflicto, disenso, desacuerdo. Lo cierto es que no se les pudo arrebatar a sus inventores el manejo del “significante grieta”, como a veces se ha intentado. En determinados momentos el actual gobierno intenta presentarse como un puente para solucionar la tal grieta y emplea esta palabra de hierro al rojo vivo, como si solo expresara lo que los calmos diccionarios dicen. Un rasguño en la superficie territorial.

El problema central de la política, sin embargo, subsiste. Es el que muy sumariamente retratamos aquí, apenas con un *flash* casero. Cuando se hace una manifestación de unidad, en forma verosímil y con contratos sociales a la vista, hay que tener en cuenta

que se coloca una posición en el mundo, un ser-ahí que antes no existía. Y aunque su llamado se quiere abarcador de la totalidad, no puede renegar de su condición de haber sido arrojado al mundo. Con esa particularidad que lo sigue con rabia canina, desea la totalidad concreta y rasguña. No puede dejar de hacerlo. Por eso el más acabado reconocimiento de esta imposibilidad tiene un sello ingenioso y perdurable, la *Patria es el Otro*, que cumple la tarea de declarar literariamente una imposibilidad y una fórmula recordable.

En la historia nacional del último medio siglo, Perón le dijo a Balbín en 1973: “Con usted voy a cualquier lado”. En un conocido libro, Eliseo Verón y Silvia Sigal estudian cómo Perón pasó de estimular sus alas avanzadas a decir “nosotros los argentinos”. No es fácil dar esos pasos, pero la política real y la historia que conocemos, casi sin excepción, los contienen. Se quiere invitar a todos, pero las fuentes de creencia colectiva para que ello suceda no están preparadas o retiran su convicción en esos ingenios que primero seducen. Intuyen que la unidad es un fetiche que finalmente cada uno cultiva en sus altares propios, secretos e indescifrables.

En este momento –hacemos este escrito a fines de abril de 2020–, se postula una unidad nacional a partir de un enemigo invisible, una partícula incierta e infinitesimal proveniente de un complejo desarreglo planetario, justamente en el orden de la naturaleza, ella también historizada por sistemáticas acciones humanas de arrebató y exacción. Pero a pesar de esta novedad –antigua por otro lado–, de una amenaza que no proviene del sistema político, este reacciona con sus mismos resortes, en parte alertas para la novedad, en parte enmohecidos. En estos últimos yace la imprevisión con la que se lanza una unidad impremeditada y rutinaria. No es posible confiar en la existencia de un enemigo salido de las zoonosis –no del terreno histórico propiamente dicho–, para hacer de las tareas de unidad un acontecimiento más propicio. Tarde o temprano aparecerá lo que constituye la política, el deseo de escisión con sentido, es decir, el deseo de lanzar una unidad que –como halo provocado por ella misma– se dedica a componerse como una parte que busca con suma energía dejar de ser

solo parte. Entonces, simultáneamente procura en esa expansión no jactarse de desconocer sus propios vacíos activos cuando echa a rodar la unidad. Esta existe, pero a cada paso de integración que da crece también su exterior conflictivo, antagonista. Sea que sus domicilios estén en la naturaleza o en la historia. La unidad entonces reconocerá en sus imposibles el verdadero modo de palpar sus posibilidades efectivas. Su mejor camino es el de evadirse del régimen binario ya fijado, tomando en secreto las porciones del otro que lo desarman o, mejor, lo desmantelan en su vitalidad, dejándolo existir. Pero como un vago pellejo, que desde su propio hueco intentará resucitar.



## 7. Quedate en mi casa

El cuidado doméstico durante la cuarentena

**Natalia Gelós**

Es un video breve para saludar por el Día del Trabajador. Suena un himno, una voz marcial que podría decir ¡Vamos, Argentina!, pero saluda en *off* a quienes hacen tareas domésticas afiliadas al sindicato, que son en su mayoría mujeres. En las imágenes alguien trapea, alguien pasa la enceradora, alguien saca lustre con Blem, alguien prepara una mamadera. No se ven caras, solo manos, a lo sumo unas piernas. Puro cuerpo sin rostro. No hay un atisbo de voz. Es el saludo de la Unión del Personal Auxiliar de Casas Particulares a sus afiliadas, publicado en su página de Facebook, y debajo del posteo se acumulan miles de Me gusta y comentarios en los que pululan palabras como “gracias a Dios”, “vamos, compañeras” y “basta de ser esclavas”, que se mezclan con relatos como el de Victoria, que cuenta que la echaron porque guardaba la cuarentena obligatoria en su casa por ser hipertensa, o el de Yolanda, que como es asmática se quedó en su casa pero luego tuvo que pelear con la nuera de sus jefes que le decía que de alguna manera tenía que cumplir con las horas que se le pagaban: o podía ir a limpiar la casa de fin de semana en el *country*, o podía quedarse en la casa de los patrones, con cama, tres días seguidos para compensar. Yolanda amplía la historia y entra en juego el rizoma del vínculo: un linaje de trabajadoras que se pasan la posta y que termina en su amenaza de despido. Ella, Yolanda, conocía a la familia desde los 9 años. Su mamá trabajaba ahí, ella la acompañaba, después su mamá enfermó y ella tomó su lugar, ya de más grande. Sus patrones fueron los mismos pero envejecieron, y ahí apareció la nuera a decirle eso: que qué asma ni tanta alharaca, que le busque la vuelta porque si quiere cobrar tiene que trabajar. Diecisiete años de servicio, “de vínculo afectivo”, se disuelven

cuando el lado más fuerte dice: “Ya está”. La cuarentena expone eso: lo que está a la intemperie.

### **“Quedate en casa. Pero no en la tuya; en la mía”**

Desapercibidas. Así pasan la mayor parte del tiempo. Hacen ese trabajo sigiloso que solo se nota cuando falta. El botón que detiene la máquina total, pero no lo sabe hasta que se aprieta. El cuidado doméstico, ese que para muchos se hace solo, como si por las noches trabajaran los duendes que quitan el polvo o tienden las camas con el chasquido de dos dedos, se pone en evidencia muy de vez en cuando, y entonces sucede como si de abajo de la alfombra brotara una montaña. Laboriosas en silencio que, de vez en cuando, dicen: ¡Acá estamos! Y se siente. Trabajadoras puertas adentro, en ese territorio tan brumoso como escondido del ojo del Estado que es la casa ajena, ahí donde nadie mira más que el patrón o la patrona, ahí donde están solas, hasta que se juntan. Empleadas domésticas, trabajadoras de casas particulares, la señora que limpia, la señora que me ayuda. ¿Cómo las nombran quienes las mencionan en ese discurso que muchas veces cruje en contradicciones?

Según datos de la OIT, “en la Argentina las mujeres representan más del 95% del sector. Son el 17% de las mujeres asalariadas en el país. Un trabajo que en muchos casos se inicia desde edades muy tempranas: el 5,6% de las niñas de 5 a 15 años en la Argentina dedican diez horas o más a tareas domésticas, según reveló la Encuesta de Actividades de Niñas, Niños y Adolescentes (EANNA) realizada por la Secretaría de Gobierno de Trabajo y Empleo de la Nación”. En una charla que dio por YouTube durante el contexto del aislamiento obligatorio frente al coronavirus, Ricardo Greene, sociólogo y estudioso del tema desde hace más de una década, aportó números contundentes: ningún otro trabajo ha empleado tantas mujeres en la región; de todas las que trabajan, cuatro de cada diez son empleadas domésticas, y hay 18 millones en América Latina. Casi la población de Chile, acota Greene. Y casi así de poderosas, de potencia latente, si tuvieran margen para

parar su máquina. Recordemos el botón. Recordemos a Silvia Federici, que rastrea la importancia de este tipo de tareas de cuidado para el sistema capitalista, para mantener en pie la fuerza de trabajo de sus fábricas, de sus engranajes. Cuando en la Argentina se anunció la cuarentena obligatoria, en marzo, muchas de ellas contaron cómo empezaron a sonar sus celulares: un “Quedate en casa” que repetían las patronas (porque la mayoría de las veces el trato es empleada-patrona). Algo así como un “Quedate en casa, pero no en la tuya, en la mía”. Obligadas a trabajar, o despedidas por respetar la cuarentena, o confinadas a días y días en la casa de sus jefes por amenazas de que no había libertad alguna para circular. Chicas que no conocen la ciudad, chicas que no tienen familia, mujeres que no tienen el WhatsApp de los abogados pero que veces, aunque sea en los grupos de Facebook, se animan a contar sus historias, o, también, en grupos de WhatsApp.

Es innegable que están mejor que en otras décadas. Hay otro amparo, desde el lado del reconocimiento de la Ley 26 844, de 2013, que determina aumentos y condiciones de contratación. Pero si bien ha habido incentivos, todavía el empleo en negro gana la pulseada y en esas aguas abiertas se arma el descalabro. Durante mayo de 2020 les correspondió un aumento, y el sueldo de quienes trabajan en tareas generales quedó así: con retiro, la paga es de \$ 144,50 la hora y \$ 17 785,50 mensual. Sin retiro, \$ 155,50 la hora y una remuneración mensual de \$ 19 777,00.

Es interesante ver cómo se acumulan los comentarios en la nota que lo anuncia en el diario *La Nación*, y que informa que quienes realizan esta actividad deben guardar cuarentena obligatoria en sus casas (salvo la categoría 4, que corresponde a cuidado de personas). En los comentarios se lee a una clase media que trabaja de manera independiente y que dice no poder pagarles y se indigna porque algunas de ellas pudieron cobrar el Ingreso Familiar de Emergencia (IFE) para cubrir los baches. Va uno solo, de muestra: “No viene a trabajar, yo le pago el sueldo igual, cobra los \$ 10 000 de regalo, como tiene tiempo trabaja en negro en otras casas, está chocha con la cuarentena”. O “Mirá, descubrí que desde que no viene la mía tengo la casa más limpia porque la tengo yo”. Sí, escribe así: “La mía”.

## Las tuercas flojas del discurso progresista

Federici subraya la línea de continuidad que hay entre la situación de las trabajadoras que hacen tareas de cuidado y las mujeres campesinas. Más allá de la lectura que luego abre la autora de *El patriarcado del salario*, la línea con el trabajo rural también podría verse en esa situación empantanada en la que la gratitud mancha la cancha e impide ver los grises de las condiciones laborales y de contratación, cuando las hay. El patrón que te regala el cordero a fin de año, pero te tiene en negro y sin obra social. La patrona que te regala zapatillas para los nenes, o esa campera que compró en un viaje a los Estados Unidos, pero que ya no le anda más. Eso que para muchas arma lazos, para otras es un juego de poder –inconsciente, tal vez, pero de poder en definitiva–.

Aly Diarte forma parte de una agrupación que se llama [Trabajadoras In-Domésticas](#) y reúne en un grupo de WhatsApp y de Facebook a empleadas del Oeste, de zona Sur, Norte y la ciudad de Buenos Aires. Ella trabaja desde los 19, y conoce desde entonces los modos de manejarse de los patrones. No anda con romanticismo. Es directa: “No es solo una donación. Es ejercicio de poder. Hay una manipulación emocional de por medio”. Esas situaciones se repiten, y la confianza en muchos casos empieza a empantanar la cancha. Basta rascar un poco para que empiece a descascararse. Miradas indiscretas, puestas a prueba, diálogos armados para generar inseguridades, hay de todo cuando se empieza a escuchar lo que viven las trabajadoras domésticas en la casa de sus patrones.

Son mujeres rurales, indígenas, pobres, inmigrantes, negras: “Tradicionalmente subsumidas, puestas en un estatus de servicio”, recuerda Greene. Él pone la lupa en la cuestión de género, de clase, ahí donde se aflojan algunas tuercas del discurso de cierto progresismo. “¿Cómo defender un proyecto sin cuestionar el orden patriarcal que mantienen en sus hogares y que les permite tener esa vida progresista?”, mete el dedo en la llaga el sociólogo. En la Argentina hay casi dos millones de trabajadoras domésticas. Y es un trabajo que aumenta. ¿Cómo llegar a ellas? ¿Cómo cuidar lo que no se ve? La cuestión de los vínculos entra en juego, mu-

chas veces. ¿Cómo no, con tanta cercanía? Los patrones hablan de afecto; las trabajadoras muchas veces también: el niño que se cuida desde que es pequeño, la señora a la que se acompañó tantas noches, esa familia que conoce sus sabores, esas cenas que tienen la marca de sus manos... Pero ¿cómo hablamos de vínculos cuando el engranaje dice otra cosa? ¿Cómo sostener una organización, una actitud de lucha, cuando el piso tambalea? Durante la cuarentena 2020, el tablero quedó más despatarrado. Patrones que querían pagar solo la diferencia entre el IFE y el salario habitual, patrones que no querían pagar nada. Patrones que pagaban pero exigían que fueran. Y ellas del otro lado, braceando entre la falta de trabajo y los problemas que también aguardan del lado de sus casas. Y el miedo. Y una situación de desamparo puesta a rodar una vez más, porque el IFE no salió para todas, y entonces de todos modos tuvieron que salir a trabajar porque el trabajo en negro es mayoritario. “Las militantes somos como las amigas que les hablan mal de los maridos violentos y las quieren convencer para que los denuncien o se separen. Pasa algo y nos dejan de hablar y hasta se cruzan de vereda”, dice Aly Diarte. “Se retrocedió en el empoderamiento. Las compañeras que se venían animando ya no lo hacen. La visibilización hubiese servido si se acompañaba con medidas del Estado, pero ocurrió todo lo contrario. Al statu quo le molestó la visibilización y que podamos cobrar el IFE, pero muchas compañeras no lo cobraron. No les salió. Tuvieron que ir a trabajar igual por menos plata de la que solían cobrar. A la mayoría le han bajado el sueldo”.

¿Cómo lograr que ellas, las que hacen tareas de cuidado, sean también cuidadas cuando la mayoría de los desamparos ocurren del otro lado del cerrojo, tanto en el trabajo, donde muchas –la mayoría– están en negro y a merced de la buena voluntad o la buena suerte de quien les toque de empleador, como en la propia casa, donde muchas veces se enfrentan a la violencia de género, las múltiples tareas, la precariedad? En tiempos de mundo cerrado, lo que queda del otro lado de los muros no es igual para todos. Y mucho menos para ellas.



## 8. Pa(n)ciencia

La gestión de la pandemia y de la espera

**Diego Golombek**

Es que te has convertido

En parte de mi alma

Ya nada me consuela

Si no estás tú también.

**César Portillo de la Luz**, “Contigo en la distancia”

¿En qué nos hemos convertido gracias a esta pandemia? ¿Es que nada nos consuela, ya no estarás tú –ni nadie– cerca durante un buen tiempo? Y, sobre todo, ¿qué tiene para decir la ciencia no solo para entender a un virus –ese zombi que se debate en los límites de la vida– sino, más aún, para entendernos a nosotros mismos, humanos-carnada, humanos en busca del sentido? Veamos, por ejemplo, un artículo de la revista *Science* titulado, justamente, “Las lecciones de la pandemia”, de George A. Soper, que comienza diciendo:

La pandemia que ha dado la vuelta al mundo no tiene precedentes. Ha habido epidemias más mortales, pero han estado más circunscriptas; ha habido epidemias casi tan distribuidas como esta, pero han sido menos funestas. Las inundaciones, hambrunas, terremotos y erupciones volcánicas han escrito historias de destrucción humana muy terribles como para ser comprendidas, pero nunca antes ha habido una catástrofe tan repentina, devastadora y universal.

Lo más sorprendente sobre esta pandemia es el completo misterio que la ha rodeado. Nadie parecía saber dónde estaba la enfermedad, dónde comenzó o cómo detenerla. Las mentes ansiosas están preguntándose si todavía vendrá una nueva ola.

Con un didáctico sentido común, Soper culmina su artículo con una serie de interesantes recomendaciones:

- Eviten las aglomeraciones innecesarias
- Ahoguen sus toses y estornudos - otros no querrán sus gérmenes
- La nariz, y no la boca, ha sido hecha para respirar - habitúense
- Recuerden las tres "L": limpias bocas, limpia piel y limpias ropas
- Abran las ventanas
- La comida puede ganar una guerra
- Su destino puede estar en sus propias manos - lávenlas
- No usen servilletas, toallas, cubiertos o copas usados por otra persona
- Eviten la ropa ajustada, los zapatos ajustados y los guantes ajustados - la naturaleza debe ser su aliado, no su prisionera
- Cuando el aire esté puro respiren todo lo que puedan

Parece un dechado de buenas intenciones y de sentido común, ¿verdad? Sobre todo si se tiene en cuenta que el artículo en cuestión es de 1919 y se refiere a las lecciones que dejó la llamada gripe española.<sup>1</sup>

Pero entonces, ¿nada ha cambiado? ¿Nos vamos volviendo viejos, pero no sabios? ¿O será que este tipo de situaciones extremas desnuda nuestra profunda humanidad, aquello que verdaderamente llevamos dentro y es una ventana al alma, a nuestra esencia... a nosotros mismos?

### **Aislados pero humanos**

Porque, es justo decirlo, el aislamiento nos hace más humanos en el sentido antropológico del asunto: observar la naturaleza y

1 G. A. Soper, "The lessons of the pandemic", *Science* 49, 501-506, 1919.

pensar qué parte nos toca en todo esto, a veces maravillarnos con lo que pasa por la ventana y otras refugiarnos como en fiestas de guardar. Y, sin duda, nos hace más primitivos. He aquí, como ejemplo, uno de nuestros principales guardianes que últimamente volvió para quedarse: el *miedo*. Sí: miedo a lo que no conocemos, a lo que nos puede hacer mal y, a veces, a los otros. Ese miedo que nos acompaña –por suerte– desde que el mundo es mundo y tantas veces nos ha salvado. Sin miedo, la humanidad no existiría. Y convengamos en que humano que huye sirve para otra pandemia. Y no es cualquier miedo, no: es el instinto de supervivencia que empieza por nosotros, sigue por nuestros genes mayores y menores y después, en un cómodo tercer puesto, por otros individuos más o menos de nuestra especie.

Otra primitividad que nos acoge –y también por suerte– es la de la *autoridad*: que alguien nos diga lo que tenemos que hacer, y allí nos entregamos en cuerpo, alma y sistema inmune. De nuevo: la tribu organizada –y la tentación de “la comunidad organizada” es grande– fue un factor de adaptabilidad a lo largo de la historia. Si vamos todos juntos, somos más y, para ello, una buena voz de mando es no solo inevitable sino imprescindible.

El tercer factor primitivo es quizá el más sorprendente: los buenos ángeles de nuestra naturaleza (gracias, Abraham Lincoln). Tal vez como combinación de los anteriores, o como su propiedad emergente, surge lo inesperado: algunos atisbos de *solidaridad*, de ayudarnos, de pensar en los otros. Y a veces tiene que venir una pandemia para recordarlo.

En el medio, nuestro cerebro y sus relojes: los días que se hacen chicle (ya que la mente mide el tiempo de acuerdo con los eventos significativos que ocurran), el sueño nuestro de cada noche que se hace desear, la ansiedad que supimos conseguir y los kilitos de más que han llegado para quedarse.

### **Un cerebro empanemado**

Así, este tiempo tan extraño que nos toca vivir (habrá quienes fueron a Woodstock, quienes vieron a Sumo o Los Redondos en

Cemento y estaremos nosotros, los que vivimos la pandemia) puede verse como un experimento universal para entender a esos bichos tan extraños que se han expandido desde África hasta Antártida, Hawái o Groenlandia: nos permite preguntarnos cómo responden los descendientes de Darwin cuando su esencia misma es amenazada.

Aquí entran en juego, entonces, las ciencias del comportamiento, ese conglomerado de disciplinas que tratan de entender por qué hacemos lo que hacemos.<sup>2</sup> En ese entendimiento entran los llamados “sesgos cognitivos”, aquellos filtros que impiden cualquier atisbo de objetividad en nuestra mirada sobre el mundo: vemos lo que podemos, lo que nos dejan y, casi siempre, lo que queremos (ojo: no confundir con la noción de “relativismo científico”, que intenta convencer de que toda explicación sobre el mundo es válida y equivalente. No: la mirada de la ciencia, buscando datos, reconociendo patrones, aceptando sus errores y persiguiendo la zanahoria de la objetividad es la que nos ha permitido llegar hasta acá, pese a la subjetividad de sus científicos).

Volvamos al miedo, por ejemplo. La amenaza que representa una enfermedad potencialmente mortal prende alarmas en el cerebro, que se contagian y pueden tergiversar nuestra visión de la realidad y nuestra interpretación de los datos. La manipulación de ese miedo puede ser muy poderosa, y llevar a respuestas defensivas potentes. Claro que, hecho el miedo, hecha la trampa: existe cierto sesgo de optimismo, por el cual todos creemos que las cosas malas les pasan a los otros. En otras palabras, el infierno son los otros, que se van a enfermar por fumar (yo no), van a perder todo en el casino (yo no) o se van a infectar con un maldito virus (yo no). Este sesgo está más presente en hombres que en mujeres: irónicamente, ellos son menos propensos a creer que serán afectados por la enfermedad.

2 Van Vabel y otros, “Using social and behavioral science to support covid-19 pandemic response”, *Nature Human Behavior*, 2020, [<doi.org/10.1038/s41562-020-0884-z>](https://doi.org/10.1038/s41562-020-0884-z).

Este mismo miedo puede hacer aflorar al pequeño racista que todos llevamos dentro. Pueden aparecer más prejuicios, situaciones de discriminación o de límites barriales, étnicos o nacionales. Dos bandos, aquí hay dos bandos: tú con el tuyo (los infectados, los que salieron a pasear cuando no había que hacerlo), yo con el mío (los buenos, los que nos cuidamos y a los que no nos va a pasar nada).<sup>3</sup> Solemos movernos entre iguales o, al menos, parecidos; sin darnos cuenta señalamos mentalmente al diferente, sea por sus costumbres, su aspecto, sus diez mandamientos o sus presuntas enfermedades. No es nuevo: las plagas que azotaron al planeta siempre generaron broncas y matanzas hacia supuestos grupos de culpables, aunque es justo decir que en la pandemia que nos tocó nos estamos portando, a grandes rasgos, bastante bien, más allá de alguna asianofobia afortunadamente pasajera. Al menos, no llegamos a la violencia desatada en el siglo XIV durante la peste bubónica (la peste negra, para ser más poéticamente justos): asesinatos de catalanes en Sicilia, pogromos antijudíos en todos lados, entre otros. O el incendio del hospital para inmigrantes de Staten Island en 1858, para evitar la entrada de la fiebre amarilla al país de las oportunidades. Una epidemia resalta al otro como distinto, como potencialmente peligroso. El Estado soy yo; el infierno son los otros.

Recordemos también que las emociones fuertes, y la incertidumbre que nos rodea, modifican nuestra posibilidad de interpretar información, sobre todo cuando es numérica o, peor aún, relativa. Si quieren marear a un cerebro, muéstrenle porcentajes, relativos y absolutos. También vale acá el concepto de “marco” (*framing*), introducido por Daniel Kahneman y Amos Tversky en los ochenta (allá por el alegre siglo XX): cómo nos presenten una información influye notablemente en cómo la entendamos. Hablar de “infectados”, “fallecidos”, “sanos”, “recuperados” u otros calificativos es completamente diferente para nuestra mente: nos afectará de manera muy distinta saber que “se salvaron

3 Digamos que es una interpretación muy sui géneris de *Bodas de sangre*, de Federico García Lorca.

90 personas de un grupo de 100” que “murieron 10 personas de un grupo de 100”.<sup>4</sup>

### **Cosas raras para gente normal**

Lo interesante es que esta visión científico-humanista puede ser usada en nuestro favor para responder a la emergencia que nos toca vivir. Así, está claro que un buen mensaje será aquel capaz de alentar las actitudes positivas que permitan una respuesta beneficiosa para el individuo y su grupo de pertenencia. El “hagan esto” suele entrar mejor que el “no hagan esto otro”.

Veamos un ejemplo concreto: el uso de máscaras, barbijos o tapabocas para mitigar la transmisión aérea del virus. Es fundamental la adherencia masiva a esta recomendación; de otra manera, pierde su eficacia. Un experimento muy reciente compara los mensajes que acompañan el mandato de usar estos protectores faciales: la gente estará más dispuesta a usarlos si se les recuerda que es una medida que previene la enfermedad en “tu comunidad”, más que en “vos mismo”, “tu familia” o, incluso, “tu país”.<sup>5</sup> Si protegemos a nuestra comunidad, llegamos más lejos. En este caso también hay una división por género: los hombres parecen estar menos dispuestos a usar protección facial que las mujeres. Allá ellos.

Aquí también valen los “empujoncitos” (*nudges*, según la definición de Cass Sunstein y el premio Nobel Richard Thaler).<sup>6</sup> Presentar la información de manera positiva, resaltando el consenso de las medidas que se vayan tomando, ayuda a que la gente adopte mejores actitudes frente a una amenaza local y global.

4 En parte narrado en D. Kahneman, *Pensar rápido, pensar despacio*, Barcelona, Debate, 2012.

5 V. Capraro y H. Bareclo, “The effect of messaging and gender on intentions to wear a face covering to slow down covid-19 transmission”, *PsyArXiv Preprints*, [doi.org/10.31234/osf.io/tg7vz](https://doi.org/10.31234/osf.io/tg7vz).

6 R. Thaler y C. Sunstein, *Un pequeño empujón*, Madrid, Taurus, 2011.

## Contar la panciencia

Llegamos, por fin, a otro rasgo eminentemente humano: nuestra necesidad innata de contar historias. Historias del mamut que casi cazamos y se nos escapó, historias de la matriarca que fundó la comunidad, historias de superpoderes y superdioses, historias de virus y de humanos. Contar la ciencia de la pandemia es vital, en el sentido más cabal del término: de eso depende nuestra vida. El desafío de la epidemia de la desinformación es enorme, y movernos entre la maraña de teorías conspirativas y de falsedades evidentes es un reto en el que todos, investigadores, comunicadores y receptores, estamos involucrados. Así como bacterias o vacunas, se pueden inocular conceptos y noticias (el fenómeno se denomina, como corresponde, *inoculación psicológica*), en las dosis adecuadas como para generar respuestas frente a las *fake news*. No hay campanas en la ciencia: solo enfoques diversos que pueden –o deben– discutir francamente para encontrar los huecos, los errores desapercibidos o las fallas de análisis e interpretación y, así, avanzar en conjunto por caminos más seguros. Una cuestión verdaderamente reveladora de estos tiempos es que se puede transmitir algo de la naturaleza de la ciencia, sus certezas e incertidumbres, sus pasos para adelante, para atrás y para el costado. Veamos: los datos son los datos, fríos, objetivos, y nada hace sospechar que se tergiversen; por el contrario, en la enormísima mayoría de los casos no hay fraudes en la ciencia –y cuando los hay, suelen tener patas cortas, dado que no se cumple el precepto de reproducibilidad necesario para cualquier investigación–. Así, en cierta forma, la ciencia es “objetiva”. Pero... la hacen los científicos, que (al menos en casi todos los casos) son humanos, con historias, con ganas de que las cosas den lo que queremos que den. Los datos son científicos, las interpretaciones son humanas.

Lo que sin duda es novedoso y bienvenido es que la ciencia ocupa un lugar central en el teatro contemporáneo. No era usual escuchar a líderes manifestando que toman sus decisiones basadas en evidencias, en expertos, en lo que les dicen “los científicos”. Será que por fin llegó el momento en que los gobiernos no solo apoyen *a* la ciencia (que deben hacerlo, claro está) sino que también se apoyen *en* la ciencia.

Y algo huele muy bien en la ciencia pandémica. Normalmente corremos para llegar primero con la novedad, con el experimento que nos dará esos quince minutos de fama en la academia. Así, lo publicamos en la mejor revista posible (y el concepto de “mejor” siempre está en debate) para que lo lean nuestros colegas, nuestros competidores y nuestras tías. Las revistas, claro está, sacan buen provecho de la situación, y se guardan derechos y opciones de lectura de los artículos. Hoy que la ciencia se ha enfocado masivamente en un único problema –algo bastante inédito en la historia–, el virus parece haber cambiado las costumbres: hay una notable vocación por colaborar y compartir datos y resultados<sup>7</sup> y, lo que es aún más extraño, todos los artículos sobre el covid-19 se están poniendo a disposición para su lectura urbi et orbi por quien quiera habitar este suelo terráqueo. ¿Será que esto nos enseñará de una vez por todas que la ciencia es pública, tanto por sus orígenes como por sus destinos? Es cierto que ya vendrán tiempos de intereses, de ver quién tiene la vacuna más grande (o más cara), pero mientras los líderes políticos cierran sus fronteras, los científicos abren las suyas, compartiendo protocolos y resultados preliminares para que, luego de rascarse mucho la cabeza y los pizarrones, lleguemos a entender un poco mejor de qué se trata. Solo la verdad os hará libres (de virus).

Estamos, en fin, donde y cuando nunca quisimos estar: en la niebla de la incertidumbre. Pero en ese camino nuboso también aparecen luces que nos marcan el camino, y la mirada científica es una de ellas. Curiosamente, este experimento puede ayudarnos a conocernos un poco más: aquello de dónde estamos, de dónde venimos, para qué estamos aquí.

Como dice Paul Simon en “American Tune”: llegamos en la hora más incierta de los tiempos, y cantamos una canción. Venga ese abrazo.

7 C. Cosgriff, “Data sharing in the era of covid-19”, *The Lancet* 2 (5): e224, 2020.

# EL TIEMPO QUE VIENE



## 9. Coronavirus: todos somos mortales

Del significante vacío a la naturaleza abierta de la historia<sup>1</sup>

**Rita Laura Segato**

Han circulado en estos días un número significativo de textos, muchos de ellos escritos por autores influyentes. Ellos intentan dar cuenta de dos aspectos distintos de la pandemia que nos aflige. Un grupo hace apuestas a lo que puede haber sido el origen del virus, dividiéndose entre quienes adhieren a la teoría del complot y quienes, sin necesariamente saberlo, dan continuidad a lo que ya Marx llamaba “ruptura metabólica” o desequilibrio de la relación entre los seres humanos con la naturaleza.

Me ocuparé aquí del otro conjunto de interpretaciones, de lo que dicen respecto del significado y uso a futuro de la pandemia. Cada uno de ellos se deriva y tiene como presupuesto un proyecto político y defiende un sistema de valores.

Por mi parte, veo el covid-19 como Ernesto Laclau vio a la figura de Perón en la política argentina: un “significante vacío”, al que diversos proyectos políticos le tendieron su red discursiva. También lo veo como un evento que da origen a un “efecto Rashomon”, para evocar aquí la forma en que en las ciencias sociales se ha usado el tema del clásico film de Kurosawa: un mismo crimen relatado desde cuatro perspectivas de interés diferentes. Pero sobre todo lo veo como una situación de lo que Lacan llamó “irrupción de lo real”. El imaginario que atrapa nuestra visión del mundo o la grilla a través de la cual filtramos las entidades que formarán parte de nuestra percepción es una fina tela que nos envuelve; más allá de

1 Agradezco a mi hija Jocelina Laura de Carvalho Segato las incontables horas de conversación sobre los errores cognitivos y epistemológicos del especismo.

ella se encuentra lo “real”, para usar el término de Lacan: la naturaleza tal cual sea, incluida nuestra propia naturaleza.

El virus no es otra cosa que justamente un evento del desdoblamiento de este otro plano, la historia natural, la marcha azarosa de la naturaleza, sus desdoblamientos contingentes, su deriva. Organismos que se consolidan, duran y desaparecen. Nuestra especie seguirá ese destino incierto también o, con suerte improbable, tendrá la longevidad de la cucaracha –aunque será difícil, porque la cucaracha se caracteriza por necesitar de poco–. Es importante acatar la idea de que, aun si este virus fuese un resultado de la manipulación humana en laboratorio o, como ciertamente es, una consecuencia de la forma abusiva en que la especie ha tratado su medio ambiente, igualmente y de todos modos se trataría de un evento de la naturaleza. ¿Por qué? Porque nosotros somos parte de esa misma naturaleza y, aun cuando capaces, como especie, de manipular microorganismos y provocar el advenimiento de una nueva era como el Antropoceno, tenemos allí nuestro lugar, somos parte de esa escena que llamamos “naturaleza”. Nuestra interacción bioquímica pertenece y juega un rol en una escena toda ella interior al gran nido que habitamos, aun cuando el pensamiento occidental haya presionado para retirarnos de esa posición contenida, interdependiente y dependiente. Pensarlo así no nos resulta fácil, porque estamos dentro de la lógica cartesiana de sujeto-objeto, de cabeza-cuerpo, de mente-res extensa. La cosificación y externalización de la vida es nuestro mal.

Al hacer esa maniobra, el pensamiento occidental cancelaba dos molestias. Una de ellas es la *temporalidad de la vida*, con su inherente descontrol y el límite que interpone al intento de administrarlo. El tiempo, que no es otra cosa que el tiempo de los organismos, de la propia Tierra como gran organismo, y de la propia especie como parte de ese gran útero terrestre, desafía la omnipotencia de Occidente, su obsesión por administrar los eventos, lo que he llamado en otra parte su *neurosis de control*. La otra obsesión del pensamiento colonial-moderno, occidental, es la de colocarnos, como especie, en la posición de omnipotencia de quien sabe y puede manipular la vida, la maniobra cartesiana

de formular la res-extensa, la *vida cosa*, y catapultarnos hacia fuera de ella. Por eso, frente a esta pandemia, tenemos la oportunidad de salvarnos cognitivamente de esta trampa y conseguir entender que, aun cuando sea el efecto de nuestra interferencia, el virus que nos está enfermando es, de todas maneras, un *evento natural* de ese acontecer sinuoso e imprevisible que es el tiempo. Y lo es porque resulta de una interacción dentro del reino de la naturaleza, de cuya escena somos parte. El salto de un virus del animal al humano debe leerse de esta forma, que nos recoloca en esta posición de ser parte del mundo natural con sus azares, que muchas veces creemos dominados. Toda una disponibilidad distinta para la vida y para lo inevitable de la muerte surge de una conciencia que acepta ser parte subordinada al orden natural. La exterioridad cartesiana, lejos de ser universal, lleva a un vicio de lectura propio de Occidente y tiene consecuencias.

El otro gran tema es el del futuro, vinculado también a la dimensión anárquica del tiempo. Las tres imágenes de que hablo me permiten aventurar que un gran *desconcierto* ha sobrevenido en el mundo frente a esta rara plaga de conducta arcaica. Frente a este desconcierto, las tres imágenes que le atribuyo –la ausencia de un significado e intencionalidad propia, su provocación Rashomon y su realidad radical e independiente de nuestras apuestas– me permiten hablar de una batalla a futuro por imponerle un orden a ese desconcierto. Y toda apuesta teleológica esconde un discurso de supremacía moral, y todo discurso de supremacía moral tiene una vocación autoritaria. ¿Quién tendrá entonces la *permisión de narrarlo* a futuro, para usar la expresión de Edward Said, o quién detendrá el *derecho a narrar*, usando aquí las palabras de Homi Bhabha? Entonces, esas tres figuras teóricas nos permiten prever que se dará una batalla para decidir qué red de significaciones, qué discursos y qué relatos serán capaces de atrapar el evento que nos desafía, para instalar así las políticas que darán forma al mundo en el después. Sin embargo, como ya he argumentado, la única utopía que ha sobrevivido a los sucesivos fracasos “revolucionarios” en su intento de reorientar el camino de los pueblos es la absoluta imprevisibilidad del futuro: nunca sabemos hacia dónde ni cómo soplará el viento de la historia. Lo único que nos

resta es hacer nuestro papel, en acuerdo con nuestras convicciones y responsabilidades.

El preanuncio de la contienda en puertas ya lo hemos visto suceder por estos días, y este texto también, inevitablemente, se incluye. Muchas mallas de sentido se han tendido para atrapar el tiempo de la naturaleza. Ya de inicio testimoniamos la divergencia entre dos grandes analistas, como Slavoj Žižek y Byung-Chul Han: utopía y distopía en confrontación, a la par como presagios. A partir de allí, centenas de atribuciones de significado circularon en muchos textos, pero el virus las excede en su incerteza y el desconcierto en que ha sumido a la humanidad. Es muy importante considerar esto pues nos lleva hacia la apertura de la historia, a su imprevisibilidad y a la aceptación de los límites implacables impuestos a nuestra capacidad de controlarla, ordenarla. El virus da fe de la vitalidad y constante transformación de la vida, su carácter irrefrenable. Demuestra la vitalidad de la naturaleza, con nosotros adentro de ella. Se ha mostrado una realidad que nos excede y supera todo voluntarismo. Occidente se enfrenta así con lo que constituye la dificultad suprema del mundo colonial-moderno, porque la meta por excelencia del proyecto histórico eurocéntrico es la dominación, cosificación y control de la vida. Acorrallar y bloquear todo imprevisto, toda improvisación, ha sido su intento y relativo triunfo progresivo.

Este virus y todos los que lo antecedieron y vendrán más tarde presentan una libertad que hace temblar incluso más que la misma muerte a esta propuesta civilizatoria. Una libertad desconocida. Siendo así, la orden del día solo ha podido ser replegarse para “sacarle el agua al pez”, dejar al nuevo ser sin hospedero, hasta que su peligrosidad quiera “dar la curva” y/o surja una vacuna de las manos del papel que representamos en esta gran escena: la escena ambiental. Lo que sabemos sirve, pero más que un control indica una “adaptación”, una flexibilidad y maleabilidad de los comportamientos, y una capacidad de respuesta que forma parte de un mismo drama, del que somos parte. Gran lección le da este minúsculo ser al Occidente.

Difícil y escamoteado en el discurso de los medios fue el impacto inicial incontestable del virus, porque su aparición en escena

fue francamente democrática. Atacó en primer lugar y con gran fuerza a las dos más grandes potencias del mundo, y a la rica y confortable Europa. Ha avergonzado a la Big Apple y a todo el mundo así llamado “desarrollado” al demostrar que carece de lo que parecía tener: seguridad para su gente y capacidad de cuidado masivo y general para sus habitantes. Atacó a nobles, políticos de alto rango y empresarios de poderosas corporaciones. Hizo sorprendentes bajas entre las élites cosmopolitas. Ante el mismísimo lente mediático, le mostró al mundo que, sin lugar a dudas, *todos somos mortales*. Se comportó como un migrante al que nadie le coloca vallas. Llevó al propio Henry Kissinger a hablar del fin de la hegemonía estadounidense.

Es posible afirmar que, al menos por un tiempo, el virus, evento de la naturaleza, ha dado una lección democrática. En América Latina, mientras tanto, es posible adivinar un terror expectante y apenas entredicho, una verdad pronunciada a medias sobre lo que sabemos puede suceder cuando el virus finalmente derribe la frontera que blindada la inclusión de la exclusión. ¿Qué ocurrirá cuando macizamente “cruce las vías” y haga su entrada, con toda contundencia, incontenible, entre los pobres? Hasta hoy, en nuestro continente, debido a la cuarentena, la exclusión penaliza a quienes viven rigurosamente al día por su necesidad del ingreso diario, pero no es en su cuadrícula que la peste se ha dejado sentir con más fuerza por ahora. ¿Qué pasará cuando arrolle de lleno el espacio de los hacinados? Eso no lo hemos visto todavía. Aunque quizá quepa aquí una digresión sobre el caso particular de Guayaquil. He visitado en una ocasión esa ciudad y sus alrededores, y creo que por su extensa faja portuaria —en la que atracan pesqueros, pero también contrabandistas y traficantes— es posible decir que allí hay una extensa población que, siendo pobre, es también cosmopolita. Esa rara conjunción entre pobreza y cosmopolitismo es, creo, el trasfondo de la llamativa vulnerabilidad de esa ciudad.

Volviendo a la futurología practicada por autores notables, los intentos de captura han sido, hasta el momento, al menos los siguientes:

- El virus hará posible derrumbar la ilusión neoliberal y abandonar la acumulación egoísta, porque sin solidaridad y sin Estados proveedores no nos vamos a salvar. Sin un Estado que garantice protección y entrega de recursos a quienes menos tienen, no será posible continuar la vida. La postura, en este caso, es que entenderemos que es necesario colocar la acumulación a disposición de la gente que la necesita para sobrevivir, y los gobernantes serán a futuro llevados a desobedecer el precepto fundamental en que el capitalismo se apoya.
- El segundo pronóstico que circula podría describirse como “agambeniano” y es preanunciado por la ciencia ficción distópica. Estaríamos ingresando en un laboratorio de experimentación a gran escala que permitirá espionar a la población mundial con medios de control digital e inteligencia artificial con nuevas tecnologías infalibles. Todo será informado sobre cada uno de los vivientes y la amenaza de un Estado de excepción de magnitud desconocida asolará a la humanidad.
- Gobernantes como Trump y Bolsonaro parecen adherir, sin enunciarlo reflexivamente, a un tercer vaticinio relacionado con lo no dicho sobre la masacre esperada cuando el virus atraviese la gran frontera de los cantegriles y favelas. Un subtexto de su discurso y accionar parece asentir al exterminio de los sobrantes del sistema económico, curvarse a la ley de la sobrevivencia del más fuerte, del más apto. Una perspectiva neomalthusiana y neosocialdarwinista se hace presente aquí, una ideología totalitaria –en la definición de ideología de Hannah Arendt– cuyo valor afirma que quien no esté adaptado a la sobrevida en determinadas circunstancias, o quien pueda perjudicar el proyecto nacional tal como es definido por la perspectiva del poder, deberá perecer. El virus, visto desde esa ideología, se encabalga con la “solución final” característica del totalitarismo: lo que no sirve, en el sentido de que no presta servicio a un ideario, no debe vivir. Esta posición, que es ideológica y responde al proyecto político de un sector de intereses, no debe confundirse con un abordaje como el de Alemania, por ejemplo, que diverge de la estrategia de la cuarentena rigurosa y la extinción del virus mediante la absoluta

restricción de hospederos humanos, y permite la circulación de personas apostando a la declinación natural de la potencia infecciosa del virus mediante el aumento de la inmunidad humana. Este último abordaje no es igual al de la propuesta del neodarwinismo social porque los Estados que la proponen, como Alemania y Suecia, tienen una mayor oferta de atención y equipamiento médico para reducir la letalidad del virus. Aun así, ya han surgido dudas sobre la apuesta por el desarrollo natural de la inmunidad humana, que ciertamente pondrá en riesgo la vida de mucha gente, y los países que han adoptado esta estrategia la están abandonando.

- La cuarta interpretación adhiere a la importancia de un abordaje bélico y una derivación hacia una actitud fascista. Se entrena así para actuar sobre la base de la existencia de un enemigo. El frenesí del enemigo asoma su cabeza. Toda política montada sobre la presunción de la existencia de un enemigo común tiende necesariamente al fascismo. La enemistad y el belicismo se convierten en la razón de ser de la política. El virus sirve a las fuerzas de seguridad para actuar dentro de esa perspectiva y se desatan lógicas punitivas y de exterminio. Una parte de la población cuyo perfil en la política y en la ciudadanía tiene esas características se ha encuadrado hoy en esa lectura de la pandemia. Hay una cantidad de ejemplos de expresión de animadversión y agresividad extrema contra vecinos que trabajan en hospitales, sean médicos o enfermeros, contra personas que han llegado del exterior y contra personas que se encuentran enfermas. El furor y el odio hacia toda y cualquier persona asociada a la plaga cunden entre sectores reaccionarios de la sociedad, que pretenderán, a futuro, imponer ese orden social frente a lo que puedan definir como "amenaza pública": enfermos, migrantes, no-blancos, delincuentes, inmorales, etc.
- La quinta predicción es que, al final, habrá de persuadir e imponerse a todos la idea de que la Tierra, en cualquiera de los nombres que recibe, nos habrá demostrado su límite y dejará probado que la explotación industrial de la naturaleza nos lleva en una dirección suicida. Ricos y pobres, según los que así

piensan, habremos aprendido lo que los pueblos indígenas nos han repetido tantas veces: “No tenemos la Tierra, es Ella quien nos tiene”.

- Una sexta postura sugiere que el virus vino a imponer una perspectiva femenina sobre el mundo: reatar los nudos de la vida comunal con su ley de reciprocidad y ayuda mutua, adentrarse en el “proyecto histórico de los vínculos” con su meta idiosincrática de felicidad y realización, recuperar la politicidad de lo doméstico, domesticar la gestión, hacer que administrar sea equivalente a cuidar y que el cuidado sea su tarea principal. A eso lo he llamado en estos días un “Estado materno”, como distinto a aquel Estado patriarcal, burocrático, distante y colonial del que nuestra historia nos ha acostumbrado a desconfiar.

Seamos honestos: todas estas apuestas pueden ser perfectamente convincentes, dependiendo de cuál sea el proyecto histórico al que se adhiere y cuáles los intereses que nos representan. Todas son igualmente interesantes e inteligentes, pero todas son omnipotentes, en el sentido de que pretenden, de antemano, vencer en la ruleta del tiempo. Todas adolecen de la neurosis de control del Occidente en su empeño por encuadrar la historia en un rumbo previsible. Muestran la inculcada *incapacidad de estar*, para evocar aquí inevitablemente el rescate de la potencia del tiempo en su fluencia emprendido por nuestro filósofo, Rodolfo Kusch, cuando sustituyó el ser heideggeriano por el *estar* andino.

Problemas que ya existían se muestran exacerbados y se han vuelto más visibles, han aflorado y rasgado una superficie que antes no les daba acceso. El proyecto histórico del capital, y su estructura manifiesta en lo que he llamado “proyecto histórico de las cosas”, como opuesto al “proyecto histórico de los vínculos”, había vedado con eficiencia la conciencia de la finitud. Necesitaba colocar la muerte en un planeta distante. Pero hoy tenemos un gran funeral mediático, con centenas de ataúdes impudicamente expuestos. Es posible que esto desvíe nuestro deseo en otra dirección que la acostumbrada: ¿qué importancia podrían tener las marcas, frente a la presencia de la Muerte en el vecindario? Mejor pongámonos cómodos. ¡Total...!

Resulta, además, que las plagas siempre son bíblicas, pedagógicas, aleccionadoras. De repente, es posible preguntarse si el orden institucional y la usina económica a que respondía no era ficcional, si el universo que habitábamos no adolecía ya de una precariedad insostenible. Más que por las muertes que ocasiona –pues decesos y mortandades ya hemos visto muchos, pero no han parado el mundo–, es el desconcierto, descontrol e imprevisibilidad que la microscópica criatura ha introducido lo que viene a molestar la credibilidad del sistema. Por ejemplo, ha venido a demostrar que se puede cambiar la realidad prácticamente “de un plumazo” presidencial. He aquí una *pedagogía ciudadana*: nada es inamovible, basta la voluntad política para que todo pueda ser alterado. En materia de gestión de la vida, constatamos que es posible transformar el mundo en un gran laboratorio en el que se realiza un portentoso experimento. Y eso es lo que les mueve el piso a los dueños del planeta.

Que nadie venga a decirnos ahora que “no es posible ensayar otras formas de estar en sociedad” u otras formas de administrar la riqueza: se puede parar la producción y se puede parar el comercio. Estamos presenciando un acto de desobediencia fenomenal sin poder adivinar cuál será la ruta de salida. El mundo se ha transformado en el vasto laboratorio donde un experimento parece ser capaz de reinventar la realidad. Se revela, de repente, que el capital no es una maquinaria independiente de la voluntad política. Todo lo contrario. Estamos ahora frente a la evidencia que siempre los dueños de la riqueza y sus administradores buscaron esconder: la llave de la economía es política, y *las leyes del capital no son las leyes de la naturaleza*. Estamos frente a un Estado de excepción inusitado que, a la inversa, ha apretado la palanca que suspende el funcionamiento de la gran usina que confundíamos con el orden divino. Un pseudoorden divino, una impostura cuya perfecta metáfora es el famoso becerro de oro bíblico, el falso dios que desorientó al pueblo de Israel en su travesía a Canaán: una gran plaga sobrevino por colocar un falso dios en el lugar del verdadero. El capital es el falso dios, la Madre Tierra es el verdadero. Y eso son los mitos en la gran episteme de la especie: siempre nos pautan la lectura del presente.

Proteger la vida, cuidar de ella en un aquí y ahora y a como dé lugar, en un presente absoluto, es todo lo que importa. No así los pronósticos y las declaraciones de principio e intención moral, pues, como he argumentado en otra parte, en esta fase apocalíptica del capital, el discurso de persuasión moral se ha vuelto inoocuo frente a la *pedagogía de la crueldad* que ha inoculado nuestros corazones y conciencias con el antídoto efficacísimo que cancela la percepción empática del sufrimiento ajeno. Además, las pautas a futuro basadas en una supuesta idea general del bien son arriesgadas: cualquier falla en la cláusula que hayamos establecido y la construcción entera se agrietará; cualquier decepción, y nos parecerá derruirse la estructura que cuidadosamente hayamos edificado. Trabajar en la predicción es peligroso, pues no tenemos datos claros ni sobre el presente ni sobre el futuro. No conocemos con precisión lo que nos amenaza. Lo que importa es aprender a estar, cuidar como se pueda y soportar el suelo en movimiento debajo de los pies. He sugerido en otra parte que una politicidad en clave femenina se adapta mejor a este tipo de contingencia en la que salvar la vida es todo lo que importa.

En más de un texto he presentado al Estado como la última etapa de la historia del patriarcado. He dicho que cuando la tarea política masculina deja de ser una entre dos tareas políticas, y el espacio donde se ejecuta deja de ser uno entre dos espacios –el público y el doméstico, cada uno con su estilo propio de gestión– para convertirse en una esfera pública englobante y el ágora única de todo discurso que se pretenda dotado de politicidad, es decir, capaz de impactar en el destino colectivo, en ese momento, la posición de las mujeres, ahora secuestradas en la cápsula de la familia nuclear, se desploma a la calidad de margen y resto, expropiada de toda politicidad. Sin embargo, se me ocurre que el *enfoque albertiano*, su manera de hablarnos, es, al menos en esta circunstancia, una gestión doméstica de la nación. “Materna”, he dicho públicamente, porque lo materno y lo paterno no dependen del cuerpo en que se depositan, como nos ha enseñado desde hace tiempo la útil y vilipendiada categoría “género”, gran formulación del feminismo que nos ha permitido desenzualizar, desbiologizar roles y sexualidades. Alberto nos pide aunarnos, genera

una experiencia infrecuente en nuestro país. Genera comunidad, nos pide que depongamos la discordia e intentemos reinicializar para enfrentar lo desconocido; dice que nos va a proteger y que va a considerar las necesidades materiales en su desigualdad. Es por eso que he dicho que parece encarnar un Estado maternal, una gestión doméstica, como una innovación. No puedo dejar de recordar aquí las dos nociones de patria a que el maravilloso ensayo de Jean Améry “Cuánta patria necesita un hombre” hace referencia: la patria patriarcal, bélica, defensiva, amurallada, y la patria maternal, hospitalaria, anfitriona. Las lenguas nórdicas tienen dos palabras diferentes para ellas: *vaterland* o *fatherland* la una, y *heimat*, *homeland*, la patria hogar, la otra. Es imprescindible destacar este acontecimiento, la diferencia albertiana, porque al teorizar no solo describimos los eventos, sino que también los prescribimos, los hacemos ser, les otorgamos realidad, les alentamos un camino. Tenemos que identificar y nombrar las novedades que aparecen en la desconocida escena del presente.

Más que una fantasía de futuro, debemos prestar atención a lo que de hecho hay, las propuestas y prácticas que emergen, lo que la gente está concretamente haciendo e inventando. Lo que ocurre aquí y ahora a nuestro alrededor, entre nosotros. De nuevo: la politicidad en clave femenina, como he dicho otras veces, es tópica y no utópica, práctica y no burocrática. En esa vigilia, maneras de sustentar la vida que estaban al rescoldo se van reencendiendo lentamente. Nos vamos dando cuenta de que al menos una parte de la capacidad de subsistencia tiene que quedar necesariamente en manos de la propia gente. Resurge en nuestro país la memoria de 2001. Nuestra propia *Odisea del espacio*, infelizmente archivada. Un sentimiento de pérdida muy grande se experimenta cuando nos percatamos de que, en el momento en que el Estado retoma eficientemente las riendas de la economía nacional y se supera el período de la gran carencia, toda aquella economía popular se desintegra. En la hambruna e intemperie de 2001, surgieron estructuras colectivas, el individualismo recedió y el país pasó por una mutación que se deja sentir hasta hoy. Pero cuando el problema de las necesidades materiales inmediatas se resolvió, nada promovió la permanencia de esas estructuras operativas que se habían creado.

He defendido que el buen Estado es un Estado restituidor de fuero comunitario, protector de la producción y el mercadeo local y regional, capaz de foguear un camino anfíbio: no podrá abdicar del mercado global porque de sus dividendos provienen los recursos para sus políticas públicas, pero tampoco deberá abandonar la autosustentabilidad de las comunidades, la soberanía alimentaria y el mercadeo local, arraigado, que, como en el caso presente, vuelve a hacerse crucial para la sobrevivencia. Un buen Estado transita entre los dos caminos y blindo al más frágil, para que sus saberes, sus circuitos propios de mercadeo, sus tecnologías de sociabilidad y sus productos no se pierdan, ni tampoco su autonomía. Vemos nuevamente hoy cómo resurgen a nuestro alrededor las pequeñísimas huertas en balcones, corredores, galerías y patios, las trocas de sus productos entre vecinas; propone el gobierno las cuarentenas comunitarias, en barrios que se cierran como comunas; retoman su papel los colectivos, hacen colectas, se organizan para que la gente coma, y mis vecinas santelmeñas en red me preguntan todos los días qué necesito. No olvidemos a los millones de hindúes *walking home*, un lugar que nadie jamás debería ser obligado a dejar. Vemos la ansiedad por la vuelta al terruño en todas partes, y tenemos la obligación de entender este movimiento visceral, atávico, de volver a casa.

El problema que resta es ¿cómo garantizar que esa experiencia quede registrada en los discursos del tiempo pospandemia y permanezca audible para, de esa forma, evitar que sea rehecha la fantasía de normalidad y de inalterabilidad que nos capturaba? ¿Cómo retener la experiencia de un deseo que, al menos durante este intervalo, se encaminó libremente hacia otras formas de satisfacción y realización? Habrá fuerzas habilidosas, muy bien instruidas, estudiando el tema para clausurar esa memoria, desterrarla, dejarla bien vedada, para de esa forma garantizar la continuidad de una “normalidad” que la pandemia había interrumpido. ¿Cómo estar preparadas para que el olvido no suceda? ¿Cómo evitar, también, que la pérdida de experiencia acumulada en 2001 vuelva a ocurrir?

## 10. Por una diplomacia de la modestia

**Juan Gabriel Tokatlian**

Las bifurcaciones se desencadenan cuando sistemas complejos están sobretensionados, empujados más allá de su umbral de estabilidad. La evolución de los sistemas complejos es fuertemente no lineal, está llena de saltos y sorpresas. Podemos asegurar que importantes bifurcaciones sacudirán el mundo. El anuncio está escrito en la pared: por todas partes surgen inestabilidades. Las futuras bifurcaciones podrían dar origen a una mayor injusticia, a variedades asimétricas de interdependencia, y a una escalada de conflictos. La bifurcación es siempre un arma de doble filo. En uno se encuentra la fuente del caos creativo; en el otro, pende la espada de Damocles que, al caer, destruye todo lo que encuentra a su paso.

**Ervin Laszlo**

### **El tiempo de la ilusión**

Al término de la Guerra Fría se produjo, sobre todo en los países más desarrollados, una repentina euforia acompañada de una convicción indubitable. Al inicio de los noventa se proclamó el fin de la agresiva competencia entre Washington y Moscú. Los Estados Unidos –el *primus inter pares*– y sus aliados en Europa tenían la oportunidad de moldear un “nuevo orden”; era el momento del llamado “dividendo de la paz” en materia de seguridad y del “Consenso de Washington” en materia económica.

Se suponía que este nuevo orden estaba destinado a superar las limitaciones de la era bipolar y a propiciar un ordenamiento

no solo estable sino justo. Tendría varios componentes, pero la globalización sería su pilar básico. Se entendía entonces que las naciones y sus sociedades debían plegarse a esa dinámica para así maximizar los beneficios de la liberalización comercial, la desregulación financiera, la readequación productiva y la revolución informática, al tiempo que la mayor interdependencia global derivaría en un bienestar palpable y masivo.

A su turno resultaba esencial potenciar el multilateralismo y con ello los regímenes, las instituciones y los foros internacionales. Las expectativas lucían promisorias: se esperaba un reforzamiento de la legitimidad de la ONU, la reforma efectiva de su Consejo de Seguridad, la disminución del proteccionismo mediante la creación de la OMC, el impulso a la integración a través del lanzamiento de la Unión Europea, etc.

Asimismo, en los albores de la Posguerra Fría se vivía lo que Samuel Huntington supo sintetizar como la tercera ola democratizadora. El ímpetu a favor de la democracia liberal mostró signos inicialmente alentadores. En ese marco, Francis Fukuyama anunciaba –tomando prestado el concepto de Alexandre Kojève– la gradual consolidación del “Estado homogéneo universal”. Finalmente, en ese nuevo orden en gestación, la denominada agenda de la “alta política” –las cuestiones de defensa y la guerra– sería sustituida por otra que pondría el acento en los derechos humanos, el medio ambiente, el desarrollo y el desarme.

Hacia la segunda mitad de los años noventa, ese escenario optimista comenzó a desdibujarse al compás de hechos que iban a contrapelo de las previsiones auspiciosas: las crisis financieras de México (1994), Asia (1998) y Rusia (1999); la burbuja de las puntocom (2000); la doble acción militar de Rusia en Chechenia (1994 y 1999); la guerra de Kosovo (1998-1999) y la intervención de la OTAN; el aumento del número, variedad y letalidad de los actos terroristas; el acentuado crecimiento de la desigualdad, entre otros. En realidad, los atentados del 11 de septiembre de 2001 en los Estados Unidos fueron, simbólicamente, el fin de un ciclo corto marcado por una ilusión excesiva.

## ¿El tiempo de la desilusión?

Mucho ha sucedido desde entonces. El recurso a la fuerza no ha cedido, como lo atestiguan las guerras perpetuas desplegadas por los Estados Unidos. Asistimos a un complejo proceso de redistribución de poder, ahora con el acelerado ascenso de una nueva gran potencia como China, con el resurgimiento de una Rusia asertiva y agitadora, y con el extravío de Europa.

La gran recesión irrumpió en 2008 sin que, a pesar de las promesas del G-20, se hubiera acordado una eficaz regulación del capital financiero. La retracción de la democracia liberal ha sido persistente, en particular desde 2005, sin que podamos anticipar a qué playas híbridas o autoritarias podría llegar la última ola democrática. Resulta notorio el paulatino y hondo desmantelamiento del Estado de bienestar en el Occidente más desarrollado y, con ello, los problemas agravados en materia de salud, educación, justicia. Se fue enraizando una globalización asimétrica portadora de mayor desigualdad e inseguridad para los ciudadanos. La aguda crisis del multilateralismo no cesa, y se agrietan organizaciones, regímenes y ámbitos de cooperación. Además, en distintas latitudes surgen proyectos políticos reaccionarios con eco en sociedades fracturadas y fastidiadas.

Este es el contexto en que estalló el coronavirus, una pandemia que revalida la desilusión frente al estado de cosas pero que no necesariamente implica que, ahora sí, de inmediato, vayan a forjarse Estados pujantes y un sistema mundial prometedor. Es claro que lo que presuntamente funcionaba ya no opera en el corto plazo: se ha debilitado la hegemonía intelectual, cultural y moral del neoliberalismo, pero aún no está derrotado. En todo caso, una alternativa progresista y superadora será el resultado de fuerzas, fenómenos y factores sociales y políticos cuyo despliegue habrá que observar con detenimiento. Hay que recordar que “la bifurcación es siempre un arma de doble filo”.

## Mirando a América Latina

América Latina es una unidad de análisis excesivamente heterogénea al momento de evaluar sus retos y dilemas. No obstante, también es cierto que existe un conjunto de condiciones, necesidades, intereses y aversiones que atraviesan toda la región. En ese sentido, el péndulo ilusión-desilusión siguió una trayectoria singular que no fue un espejo exacto de lo que aconteció a nivel mundial. Hagamos un brevísimo desvío retrospectivo.

Los años setenta fueron para la región una década perdida en términos políticos, con escasos islotes de limitada democracia y la extensión de gobiernos autoritarios caracterizados por la violación sistemática de la ley y de los derechos humanos, la eliminación de una generación política de recambio, la desarticulación de los partidos políticos y la desvalorización de la ética pública, todo lo cual significó un enorme debilitamiento institucional. Los años ochenta fueron la década perdida en materia económica, con bajo crecimiento, alto endeudamiento, mucha volatilidad, creciente informalidad laboral, pobre capacidad tecnológica y desplome de la calidad de vida. Los años noventa configuran la tercera década perdida: en el ámbito de lo social, se profundizó la desigualdad, se incrementó la pugna entre clases, se mantuvieron altos los índices de pobreza, creció la criminalidad, se multiplicó el desempleo, se descuidó la educación y se deterioró la salud.

Con ese telón de fondo, la primera década del siglo XXI mostró lo que algunos denominaron una “nueva” América Latina. El dato más trascendental fue el significativo aumento de los precios de los productos primarios agrícolas, mineros y energéticos que exporta la región. Ello permitió altas tasas de crecimiento y la posibilidad de incrementar las arcas de los gobiernos, que se encontraban disminuidas por las medidas promercado de los lustros previos. A lo anterior se sumaron los intentos por ampliar la democracia mediante diversas experiencias nacional-populares y de izquierda. También fue posible, en particular en América del Sur, recuperar una histórica aspiración de la región: acrecentar la autonomía relativa mediante la unidad colectiva ante asuntos cla-

ves, la diversificación de las relaciones exteriores y el *soft balancing* (los resortes activados por las instituciones internacionales y por una serie de instrumentos legales y diplomáticos para frustrar o restringir el uso abusivo del poder y las acciones agresivas de las grandes potencias, así como para defender o hacer valer intereses propios). Contribuyeron a eso tanto el auge económico de China como la desatención política de los Estados Unidos.

Pero a pesar de un contexto interno e internacional propicio, la matriz social, política y económica de los países de América del Sur no se alteró significativamente. Se redujo la pobreza, pero no la fragilidad de los sectores populares. Se recuperó el rol del Estado, pero no necesariamente sus capacidades. Se creció a tasas importantes, pero no hubo una mejora sustantiva en materia de innovación científica y tecnológica. Así, el tiempo de la ilusión en la región también fue breve.

El segundo lustro de la segunda década del siglo XXI mostraba una América Latina que había ido perdiendo gravitación en el mundo y donde los países parecían abocados a disentir cada vez más entre sí. Lo primero condujo a la debilidad y lo segundo, a la fragmentación: ambas potencian la dependencia. Si se observan históricamente diversos indicadores –votaciones convergentes en el marco de la ONU, participación en las exportaciones mundiales, nivel de primarización de las economías, inversión en ciencia y tecnología, índices de desigualdad, atributos militares, ranking comparado de *soft power*–, se advierte el declive de Latinoamérica en contraste con otras regiones.

A su vez, si se observan los ámbitos e iniciativas de concertación e integración de la región, hay un franco retroceso. Una mezcla de estancamiento, fragilidad y decadencia atraviesa por igual, aunque con variada intensidad, el Mercosur, la Comunidad Andina de Naciones, la Alianza del Pacífico, el ALBA, la Celac, la OEA y la Unasur. La crisis financiera de 2008 mostró que las opciones nacionales y aisladas prevalecieron sobre las alternativas subregionales y mancomunadas. Dinámicas exógenas como el auge de China reforzaron la primarización económica y los incentivos para buscar atajos particulares. La llegada de gobiernos de derecha a distintos países de Sudamérica puso en evidencia la

preferencia por el “sálvese quien pueda” y la opción de un claro acercamiento a Washington.

Debilitamiento y fragmentación han derivado en una mayor dependencia externa, tanto de un poder declinante como los Estados Unidos como de un poder ascendente como China. El corolario estratégico es el deslizamiento hacia modos de aquiescencia en vez de opciones autonómicas. Así, respecto de Washington, prevalecen el acoplamiento –esto es, aceptar el statu quo internacional, plegarse a los intereses estratégicos de los Estados Unidos, y no adherir a esquemas de integración y concertación regional profundos– y el acomodamiento –prácticas caracterizadas por el recurso a la concesión respecto de las preferencias o exigencias de Washington para evitar su molestia, ira o castigo–.

Este es el contexto regional en que arriba el covid-19 a América Latina. La pandemia se inserta en medio de la desilusión generada por la desaceleración económica, la convulsión política, el descontento social y la disgregación diplomática.

### **Mirando a la Argentina desde el reloj del Apocalipsis**

En 1947, dos años después de los bombardeos en Hiroshima y Nagasaki, la junta directiva del *Bulletin of the Atomic Scientists* de la Universidad de Chicago, la revista académica más respetada en la materia, ilustró su portada del número de junio con un motivo especial: el Doomsday Clock, conocido como Reloj del Juicio Final o el Apocalipsis. En ese reloj simbólico, la medianoche indica la amenaza de una destrucción total y catastrófica de la humanidad. Ese año, al calor de la incipiente Guerra Fría y como advertencia sobre los peligros en ciernes por una eventual confrontación entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, la manecilla se localizó a 7 minutos de las 12, la hora fatal. En 1991, al terminar la Guerra Fría y en medio de lo que se proclamaba entonces como el florecimiento de un promisorio “nuevo orden” liderado por Occidente, la manecilla se ubicó a 17 minutos de las 12. Las tensiones crecientes entre naciones poderosas, la persistencia de distintas pugnas regionales sin solución previsible y la ausencia

de iniciativas fecundas y cooperativas ante los graves problemas globales llevaron a que, en 2016, la aguja se moviera a 3 minutos, y en 2018 a 2 minutos de las 12.

Pues bien: el 23 de enero de 2020 la revista decidió una nueva actualización. Con la irrupción y expansión de la pandemia la manecilla se sitúa ahora a 100 segundos de la hora catastrófica. Otra vez, como nos recuerda el epígrafe sobre las bifurcaciones, en coyunturas críticas “por todas partes surgen inestabilidades”. Hoy se vislumbran en el terreno mundial y en el plano regional. En el mundial, se va a exacerbar la disputa entre los Estados Unidos y China, aumentará la tentación de las potencias de recurrir a la amenaza y/o al uso de la fuerza, reafirmar un nacionalismo refractario, estrechar el multilateralismo y preservar una globalización asimétrica. En el regional, es muy probable que las consecuencias de la pandemia agudicen las protestas sociales, la impugnación de las élites gobernantes, el deterioro económico y la dispersión diplomática.

A mi entender, al menos en el corto plazo, la pospandemia no derivará en un replanteo sustantivo y progresista de las relaciones internacionales. Más aún, es muy probable que se potencien tensiones y contradicciones vigentes y que ingresemos a un escenario muy delicado, no ya volátil en lo económico e incierto en lo político, sino profundamente turbulento y potencialmente descontrolado en múltiples niveles y ámbitos. Si este sintético diagnóstico es verosímil, entonces parece más sensato contemplar diversas estrategias de control y reducción de daños en los planos nacional, regional y mundial. En suma, evitar más conflictividad.

¿Cuál podría ser una política exterior para esta hora? La literatura de las relaciones internacionales no ofrece demasiadas guías. Las políticas externas que más se han estudiado son las de los poderosos y las de las naciones que ascienden en el escenario mundial. Son escasas las investigaciones sobre los países que han declinado o sobre la diplomacia en tiempos de crisis de envergadura. El caso argentino, donde se produce esa intersección agravada a su turno por una doble crisis –la de la actual pandemia y la de una situación socioeconómica heredada–, es un reto conceptual y empírico.

Lo que podríamos afirmar es que reconstruir poder, influencia y reputación exige primero una condición interna que lo facilite y lo concrete; demanda un consenso local ampliado que le dé sustento social y político a ese intento; implica comprender que la reconstrucción exige mucho esfuerzo y paciencia; y requiere establecer políticas que procuren más socios y menos hostilidad a nivel internacional.

Quizá sea tiempo de una política exterior “maquiavélica” en su sentido virtuoso. Me refiero explícitamente a la idea que Nicolás Maquiavelo expresa en *El Príncipe*, cuando destaca y cuestiona el “que muchos crean y hayan creído que las cosas del mundo están regidas por la fortuna y por Dios”. A esa creencia le antepone el valor y el alcance de la virtud cuando aconseja “proceder con moderación, prudencia y humanidad”. Hoy, en tiempos de inquietud y contingencia, quizá la *Realpolitik* internacional de la Argentina radique en la modestia y la flexibilidad.

# 11. Historia del cine, 2001-2020

Mariano Llinás

Hay que decirlo: la espectacularidad de la pandemia, su anomalía fulminante dentro de una cotidianidad que había acabado por convertir la novedad en rutina, resulta ideal para las diferentes tribus que, desde orientaciones diversas, disfrutaban desde hace años anunciando el Apocalipsis. Así, con mayor letalidad que el virus y con mayor desenfado, detrás de sus barbijos de *outlaw*, los globalifóbicos anuncian el fin del proceso iniciado con Marco Polo, los ecologistas describen la situación como el castigo (bien merecido) a la especie humana por parte de sus primos lejanos después de años de tiranía y explotación, la palabra *extractivismo* baila en las bocas de todos como si fuera Isadora Duncan, y los afiliados al Partido Obrero (pero ahora no solo ellos) determinan que el capitalismo, ahora sí, no va más.

El asunto no es nuevo, y la relación entre la peste y los agoreros es vieja como el mundo mismo. Acaso más interesante que esos estertóreos anuncios sea revisar en qué medida las novedades de las cuales dan cuenta estaban allí antes de que nos encerráramos en nuestras casas, y en qué medida la situación ha servido para darles una pátina de dignidad y hasta de urgencia. El entusiasmo con el que los hombres de todo el planeta se han refugiado en sus pequeños habitáculos es una señal inequívoca de que ese largo fin de semana de lluvia era algo que se estaba esperando desde hacía demasiado tiempo, sin que nadie llegara a advertirlo. Suponer que el mundo ha cambiado, o que cambiará, no tiene mayor sentido si no analizamos con cierta templanza cómo estaba la cosa en el instante anterior a que el anónimo *gourmand* del mercado de Wuhan sumergiera la cuchara en su sopa de murciélago.

Dejo a otros especialistas la neoxenofobia, la globalifobia ecologista, el retorno de los paternalismos políticos, la mutación de

las políticas progresistas en meras formas superficiales del discurso, la infantilización del ciudadano, la hipersubjetivización banal de la experiencia política a través de los mecanismos digitales de expresión, y demás cuestiones importantes. Yo nada sé de eso. Los enanos son para los circos, y los circos son para los enanos. El circo de este enano se llamaba cinematógrafo y en los tiempos anteriores a la peste se había convertido en una cosa tan extraña, nos habíamos resignado a una versión tan distinta de él, que no está de más ensayar una serie de apuntes que nos recuerden *qué* era, *cómo* era y *para qué* era, ahora que nos dicen que está a punto de cambiar para siempre.

### **Perder el centro**

Lo primero que hay que decir es que, en los primeros años del siglo XXI, el cinematógrafo había perdido por completo el lugar en la sociedad que lo había caracterizado en los cien años precedentes. Cada vez menos gente iba al cine. El centro de las ciudades, de los barrios y de los pueblos, que antes tuvieran su palacio de la ficción junto con la iglesia y el edificio municipal, había abandonado esos gigantescos auditorios a tareas funcionales como playas de estacionamiento y templos dedicados a los nuevos credos pentecostales. Las sociedades lamentaron esas mudanzas y esas desapariciones con tristeza y ánimo nostálgico, como quien despidе una época pasada o se entristece ante el cierre del bodegón en el que transcurrieron sus mejores recuerdos, pero al que no iba hace quince años. Eso fue todo: una serie de notas coloridas y románticas, una enumeración de recuerdos, la añoranza de los fastos *kitsch* del cine Hindú o el Luxor, y a ahogar las penas en DVD o en programas de noticias. Nadie advirtió en qué medida esa pérdida del centro como eje del comportamiento de las masas ociosas generaría formas de pensamiento no menos descentradas; y en qué medida la sociedad iba a cambiar una vez que el vocablo *salir* (que sistemáticamente había definido una serie de prácticas ordenadas) perdiera todo significado. Salir: encontrarse en un bar, tomar una cerveza mientras se hacía la hora de entrar al cine,

ver la película, ir a comer a Pepito o elegir una porción de pizza en Güerrín, comprar un libro, de vuelta a La Paz y después quién sabe. El complejo tejido social y económico que implicó la desaparición de la película como centro de ese sistema planetario quedará, una vez más, a cargo de los especialistas. Para el oficio cinematográfico, en cambio, las consecuencias fueron más evidentes.

El primer fenómeno que hay que señalar es que, si bien las sociedades resignaron rápidamente lo que significaba *ir al cine*, no fueron igualmente elásticas a la hora de pensar lo que era una película. Como si no advirtieran la relación inexorable entre las grandes salas de apariencia imperial, preparadas para recibir millones de espectadores, y la materia de las imágenes destinadas a proyectarse en esas mismas salas, la imaginación social siguió pensando las películas como objetos fastuosos, de producción millonaria y aura resplandeciente. Los fastos de la industria del cine (las *premières* llenas de celebridades y fotógrafos, la noche de los *Oscars*, el sistema de estrellas y sus pequeñas industrias parasitarias) continuaron como si nada hubiera pasado, ahora convertidos en un ballet mecánico, dedicado a espectadores que ya no estaban allí. Ya nadie iba al cine, ya no había cines, pero todas las fiestas se seguían haciendo y los periodistas seguían hablando de ellas y los espectadores aceptaban mansamente ese simulacro. Pronto los grandes estrenos dejaron de hacerse en grandes cines y se resignaron a un rincón detrás del patio de comidas de un shopping, y uno veía pasar a las estrellas engalanadas entre las mesas de Burger King buscando la porción del gigantesco edificio en el que se amontonaban los fotógrafos. La imagen de la *estrella* que baja de un automóvil entre flashes de cámaras fotográficas se volvió imposible: el espacio público ya no las admitía. Darín debía dejar su auto en el estacionamiento del DOT, tomarse el ascensor, unos pisos de escalera mecánica, unos metros de tensión entre las mesas, para llegar finalmente al bálsamo de las fotos y los periodistas. Y ahí sí: como hace treinta, cincuenta, cien años, pero cada vez menos, cada día un poco menos. No es de extrañar entonces que ese boato, en forma imperceptible pero inapelable, fuese desplazándose desde el cine hacia el reino de su hermana mala, su máxima rival: la televisión. A fin de cuentas, ¿no era por

televisión que la gente se relacionaba con esas caras y con esas historias? La televisión dejó de ser la que daba cuenta del cine, la que reestrenaba sus grandes piezas (¡*Hollywood en castellano!* ¡*El mundo del espectáculo!*) y se ocupaba de divulgar la vida de sus héroes, y pasó a ocupar el lugar central. Ahora provenían de la televisión –y no del cine– las estrellas, a quienes (en una sutil degradación astronómica) empezó a conocerse como “los famosos”.

Insisto: lo extraño del fenómeno no es esta sustitución de una farándula por otra sino la forma en que el cine, una vez despojado de su lugar central, siguió comportándose como si lo tuviera, y actuando para un público en cuya cabeza aún lo tenía. La contradicción flagrante del cinematógrafo en el siglo XXI es que se trataba de una práctica que cada vez daba menos dinero de la manera en que lo daba tradicionalmente (la venta de entradas), pero al que el público y la industria seguían exigiéndole que fuera caro.

## Refugios

Desde luego, esa particular situación (que recuerda a la figura literaria decadentista del *venido a menos*) puede apreciarse en diferentes aspectos. De todas ellas, ninguna más evidente que aquella institución que ha acabado por convertirse en el último refugio del cine entendido según los parámetros del siglo XX: el festival. Desde mediados del siglo pasado, los festivales de cine funcionaron a la manera de gigantescas ferias o mercados persas; dicho de otra forma: instituciones cuya misión era mostrar y promover la abundancia. Allí llegaban los objetos más audaces y más raros, las piezas para sibaritas, las grandes hazañas del lenguaje y la técnica, las novedades de tierras remotas; también, como el folklore cinematográfico lo requería, constituían una expresión potenciada del brillo y el *glamour*, allí donde se mezclaban las *estrellas* americanas y europeas, y ambas ramas de esa aristocracia profana podían trabar contacto real con la aristocracia vieja. Grace Kelly casada con Rainiero de Mónaco explica esa figura. Como sugería el eslogan de una revista dedicada a las celebridades: *la fama y el dinero, juntos*. El Festival de Cannes funcionó desde entonces como el

baile de palacio del cinematógrafo, la cima de su pirámide: el cine era allí, más que nunca, lo que estaba llamado a ser.

¿Qué pasa entonces con los festivales a comienzos del nuevo siglo, cuando el cine pierde su lugar en el centro del espectáculo? El fenómeno es curioso: en vez de opacarse, se multiplican hasta el infinito. Como si el planeta central hubiera estallado y se deshiciera en una lluvia de asteroides, los festivales de cine comenzaron una expansión descomunal. No es descabellado decir que promediando la segunda década del siglo eran más las ciudades que tenían su propio festival que las que aún no habían conseguido hacerse de uno. Las razones de este desarrollo insólito no son demasiado oscuras: por un lado, en un mundo dominado por la incipiente noción de “industria cultural”, que prefería lo visible por encima de lo eficaz, los festivales se volvieron una manera fácil de sacarle dinero al Estado, cada vez más desorientado (y obligado, al mismo tiempo, por un inesperado consenso social) en el manejo de las partidas públicas de sus heteróclitas direcciones o secretarías de Cultura. Un festival, que llama la atención, que mueve gente, que implica comercio y visibilidad, tiende a parecerle bien a todo el mundo. Los temerosos burócratas culturales (siempre envueltos en una peligrosa timba en la que se juegan sus carreras, en una azarosa mezcla de prudencia y audacia) sentían que podían poner allí sus dineros con una relativa seguridad.

Un detalle superficial explica esta formidable epidemia: en los años noventa era habitual ver en los afiches de los films –en los argentinos, pero también en los polacos o los iraníes– pequeños símbolos de laureles envolviendo letras de tamaño microscópico. Esas mínimas medallas indicaban que el film había ido a festivales; eso determinaba su prestigio y que el espectador debía verlos. Diez o quince años después, el número de esos laureles se había multiplicado tanto que a menudo ocupaban una porción del espacio gráfico aún mayor que el tradicional zócalo destinado a los nombres del equipo técnico. A mediados de la década de 2010, esas mínimas distinciones comenzaron a desaparecer de los carteles. No eran necesarias ya: se entendía que todo film había ido a un festival. Si no había ido a uno, no existía.

Algo más merece ser dicho sobre este último punto. No solo por hipertrofia de festivales es que empezó a dejar de mencionarse en las piezas publicitarias los viajes por el mundo de tal o cual película. También por la desaparición de una creencia: aquella que sugería que el éxito en festivales podía colaborar a que la gente fuera a ver los films al cine cuando se estrenaran. Esa inducción se volvió falsa. Ahora la gente veía esas películas *solo* en los festivales, convertidos en reductos que, más que una instancia de gloria o de consagración, se convirtieron en la condición misma de existencia de los films. Las películas se hacían para ser mostradas en los festivales, para ir saltando de un festival a otro como Roger Moore sobre los cocodrilos, y esa sucesión de viajes constituía, la mayor parte de las veces, la totalidad de su experiencia de exhibición cinematográfica antes de terminar su vida en los asilos numéricos del *streaming* y la descarga.

Eso, antes de la cuarentena, era cada vez más así: un film tenía un año, a lo sumo dos (si conseguía entrar al circuito americano o asiático) para existir. En ese tiempo estaba en boca de todo el mundo, su director se hacía famoso, recorría las capitales de Europa sin pagar ni hotel ni pasajes y nutría su arsenal de libretas Moleskine y de ropas de H&M. Una vez que esa iridescencia se extinguía, su obra era almacenada en los oscuros hangares digitales y su artífice debía reiniciar el espinoso camino para repetir (en dos, cinco, diez años) su derrotero por las ciudades y las playas.

## Los curadores

En ese Nuevo Orden del cine, que barajaba nombres y películas con una efervescencia parecida a la Bolsa de Valores de Roma que Antonioni describiera en *El Eclipse*, no es extraño que los grandes ganadores fueran, más que quienes hacían las películas, los representantes de una nueva clase burocrática que permanecía año a año y que determinaba –ya fuera por omisión, por conservadurismo o por extraños golpes de osadía– el rumbo y el futuro del cine: los programadores, los directores de festivales, los directores de los mercados internacionales de coproducción. En su mayoría

siempre las mismas personas, provenientes de la antes parasitaria casta de los críticos, se convirtieron en los nuevos Nababs del cinematógrafo; a ellos había que temer y había que caerles simpáticos. Ni a Jack Warner ni a Louella Parsons, ni a Mentasti, ni a Claudio España. A una serie de funcionarios atildados y correctos, con maneras de diplomático y la seca actitud distante de un comisario del Politburó, cuya vida transcurría en la clase *bussiness* de los aviones y en hoteles cinco estrellas, y que no hacían otra cosa que ver, con una regularidad fuera de toda recomendación, una película tras otra en la pantalla de sus computadoras portátiles.

Aclarémoslo por las dudas: el párrafo anterior puede parecer despectivo. No es esa su pretensión; es apenas un intento de describir la extraña manera que las películas encontraron para sobrevivir. Si bien es cierto que en un abrir y cerrar de ojos los cineastas comenzaron a pensar y hacer sus películas para satisfacer el gusto de esa clase burocrática, hay que decir también que esa dispersa y difundida élite consiguió recuperar para el cine un lugar preeminente, a salvo de las exigencias de un mercado —el de las producciones comerciales— que cada vez descreía más de la imagen cinematográfica y condescendía a las formas televisivas como único horizonte. Esos árbitros del gusto que dominaron la escena durante veinte años hicieron, dentro de sus posibilidades, un buen trabajo. Es más bien a los directores a quienes deberíamos reprocharles cierto conservadurismo y no a los funcionarios a quienes estaban dirigidas sus obras.

### **Fondos monetarios**

Otra consecuencia que debemos al Nuevo Orden de festivales es el hecho, de ninguna manera evidente, de que las películas cinematográficas siguieran considerándose objetos dignos de protección por parte de los Estados. Más allá de la incesante producción de Hollywood y de algunos fenómenos asiáticos de explotación masiva, ninguna industria del cine fue capaz, a lo largo del nuevo siglo, de evitar la dependencia de las ayudas gubernamentales. La influencia de los festivales a este respecto no puede subestimarse.

Al mantener en torno del cinematógrafo un aura de prestigio e importancia infinitamente desproporcionada en relación con el alcance real de los objetos que se exhibían en ellos, fueron pocos los aparatos estatales que se resignaron a presenciar la caída de sus cinematografías una vez que los espectadores dejaron de sostenerlas. Las cinematografías nacionales (a menudo amparadas en eufemismos de prestigio como “cine independiente” o “cine de autor”, que reemplazaron al devaluado “cine arte”), gracias a esa extraña mezcla de majestad e insolvencia, se volvieron los niños expósitos ideales para la beneficencia cultural; no ya proveniente de la ayuda de sus propios mecanismos de financiación oficiales sino de una serie de fundaciones (en su mayoría de los países ricos) que, mediante la periódica y ordenada distribución de sumas módicas en relación con la industria pero esenciales para formas de producción más racionales, contribuyeron a que un nuevo tipo de cine fuera posible: un cine que no necesitaba recuperar el dinero invertido pues estaba hecho con sumas magras provenientes de subsidios de origen extranjero que no exigían otra retribución que el reconocimiento de ese aporte. A cambio de una placa: € 20 000. Con € 20 000: una película.

¿Cómo era posible? La receta era simple: una utilización innovadora y perspicaz de las nuevas formas de tecnología audiovisual. Básicamente, las cámaras digitales, que llevaban el costo del material virgen a cero, y los programas de edición hogareña, que permitían montar un largometraje en el mismo dispositivo (y con el mismo ritmo) con que se escribía un guión. Ese nuevo modo de producción, que estableció una relación virtuosa con el ya citado circuito de festivales, fue encontrando con el tiempo una barrera que de manera sutil pero inequívoca acabó limitando su desarrollo: la relación con la industria. En efecto, cuando la vapuleada industria del cine advirtió que esos fondos implicaban una manera de conseguir dinero infinitamente más fácil y menos riesgosa que la tradicional excursión en busca de inversores, el recién ganado territorio de caza de las películas pequeñas comenzó a verse invadido por productores tradicionales que, más hábiles que sus jóvenes colegas en el arte de los negocios y las prebendas, acabaron por convertir ese sistema de transferencia directa de dinero

a las películas y a quienes las hacían en algo infinitamente menos dinámico. Lo que era una relación entre un fondo y un artista, rápidamente se vio invadido por los habituales intermediarios, que acabaron de convertir el nuevo sistema en su propio coto de caza.

En efecto, el retorno a escena de la figura del productor (que en las formas más innovadoras había comenzado a ser reemplazado por el productor/director, alguien que coordinaba un equipo pequeño que llevaba adelante el proyecto de un modo orgánico y flexible) implicó también la restauración de un orden en la fabricación de películas cuyo reemplazo la primera generación de “independientes” había insinuado. Con el productor reaparece la noción de “presupuesto”: primero un guión y enseguida un presupuesto; con el presupuesto entran en escena otra vez los dos mecanismos que rigieron desde siempre el procedimiento industrial de fabricación de películas: el esquema de semanas de rodaje y la división de roles del equipo técnico. No hay espacio aquí para desarrollar las diferencias y características de ambos sistemas. Baste decir que, guiados por una atención desarrollista a menudo bienintencionada, los fondos de fomento, uno tras otro, acabaron por decidirse en favor de la constitución de una industria (con sus correspondientes sindicatos, sociedades de gestión, asociaciones patronales y su provisión ad hoc de oficinistas, abogados y contadores), en lugar de un tipo de objeto más pequeño y más ágil, realizado por menos personas pero menos dependiente de formatos y de reglas.

### **Van a desaparecer**

Así, la paradoja de una definición del cine como una práctica afectada de gigantismo, consagrada a una audiencia pequeñísima y en creciente retracción, volvió a escena como la hipótesis central. Pensemos en el modelo argentino, que durante años fue visto como algo virtuoso. En efecto, a todo el mundo le convenía: el dinero, procedente de las grandes producciones de Hollywood y de los impuestos derivados de la televisión, se repartía en grandes cantidades y consolidaba oficios y prácticas. Si bien los directo-

res a menudo debían esperar su turno durante largos años, no sucedía lo mismo con los oficios que giraban en torno de la fabricación de los films: desde los camioneros que transportaban equipos hasta los actores y los extras, todos habitaban con solvencia un escenario en el que el trabajo abundaba y la exigencia —eliminada la obligación que implicaba el arbitrio del público y la taquilla— era relativamente baja. “*Leí el guión. Yo lo hago. Es una mierda pero es guita. Total, al final no lo ve nadie*”. Esa provisión incesante de objetos carísimos destinados al olvido o al desdén, a los que la industria se acostumbró durante demasiado tiempo, y en la que no era fácil ver inconvenientes (si de todas formas cada tanto surgía alguna obra maestra o algún suceso de taquilla que dignificaba la totalidad del sistema), acabó convirtiéndose, sin que casi nadie lo advirtiera, en un camino sin salida, en un peligroso Titanic que se adentraba inadvertido en las aguas polares.

¿Con qué argumentos habrá de sobrevivir, en caso de que ocurra un cataclismo, una industria de un mantenimiento costosísimo cuyos productos, a todas luces, nadie necesita? Pues bien: ese cataclismo ha llegado. Queda entonces una pregunta sin respuesta, lo cual acaso no sea poco.

Hay una cosa que los dinosaurios saben mejor que nadie: en un escenario catastrófico, los primeros en caer son las grandes bestias que engordaron en forma hipertrófica en tiempos de abundancia. Vemos sus huesos en los museos, los niños festejan y se pasean eufóricos entre sus esqueletos, pero nadie extraña realmente su paso por la tierra. Su extinción ha sido una bendición para todos: es gracias a ella que nosotros estamos aquí. Al menos eso es lo que enseñan en el colegio. Cuando el aire se volvió irrespirable y la comida, escasa, solo pudieron sobrevivir aquellos organismos que antes resultaban inadvertidos: los reptiles pequeños a los cuales de a poco comenzaron a salirles plumas, los organismos que reemplazaron la exterioridad del huevo por la seguridad del vientre, los monos cuyos sistemas digestivos aprendieron a sintetizar el almidón que los grandes saurios desdeñaban.

¿Quiénes serán entonces, en el nuevo mundo de las imágenes, cuando los hombres vuelvan a salir de sus casas, esos prosimios ingeniosos y esos pájaros que de tan livianos se hicieron capaces de

desplazarse a través de grandes distancias? ¿Cómo serán esas criaturas nuevas y ágiles, con la adaptación al medio como principal atributo, que a fuerza de astucia fueron capaces de abrirse camino entre los restos de los grandes monstruos y que llegaron a imaginar, de puro audaces, que el mundo era de ellos, que no había límites para su avance, y que cualquier locura les estaba permitida?

Incluso, llegar a la Luna.

Incluso, explorar el fondo de los mares.

Incluso, recorrer la redondez de la Tierra en ochenta días.

Incluso, llegar a un mercado popular, sentarse en una rústica mesa de madera, y, una vez dispensados los correspondientes aderezos, comerse un murciélago.



## 12. Volvió la historia pero no sabemos adónde va

**Martín Rodríguez**  
**Mariano Schuster**

Me pregunto también  
si está incubando un orden distinto, una  
desconocida naturaleza,  
donde puedan instalarse los jardines  
que giran prisioneros por mi cerebro irritado.  
**Joaquín Giannuzzi**, “Paisaje urbano”

Un empresario de grifería plástica transformado en productor de máscaras de protección facial. La dueña de un local de ropa de Once con tres empleadas reconvertida en vendedora de ropa *online* (mientras a las empleadas el Estado les paga el salario). Una parrilla con cuarenta cubiertos diarios pone las sillas arriba de la mesa y los mozos salen a pedalear el *delivery*. Quedarse quieto, para algunos, es que el techo se les caiga encima. Las cosas tienen movimiento. El eje de rotación y la velocidad del mundo cambiaron este tiempo. Pero *lo que pasa en la pandemia queda en la pandemia*, dice Florencia Angilletta, como si hubiera nacido un enorme clóset al que haremos entrar de nuevo, cuando “esto termine”, lo que fuimos mientras esto duraba. Y sin embargo, a la vez, la certeza de que *esta nos tocó*. Y este presente, que se estira en puro presente, nos trae en iguales proporciones el pasado y el futuro. Estamos amasando nuestra vida con las dos manos y con los tres tiempos en la masa. Durará lo que dure, quedará lo que quede, cambiará lo que cambie. Pero lo “Histórico” no se va. A nadie convocaron a marchar para hacer “el 17 de octubre” y fundar una nueva época política. Los obreros de la planta de Fiat de Córdoba no se levantaron para provocar el “Cordobazo” y hacer tronar una generación. Primero el hecho, luego el acontecimien-

to y después el símbolo. ¿Y ahora? ¿Qué es este día largo, polar, noche blanca, en que se convirtió la vida? Cada uno de nosotros con su rueda reconvertida: su zoom, su videollamada, su comentario u opinión, su queja, su clase virtual, su transferencia para dar una mano, con la app de *fake news*, haciendo silencio cuando habla un epidemiólogo, esperando cada conferencia de Alberto Fernández. Prendiendo vela en la noche de la superstición cívica de la que habló Sebastián Carassai: *el Estado sabe por qué lo hace*.

### Somos hijos de pobres

El coronavirus se metió por la ventana que da al mundo. Iba a entrar. Antes, después. Buscarle el sesgo de clase fue ocioso (¿lo trajo la clase media que viaja?). La Argentina no le llevaba un problema al mundo: el mundo se volvía un problema para el país. En la Argentina, en su mayoría, o somos pobres o hijos de pobres o nietos de pobres o bisnietos de pobres. La clase media no “estaba ahí”, no se creó sola, no la trajeron “los barcos”. Las “familias” de la aristocracia forman un museo de mosaicos rotos. Fuimos, en doscientos años, una máquina de integración, masacre, movilidad y mezcla.

En la obra de Pier Paolo Pasolini hay una constante: su mención al neocapitalismo. En la poesía, en el cine, en el ensayo, en las novelas. Esa “mutación antropológica” en el corazón de la sociedad industrial italiana. A Pasolini la pequeña burguesía estudiantil lo atormentaba: usurpaba el lugar de la lucha de clases para ser, a sus ojos, una guerra de jóvenes contra sus padres (una guerra civil, filial, adentro de la clase misma). Sus intervenciones contra la que consideraba una “falsa” sexualidad libre de la pequeña burguesía también se encadenan sobre esta misma zona: el derrumbe de un orden simbólico. En su correspondencia con obreros italianos de los años sesenta, publicada bajo el título de *Las bellas banderas*, les confesaba que prefería conversar con un cura, representante de una cultura, que con un político neocapitalista. Y, como decían sus cartas, se paraba a mirar el baldío que había dejado una antigua casa en Roma, donde se iba a construir

un nuevo edificio, y lloraba en silencio. Pasolini no era nostálgico, no lloraba por un fósil, por algo que ya está congelado o roto o simplemente viejo; era, más bien, un visionario: avizora y narra un orden precisamente en el instante en que ese orden está por desmigajarse. Lo llora para que todavía lo podamos contar.

Lo que ve Pasolini es tanto la proletarización –siempre “torpe”– de los hijos de la burguesía como, más de fondo, el aburguesamiento de esas mismas clases obreras. ¿Con qué cuerpos se iba a escribir alguna historia si la juventud actuaba revolución donde apenas había un gesto reformista y los mayores adoptaban las reformas como si fueran revolucionarias? “Todos quieren ser burgueses”. La sacralidad del mundo pasoliniano, su exploración de los Mitos (como inconsciente popular), el bajo pueblo (ese soldado romano que, en *El evangelio según San Mateo*, mientras clava las manos de Cristo en la cruz, lo mira con interés y compasión), es un serpenteo nada inocente sobre ese borde final de “La Clase”. La idealización de Pasolini: en los suburbios, quienes en el mejor de los casos ofrecen su fuerza de trabajo –y en el otro mejor de los casos su sexualidad, para que la gocen burgueses como él–; en la periferia de Roma, en los pueblos del norte de África, entre palestinos, en los restos de un “afuera”, ahí, detecta una “pureza” no alcanzada por el largo brazo del neocapitalismo, lo que queda de una cultura genuinamente popular, en el sentido de no tocada por la estandarización de la cultura de masas. Pero es una pureza que empieza también a perderse. Dice Pasolini en sus *Escritos corsarios*:

La condición campesina o subproletaria sabía expresar, en las personas que la vivían, una cierta felicidad “real”. Hoy, esta felicidad –con el Desarrollo– se ha perdido. Ello significa que el Desarrollo no es en ningún modo revolucionario, ni siquiera cuando es reformista. No provoca más que angustia. Hoy existen adultos de mi edad tan aberrantes como para pensar que es mejor la seriedad (casi trágica) con que ahora el panadero lleva su paquete envuelto en plástico, con cabellos largos y bigotes, que la alegría “tonta” de otros tiempos. Creen que preferir la seriedad a la risa es un modo viril de afrontar la

vida. En realidad son vampiros felices de ver convertidos en vampiros también a sus víctimas inocentes.

Él la ve, todavía, en los anillos pobres. En los hombres y mujeres del circo, en los pobres que se ríen a carcajada limpia mostrando sus dos o tres dientes, en la prostituta que combina maternidad y sexo desenfrenado, en los muchachitos para quienes lo sagrado parece ser una unidad entre sexualidad abierta, travesuras y pequeños arrebatos. Algo salvaje, maligno, erótico, religioso, “intacto”. Pasolini es un evangelio del siglo XX, una antropología lírica, un hijo del fascismo capaz de separar por amor el cuerpo del padre de su camisa negra.

Esta “imagen” toma formas. El videoclip de la canción de Luis Alberto Spinetta de 1991 (“La montaña”), cuando canta: “Suban a los techos, ya llega la aurora”... Y una familia humilde sube y espera en el techo la llegada del flete que trae el Aurora Grundig. Y se abrazan. ¿Desde cuándo *ya no hay afuera*? Pasolini imaginaba, retrataba insistentemente, como en el final de *Teorema*, un “desierto” por el que corría gritando como loco, desnudo, el padre de una familia burguesa deshecha. Escribía: “Empieza una Italia nueva que basa su nacionalidad real en el poder real de la industria neocapitalista y tecnocrática”.

En un breve documental para la RAI, Pasolini pasea por las calles y playas de la pequeña localidad de Sabaudia. Y describe una sensación inesperada: Sabaudia tiene paredes edificadas por el fascismo pero nunca fue fascista, hay una comunidad allí de vidas honestas, la inocencia de un pueblo no criminal. Hay piedras, pero no está el alma en las piedras. Y vuelve su obsesión: lo que sí penetró, dice, fue la “cultura del consumo”. La última frase que se escucha de su boca: “No hay nada que hacer”. Y baja la mirada, suena el saxo del Gato Barbieri en la interpretación chiruza de “El día que me quieras”, y Pasolini, con su sobretodo y su pelo al viento, desciende por un médano y se dirige al mar. Estamos en 1974 y Pasolini resumía su *realismo capitalista*.

## Las ruinas circulares

El pasado es ayer. Es hoy hace unas horas, un momento siempre distorsionado. Está hecho de timonazos y grandes contracuerdas, saltos enormes, aunque también de historias mínimas. El pasado como autobiografía puede que sea un mal, aunque pequeños millones de hombres y mujeres son los que empujan ese carro.

En un momento, se abre ese cajón, ese almacén de ramos generales que se desempolva en fotos en redes sociales o en WhatsApp. Y ahí entramos todos. ¿Por qué las páginas de Twitter, Instagram y Facebook sobre el pasado funcionan en las sensibilidades “más modernas”? Casi todas se llaman “En el recuerdo”. Cualquier ciudad o cualquier pueblo puede entrar ahí: Buenos Aires o Rosario, General Pico o Ushuaia, Uspallata o Cafayate. Puede haber clubes de fútbol “en el recuerdo”, calles “en el recuerdo”. Hay decenas de cuentas así: “Bar de viejes”, “Fotos de Familia de Mar del Plata”, “Rosario en el recuerdo”, la del Archivo General de la Nación.

¿Por qué nos gusta ese pasado que ni siquiera es nuestro? Arriesgamos respuesta: porque lo es. La agenda de la “izquierda social” de los últimos largos años es una agenda del temor: al futuro y a hablar del pasado. El temor al salto tecnológico. El temor al fin del trabajo. Aparecieron aceleracionistas de izquierda que pretendían hacerse cargo de la imaginación capitalista para un proyecto alternativo. Lo dice bien Alejandro Galliano en el título de su ensayo: *¿Por qué el capitalismo puede soñar y nosotros no?* Lo que se traspapela en ese fetichismo del pasado y en la ansiedad por el futuro es *el presente que hace Historia*. ¿Y ahora? Se achicó la distancia entre *hoy* y el futuro que “imaginábamos”, con terror o ilusión. “Ni todo cambió, ni todo volverá a la normalidad”, nos decimos. Pero ¿ya empezamos a caminar ese tiempo que imaginamos futuro?

Una parte de la política articula el “no” como respuesta a todo. A Uber, a Rappi, a los *bulshit jobs*, a los robots, a la renta básica. ¿Y a qué le dice sí? ¿Al sindicato, la fábrica, el comité, la unidad básica, el Estado “fuerte”?

Entonces, aparece el viejo obrero: el de la película de Mario Monicelli, *La clase obrera va al paraíso*. Ese obrero que nos dice: “Ustedes me interpretan pero no me entienden”. Un tipo que

ama la fábrica y la odia al mismo tiempo. Un tipo que, en el fondo, quiere tener lo que tienen los patrones aunque sabe que no lo va a tener igual.

Lo mejor del sindicato y lo mejor de Uber. Lo mejor de la religión y lo mejor de la izquierda. Lo mejor del trabajo y lo mejor de la asistencia social. ¿No habíamos reclamado soñar? Hay una izquierda que sueña con un pasado ideal –que no fue– y una derecha que vende un futuro ideal –que no será–. Mientras tanto, hablamos del nuevo mundo: renta básica universal, robotización, sistema de cuidados, paridad, ecología. Una ristra de temas. ¿Nombrar un mundo que viene es hacer un mundo? Los cristianos tenían (tienen) una buena expresión para eso: “Venga a nosotros tu reino”.

En el fondo de la falsa dicotomía entre “vida” y “economía”, está la verdad “no dicha”. Es esa verdad que nos dice un lema del pasado, del presente y del futuro: toda vida es sagrada. La política y la sociedad, y no solo la religión, marcan los rumbos de lo que consideramos “sacro”. “Es con todos” fue un buen lema de nuestra campaña. Y nos empuja a tener cuidado para que no termine siendo como la “Canción con todos”, que es, al final, la “canción con los míos”. Canción con los progresistas, canción con las feministas, canción con los socialistas, canción con los peronistas. Si toda vida es sagrada, si nos esforzamos por salvar todas y cada una, entonces también el sueño de cada una de esas vidas lo es. Cuidar vidas es también cuidar personas. Y cuidar personas es cuidar sus deseos.

El *Manifiesto Comunista* era un canto al futuro. Elogiaba el progreso, las infinitas posibilidades que el capitalismo abría. Pero también tenía un perfume del desencanto que sienten el hombre o la mujer que miran para atrás y creen que hay algo que conservar. Dice:

La burguesía ha despojado de su aureola a todas las profesiones que hasta entonces se tenían por venerables y dignas de piadoso respeto. Al médico, al jurista, al sacerdote, al poeta, al hombre de ciencia los ha convertido en sus servidores asalariados. [...] Todo lo sagrado es profanado, y los hombres, al

fin, se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas.

¿Se puede mirar al futuro y recuperar parte del pasado? ¿Cómo generar “aura”? ¿El aura del carnicero, el aura del poeta, el aura de la maestra, el aura del juez, el aura del policía de la esquina, el aura del obrero, el aura del rappitendero, el aura de la trabajadora social, el aura de la enfermera, el aura de la madre o del hijo?

Quizá se haya acabado el momento de desmitificar, palabra preferida del diccionario de los últimos veinte años. El momento del mito. Volver al aura. Simone Weil, un eslabón entre ese manifiesto economicista y la conversión pasoliniana, dijo así:

La igualdad es tanto mayor cuando se consideran las diferentes condiciones humanas, no como si una fuese menor que la otra, sino sencillamente distintas. Que la profesión de minero y la de ministro sean simplemente dos vocaciones distintas, como las de poeta o matemático. Que las penurias materiales unidas a la condición de minero honren a quien las sufre.

Para pensar así, hacen falta dos cosas. Materialismo, para saber que las diferencias existen. Espiritualidad y fe, para superarlas. La materia no supera la materia. Imaginar un mundo sin reencantarlo es no imaginar nada.

### **Soñar, soñar**

Hace unos años murió el músico Horacio Molina. Alguien dijo: “El más gardeliano”. Probablemente, tamaña marca se le adosa a algo elemental: al profesionalismo de su voz, que emboca todas las notas y todas las sílabas. Molina fue quizá el único tanguero que pasó por el consultorio de un psicoanalista. De los pocos que padeció el exilio. El único, probablemente, que pisó alguna reunión del PRT. El primero que grabó con Mercedes Sosa. Bicho de Almagro, hoy barrio de bicisendas. De nuevo: el más gardeliano. Escuchemos “Flor de lino”. La forma perfecta en que cada pala-

bra es a la vez una nota. Escuchemos la canción flotando en lo mismo que dice: un campo argentino. No hay una sola forma de ser argentino. No hay una sola forma de vivir el siglo XXI. No hay una sola forma de cantar tango. No hay una sola forma de pensar el futuro y el pasado. Un país no se hace solo con Gardel, una promesa política no se hace solo con Pasolini, una fe no se levanta solo encima de Weil. Un país son sus ídolos y son *sus raros*.

No importa tanto hacia dónde, qué nombre tiene o tendrá, de qué estará hecha, o cuál será esa cuenta o balanza final de los sueños, pero hay una certeza, tan simple como definitiva: estamos viviendo una época histórica. Un momento en suspensión, pero no de quietud, sino de acción. Muchísima. Una acción que puede ser un salto. No hay nadie que esté afuera de ese lodo: estamos separados, más que nunca quizá, pero estamos apretujados amasando ese mañana. Arrojemos una definición de *la historia*: es lo que no necesita traducción. Llega. Sucede. Pasa. Acontece. Es el tren a vapor, las mujeres votando, Mar del Plata llena de trabajadores con sus hijos, la AUH, desengrietar. Saltos cuánticos. Cuando la que toca, como sea que toque, tiene fuerzas arcaicas, bravas; flujos casi magnéticos que van, subterráneos, a cristalizar una época y a la vez a dinamizarla, a llevarla hacia otro lado. No sabemos adónde va, pero sabemos que un fantasma vuelve a recorrer el mundo: la historia.

### 13. La carga viral de la precariedad

Apuntes breves sobre la implosión social en la cuarentena

**Leandro Bartolotta**

**Ignacio Gago**

**Gonzalo Sarraís Alíer**

Desde hace tiempo creemos que es imprescindible una “inteligencia” de Estado, o más precisamente una “oreja” de Estado, que pueda escuchar más acá de los *rumores* sociales, para sumergirse en la dimensión de los *susurros*. Porque es ahí donde irrumpe a la percepción política lo que nombramos como *social implosionado*. En momentos de pandemia y drama social, esa inteligencia y esa escucha se vuelven aún más necesarias.

A diferencia de los *rumores*, los *susurros* permiten tomar de manera constante el pulso de lo social en crudo y sin tantas mediaciones y parlas. Si consideramos que los *rumores* requieren cierta carga intencional, alguien detrás que los empuje, les insufla realidad y los haga correr –“se pudo todo en”, “mirá que esto no aguanta más, ¿eh?”, “andan diciendo que”–, la diferencia sería que los *susurros* expresan las cosas en su estado natural. Mientras los *susurros* son la banda sonora de las fuerzas silvestres, los *rumores* son el ruido que hace lo político ya hecho lenguaje, forma y expectativa.

No nos interesa mitificar ni celebrar algo así como una fuerza que en esencia sería pura o autónoma de las estructuras de poder, pero sí señalar que una gramática demasiado inflamada por expectativas ideológicas y por cierta sobrefabulación militante suele encapsularse, alejarse de lo real, desentonar con los afectos y hábitos más cotidianos, mostrándose incapaz de percibir dinámicas y conflictividades barriales y urbanas. Sobre todo, aquellas que parecen ocurrir siempre en un opaco más *acá* de lo social: ciudad adentro, barrio adentro, casa adentro, familia adentro, cuerpo adentro.

Los *rumores*, si tienen más o menos armadita y atenta una red y un organigrama, llegan siempre a los fierros del Estado: los pueden llevar y traer funcionarios, periodistas, tuiteros, empresarios, sacerdotes, militantes, fuerzas de seguridad, encuestas realizadas por expertos en marketing político, etc. No decimos que la calidad y la intencionalidad de los *rumores* sean homogéneas, más allá del “sujeto” que los crea o los reproduce –es indudable que la ética que puede tener un empresario o el periodista de una corporación no es equiparable a la de militantes y funcionarios/os piolas–. Los *susurros*, en cambio, son más difíciles de interpretar, de traducir a un lenguaje estatal y público, de convertir en música para los oídos de “la política” (y por ende en respuestas, reflejos políticos, medidas, gestos); y no es tan fácil percibirlos porque los fierritos habituales que usa cualquier aparato de medición y recolección de datos no llegan a captarlos. Esta gran dificultad que tienen los *susurros* para transformarse en dato político motiva que cada vez que acontece ese pasaje se grite como un gol al ángulo.

El contexto actual de pandemia –con su crisis y alteración de todos los cálculos, con los ánimos caldeados– requiere más que nunca un oído fino para los *murmillos*. Y un esfuerzo extra de “traducción” a escala estatal de todo un complejo mapa: de límites subjetivos y límites objetivos, a partir de necesidades concretas y conflictividades.

“Testeos rápidos” de las fuerzas sociales, para decirlo con la jerga del momento. ¿Sobre qué sociedad cae este gran quilombo? Porque por momentos parecería que el coronavirus puso el contador en cero en muchas cuestiones, o que funcionó de hecho como un disipador de la pesada herencia del macrismo. ¿Qué pasa más allá de los datos fríos (las estadísticas de infectados y muertos) y los datos calientes (una emocionalidad que se escapa de las sensibilidades sociales a investigar)? ¿Y cómo se está procesando la cuarentena por fuera de los sistemas de expectativas, los cálculos de siempre, los regímenes de obiedad y los consensos efímeros (el “minuto a minuto”)?

En el laburo de investigación que venimos desarrollando hace casi doce años, encontramos que las cartografías permanentes y en alianza concreta con las fuerzas y los ánimos que circulan en

diferentes espacios e instituciones sociales son un posible método para “grabar” *susurros*: cazafantasmas que llevan de aquí para allá esos poco vistosos y sofisticados aparatos para detectar si hay casas embrujadas, como se muestra en las películas de terror (y no quedan dudas de que estamos metidos en una). En esos mapeos permanentes e ininterrumpidos que se dibujan muchas veces a las apuradas (y que se hacen sin financiamiento, entrando por la ventana de alguna institución, bancándose una no grata ni celebrable soledad política, apostando siempre por la *desorientación voluntaria*), hemos logrado cazar algunos susurros, pocos quizá, no lo sabemos, pero que en ciertas ocasiones pueden hacerse más audibles.

Hay una enseñanza que estos mapas siempre incompletos nos dejan como legado: no es posible manejarse con certezas. Las ubicaciones nunca son exactas, los territorios son difusos, complejos y ambiguos: *Qué sé yo la dirección exacta, amigo: seguí todo derecho por allá, en línea recta siempre*. Tampoco es posible hacer un mapa al toque como si fuese el laburo de un movilero que sale quemando gomas a cubrir una noticia de último momento (notamos en estos años que quienes rechazan el trabajo artesanal de hacer cartografía se eyectan desesperados ante cada acontecimiento a recolectar rumores y testimonios para armar rápidas postas políticas). No solemos considerar que cada nuevo evento (por dramático que sea, por perturbador que sea, por trágico que sea) resetee de cero una sociedad y borre los mapas que se vienen desplegando; al contrario, pensamos que todo lo que *pasa* sucede intensificando lo que *es*, aniquilando fuerzas, aumentando o mutando otras, pero no forzando a empezar de cero. De vuelta: ¿cuál es el vínculo entre precariedad e implosión, entre precariedad y gorrudismo? ¿A qué sociedad llega esta pandemia, qué conflictividades intensifica, qué es posible “esperar” y qué no?

\* \* \*

Lo *social implosionado* es el registro de cómo en estos años de crisis y ajuste (ajuste económico, pero también ajuste vital) la vida se fue metiendo y detonando en un adentro cada vez más espeso e

insondable. Las implosiones sociales –generalmente huérfanas de imágenes políticas y regaladas involuntariamente al gorrudismo ambiente, al securitismo, al realismo sórdido de la derecha y su eficiente gestión cotidiana de la intranquilidad y el terror anímico que la precariedad provoca– son un elemento central de la sociedad ajustada, trasfondo ineludible de la pandemia y el aislamiento social obligatorio. La cuarentena se monta sobre una dinámica social y doméstica que está al palo e implosionada.

Aislamiento o cuarentena no quieren decir detenimiento, ni enfriamiento, al contrario. La “guerra contra el virus” no es una guerra tradicional, de esas que exacerbaban la productividad fabril y encienden los motores y los hornos. Esta es una guerra que implica ralentizar los planos públicos, laborales, productivos y sociales “del lado de afuera”, pero que mete toda la fuerza y la manija de la vereda hacia adentro: la implosión es hiperproductividad; se aceleran los cuerpos y las cabezas, todo al borde de la quemazón. Creer que en cuarentena se detiene la máquina es suponer una imagen de lo social preimplosionada. El aislamiento intensificó fuerzas que en una sociedad ajustada ya venían cargadas.

Un rasgo central de la vida ajustada es el cansancio. Mayorías agotadas por la intensificación de la movilización y la belicosidad del entramado cotidiano; por la “picantez” de los barrios; por el aumento de las gestiones diarias y los desbordes que detonan cuerpos y rejuntes; por sostener una familia, anímica y materialmente, sin dejar ningún elemento librado al azar; por administrar entradas de dinero de varios lados: trabajo, changas, subsidios, préstamos; por la necesidad de mantener un umbral de consumo empobrecido y de “emergencia”. Cansancio e hipermovilización que la reclusión intensifica por la falta de dinero; y porque todo se vuelve aún más áspero: el rejunte forzado, el amontonamiento en casas y barrios, el terror anímico que se multiplica al enfrentarse ahora también a un terror biológico, a la amenaza del virus propiamente dicho, a la posibilidad cercana de caer en un hospital desbordado.

Sabemos que la precariedad, cuando es totalitaria (es decir, cuando está en la base de todo lo que se arma para vivir: relaciones, redes, trabajos, consumo, deuda, vivienda; cuando toma y

actúa sobre la totalidad de la vida; cuando no es posible pararse sobre otra superficie que estructure, y lo que queda entonces es la contingencia del día a día), produce de manera incesante *cortes*: sobre el fondo horizontal de precariedad se establecen jerarquías, verticalidades a veces feroces –y a veces letales– que hacen aún más desigual y fragmentado un barrio. La precariedad totalitaria es territorio siempre vivo, lo totalitario no paraliza ni cierra, al contrario, hace que todo lo que sucede en sus zonas –segmentos, pliegues y cortes– sea difícil de asir y politizar.

\* \* \*

Una obviedad a esta altura: las catástrofes o los grandes eventos dramáticos que suceden a lo largo de la historia nunca son democráticos. Las condiciones materiales de las existencias en la precariedad hacen que la pandemia se viva muy desigualmente. Así como las catástrofes tienen sus anillos, que en este caso establecen mayor o menor carga viral, en relación con la precariedad se puede pensar algo similar: a mayor exposición a la precariedad, es decir, a mayor subordinación en las jerarquías que se inauguren, mayor exposición al terror anímico que del “fondo” emana.

El terror biológico es más potente, entonces, cuando se intensifica en los demás terrores: el anímico, el financiero. Hay cuerpos y vidas más o menos preparadas para las dosis de terror a recibir, porque siempre la doctrina del shock es selectiva. (Y, de vuelta, imposible no conectar la noción de “población de riesgo” con la de precariedad, ni tampoco con la pesada herencia que dejó el macrismo: endeudamiento, gorrudismo, mayor informalidad y flexibilidad laboral).

Ajustados, apestados y en lacerante cercanía con la “carga viral” de la precariedad totalitaria, los efectos serán más dramáticos: vidas mal escapadas del confinamiento. Allí irrumpen las letales violencias del interior: femicidios, quilombos intrafamiliares, bajones sin red, despidos, falta de dinero y sobreendeudamiento, que intensificarán aún más la cabeza quemada por la vida mula en recesión y con “desocupación”. También preocupa la profundidad de las heridas que durante el macrismo se inscribieron en

las “vidas infames”, esas que solo destellan para su feroz criminalización en las pantallas de la sociedad gorruda. Dolor y angustia que se siente más en las cárceles y “quintas” (centros de rehabilitación), donde la pérdida de contacto con el exterior actúa como un fuerte *boomerang* que en su vuelta arroja al fondo de una interioridad intranquila y manija.

En estos días se volvieron a activar los fantasmas recurrentes sobre un estallido social. Son fantasías, en tanto se ahorran la necesidad de contar con un mapa complejo, ambiguo y profundo sobre los interiores estallados: ¿qué pasa y cómo se vive en ese lado de acá de lo social, ese reverso íntimo y lejano de la sociedad? Las mitologías habituales sobre el caos suburbano –con independencia de que se pueda o no “pudrir todo” por esta extensa y por supuesto bancable cuarentena, o de que puedan acontecer feos desbordes– le regalan a la derechización afectiva el saber sobre ese “adentro infinito” que pudre cada segmento de la vida social, barrial, corporal, psíquica; un *acá* insondable para los lenguajes políticos, militantes y estatales más frecuentes.

Los distintos modos de conflicto son más o menos intensos y más o menos mortíferos según cuán insertos estén en las redes económicas, sociales, simbólicas, anímicas. Sobre estas guerras privadas funciona la implosión social. Por eso es muy difícil pensar campos de batalla comunes, grandes confrontaciones que cierran “por arriba”. Lo otro de la implosión social no sería un estallido o, dicho al revés, el estallido no sería la coronación de las implosiones, su toma de conciencia o de estado público. No solo porque no hay un vector que unifique todas esas guerras, sino porque además hay constantes implosiones a cielo abierto. Las guerras privadas, que no son “privatizadas” en el sentido ideológico del término, sino que recaen sobre un cuerpo, una casa, una vida, un rejunte, apuntan y se juegan en otros terrenos, distintos de aquellos que muchas veces desean los que, con buena o mala intención política, miden toda crisis según su capacidad de devenir estallido.

Pensar estrategias colectivas y políticas públicas en la implosión es un desafío complejo porque implica moverse y lidiar con fuerzas ambiguas, amorales, caóticas y porque, lejos de las imágenes

del conflicto social guetificado a un barrio o a una institución específica, o sujeto a los repertorios reconocibles, lo social implosionado obliga a estar de manera constante entrenando el oído y ensayando formas y formitas –no tan perdurables quizá– de intervención pública y agite político.



## **14. El hierro caliente de la soberanía alimentaria**

**Federico Orchani**  
**Florencia Badaracco**

La crisis que trajo consigo el covid-19 profundizó aún más el problema del acceso de gran parte de la población a una alimentación digna. Los injustificados aumentos de precios, el desabastecimiento, los problemas de distribución dejaron ver una herida al rojo vivo, consecuencia de un modelo agrícola industrial de producción y consumo basado en la especulación y la ganancia de unos pocos por sobre el bienestar de muchos.

En este contexto, ¿cuánto de la experiencia y del trabajo sostenido de las organizaciones populares con relación a la visibilización de productos de la economía popular, los circuitos alternativos a los grandes súper, la comercialización de mano directa de los productores logrará permear las napas del Estado?

Todas las proyecciones indican que nos acercamos a un escenario de catástrofe. En la Argentina eso se traduce, entre otras cosas, en falta de trabajo y más hambre. No suena retórico entonces afirmar que la necesidad de discutir el sistema agroproductivo dominante es un hierro caliente, y si se quieren cuidar las condiciones de vida de todos, en la mesa tiene que estar la práctica organizativa del sector de la agricultura familiar, campesina e indígena, y de la economía popular.

Ahora, para atacar el hambre en la Argentina de hoy, será preciso además cuestionar la concentración de la tierra. Gobiernos de distinto signo político, más o menos reformistas o conservadores, llevaron adelante algún tipo de política en ese sentido. Con esto queremos decir que el Estado puede y debe jugar un rol activo y decidido para que la cuestión de los alimentos no sea rehén del equilibrio entre la oferta y la demanda. Esa actitud deberá combinar planificación, regulación y, además, nutrirse de la participación fundamental de los actores presentes en el territorio.

## Llueve sobre mojado

En el primer capítulo de este libro, Paula Abal Medina define la pandemia como un gran catalizador de situaciones y urgencias preexistentes que se vieron agravadas por la crisis sanitaria, entre ellas el hambre y el desempleo.

Efectivamente, la cuestión alimentaria ya era un asunto urgente antes de la aparición del covid-19. Los alimentos fueron uno de los rubros más golpeados por la inflación en el último período. Según el Índice de Precios al Consumidor (Indec), solo en 2019 registraron un aumento anual del 56,8%, o sea, por encima del 53,8% de inflación general. Sobre el final del gobierno de Cambiemos, en septiembre de 2019, llegó la sanción de la Ley de Emergencia Alimentaria: uno de cada tres niños padecía hambre, solo el 6% de los argentinos ingería la cantidad de frutas y hortalizas que recomienda la OMS, y el país poseía uno de los mayores consumos per cápita de alimentos ultraprocesados. Aún con la Tarjeta Alimentar, medida impulsada por el actual ministro de Desarrollo Social, Daniel Arroyo, y en funcionamiento desde enero de 2020, alrededor del 17% de la población continúa sin comer, o comiendo poco o mal, según informes recientes de la FAO.

Al hambre y la malnutrición se suman condicionamientos estructurales de larga data: la concentración del sector agroalimentario –fundamentalmente la industria alimentaria y la distribución a través de las cadenas de supermercados–, la concentración de la tierra y la subordinación de la producción al paquete tecnológico de empresas transnacionales que le imprimen una lógica de valorización financiera. Y todo esto impacta de lleno en el precio de los alimentos, en su disponibilidad, en su variedad y calidad.

A la vez, América Latina exhibe la distribución de tierras más desigual de todo el planeta. Según un informe de Oxfam, el 1% de los propietarios explota más de la mitad de las tierras agrícolas. En el caso argentino, por ejemplo, la agricultura familiar posee tan solo el 13,5% de la superficie agraria, pero representa el 75% de los productores del país, da cuenta de más del 60% de las verduras, supera el 85% en el sector caprino, más del 50% de porci-

nos, pollos parrilleros y explotaciones de tambo, y genera el 64% del trabajo permanente en el campo.

El problema, reflexiona Diego Montón de la CLOC-Vía Campesina, que viene estudiando el tema de manera sostenida, es que la agricultura familiar “está subordinada a la agroindustria corporativa y la dinámica de un mercado que, lejos de ser libre, es de unos pocos”. Un caso claro: solo cuatro empresas suman casi el 50% de la producción de harina y superan el 55% de la exportación de harina de trigo, rubro en el que la Argentina domina el 73% del mercado latinoamericano.

### **En el territorio**

La soberanía alimentaria surgió, a mediados de los noventa, como bandera de lucha frente a la ofensiva neoliberal que buscaba mercantilizar la alimentación. La llamada “revolución verde” del capital transnacional, que se presentaba como una solución a la crisis alimentaria, significó en los hechos la expansión del agronegocio, los alimentos transgénicos y agrotóxicos. A todo eso se sumó una serie de consecuencias negativas: monocultivos, tala indiscriminada, expulsiones de comunidades originarias del territorio, afecciones de salud en las poblaciones expuestas al glifosato. Parida por las luchas campesinas, que ponen el foco en el derecho de los pueblos a su tierra y a definir qué alimentos ingerir y cómo producirlos, la soberanía alimentaria es una forma de producción y de relaciones sociales, y como tal una cultura, que reivindica lo ancestral y la biodiversidad, y articula lo local y lo cooperativo. Ahondar en esta línea significa impulsar la agroecología y la agricultura familiar como alternativas al modelo estanciero de producción intensiva e industrializada, que utiliza tecnologías de pastura y desmonte.

Son muchas las organizaciones que en el país vienen trabajando desde este enfoque. El Movimiento Campesino de Santiago del Estero (Mocase), la Unión de Trabajadores Rurales Sin Tierra de Mendoza, el Movimiento Campesino de Córdoba o la Red Puna en Jujuy, todos integrantes de la Vía Campesina, son algu-

nos de tantos, con varias décadas de historia acumulada. Varios de ellos, frente a la crisis del covid-19, activaron redes de distribución de alimentos que llegaron a las barriadas de Mendoza, Córdoba, Misiones, Neuquén y Buenos Aires. En el AMBA y también en la CABA, la Red Buen Vivir, del MP La Dignidad, el MTE Rural y la Unión de Trabajadores de la Tierra (UTT) montan ferias, mercados de consumo popular como Mecopo, almacenes, compras comunitarias, en las que comercializan –directamente del productor al consumidor– verduras, miel, pollos, quesos, aceite, harinas, chacinados.

Los verdurazos de la UTT lograron visibilizar la cuestión de los alimentos como un problema de todos. Fueron una expresión novedosa de protesta social, de acción directa efectiva, generaron adhesión popular además de repercusión mediática. Los productos y la modalidad de la economía popular se empezaron a despegar de un consumo y una apreciación solo “militante” o “campesina”. Se tornó palpable la real dimensión de la diferencia de precios que existe cuando se compra de primera mano al productor: puede llegar al 1500%. Qué comemos, cómo se producen los alimentos, quiénes se enriquecen y especulan con la comercialización de bienes esenciales para la sociedad se volvieron así coordenadas de reflexión cada vez más cercanas.

El Foro por un Programa Agrario Soberano y Popular, que se realizó en mayo de 2019 impulsado por varias de estas organizaciones y que reunió en el microestadio de Ferro a muchos activistas del campo y la ciudad de diversos ámbitos, materializó otra experiencia potente. Se reclamó allí toda una batería de políticas de acceso a la tierra, regularización dominial, fomento de circuitos cortos de comercialización y vinculación directa del productor al consumidor de la mano de un Estado que garantice la soberanía alimentaria del pueblo.

### **El Estado: problema y solución**

Algo de ese programa empezó a cuajar con el cambio en la composición de algunas agencias clave del Estado, a partir del triunfo

electoral del Frente de Todos en las presidenciales. Dirigentes de organizaciones campesinas e indígenas, pero también urbanas, accedieron a espacios de gestión estatal sensibles como la dirección de la Secretaría de Agricultura Familiar de la Nación; cuadros de organizaciones como la UTEP, la central sindical de movimientos populares, llegaron al Ministerio de Desarrollo Social de la Nación. La designación de Nahuel Levaggi (UTT) al frente del Mercado Central de Buenos Aires también es auspiciosa porque prioriza la alimentación de la gente común sin que en el camino queden productores e intermediarios. Pero antes de ese nombramiento, pasaron cuatro meses de disputas intraburocráticas, que luego la pandemia fulminó. Aunque es temprano para balances, esta renovación sustancial puede ayudar a retroalimentar, expandir o potenciar experiencias de organización popular y territorial.

Al mismo tiempo, hay movidas que confunden. Resulta llamativo que luego de la denuncia, que aún se investiga, por la compra de alimentos con sobrepuestos que distribuye el Ministerio de Desarrollo Social de la Nación, el gobierno haya convocado al empresario Luis Pérez Compagnon de Molinos Río de la Plata, con la idea de adquirir 12 millones de toneladas de alimentos “sin intermediarios”. El gesto solo se entiende en la urgencia de la coyuntura, pero es un camino que se debe empezar a desandar. ¿Cómo?

Por ejemplo, asegurando que haya un paquete de productos que no sean prenda de las tensiones y vaivenes de la economía. La reciente sanción de la Ley de Góndolas es un avance en esa dirección porque busca establecer topes a la participación de grandes empresas en los estantes de los supermercados, así como mínimos obligatorios para artículos que producen tanto las pequeñas y medianas empresas como los productores de la economía popular y la agricultura familiar.

El Estado puede desarrollar programas locales de producción articulando municipios, organizaciones y productores; también podría incentivar el armado de empresas mixtas o cooperativas, lo que aumentaría las compras de insumos por región y disminuiría entonces los costos logísticos y operativos (que siempre se suman al producto final), además de acortar los circuitos de comercialización. Todo esto ocurre de hecho, pero por iniciativa

de las propias organizaciones. Tanto mejor sería la cristalización institucional a través de la creación de una Empresa Pública de Alimentos (EPA) que integre los distintos eslabones de la cadena productiva. El proyecto pertenece al Frente Patria Grande (FPG) y al Frente Ciudad Futura, de Santa Fe, dos espacios políticos que creen posible una “gestión social de lo común”. Ambos, a través de los diputados del FPG, impulsan en pinza que la EPA se convierta en ley nacional y que tenga su traducción local en Rosario, pues el intendente de esa ciudad ya manifestó su apoyo. La idea es empezar con plantas de fraccionamiento de alimentos de primera necesidad.

Pero sin dudas uno de los mayores cuellos de botella es la tierra. Una ley que garantice el acceso no debería dilatarse, y mucho menos en este contexto. El Estado nacional posee tierra disponible que puede ceder durante un tiempo para la producción de alimentos sanos y accesibles para las mayorías populares. Ya están funcionando experiencias piloto en provincias y municipios, que podrían replicarse en un futuro no demasiado lejano.

También se puede ir un paso más allá. Por ejemplo, si se cumple con el fallo reciente de la Corte Interamericana que dispuso que el Estado otorgue a la Asociación de Comunidades Indígenas Lhaka Honhat, con patrocinio del CELS, un título único a la propiedad comunitaria de 400 000 hectáreas de tierras ancestrales ubicadas en el norte de Salta, luego de veintidós años. Amparado en este caso, el Estado puede dictar normas que den “seguridad jurídica al derecho humano de propiedad comunitaria indígena”, y de este modo mejorar las condiciones para el acceso al territorio, elemento central para garantizar la soberanía alimentaria.

La “Declaración de los derechos de los campesinos y otras personas que trabajan en áreas rurales”, que la Asamblea General de la ONU aprobó a fines de 2018, constituye una guía ineludible para trazar políticas públicas vinculadas al sector, ya que enumera algunas: acceso a la tierra y al agua de riego, acceso a mercados y precios justos para un nivel de vida adecuado, acceso al agregado de valor, derecho a las semillas, entre otras. En aquella votación, el gobierno de Cambiemos se abstuvo, una actitud que puede ser

enmendada por la Argentina si se definen garantías para el campesinado y su capacidad para producir alimentos.

Los desafíos están a la vuelta de la esquina. En un contexto de crisis, lo extraordinario asoma como posible, resurgen ideas que hasta ayer podían sonar extemporáneas o demasiado audaces para el posibilismo nuestro de cada día. Sin embargo, la necesidad de que los Estados hagan algún tipo de reforma agraria con eje en la alimentación y adhieran a la propuesta de la soberanía alimentaria no es ya el ideal de un segmento de la sociedad sino una interpelación urgente, y tal vez el único sendero viable para que en el incierto mundo pospandémico tengamos una vida digna. Si no es ahora, cuándo.



## 15. Unidad para qué

Juan Grabois

La unidad nacional siempre fue un cliché ambiguo. En primer lugar, ¿de qué nación hablamos? O, incluso, ¿qué es una nación? ¿Aquella unidad de destino nacida al calor de la gesta de la independencia, que insinuaba una dinámica integradora entre los pueblos originarios y la cultura criolla? ¿O la estrecha concepción liberal que la circunscribe a un mapa trazado por poderes exógenos, con sus instituciones decimonónicas mal copiadas del hemisferio norte? ¿La Argentina grande, bioceánica, que emergió del proceso revolucionario de Mayo? ¿O la Argentina pequeña, desmembrada por la obstinación unitaria y la astuta diplomacia británica? ¿O tal vez la Argentina con perspectiva continentalista latente en la tradición popular latinoamericana?

Sin duda, hoy hablamos de otra cosa cuando apelamos a la unidad nacional. Los debates geopolíticos quedaron reducidos a algunos círculos de intelectuales marginales. La estrechez de miras y la ausencia de un proyecto estratégico plantean la unidad nacional en términos provincianos y liberales, como una amalgama de actores políticos y económicos en un contexto de dependencia y maldesarrollo. Son dos bonitas palabras, “unidad” y “nacional”, que se combinan sin un propósito claro para justificar una política de reformas moderadas en el mejor de los casos y, más asiduamente, de estabilización precaria de la decadente estructura de poder de nuestro país.

Podría decirse que la potencia de la unidad nacional radica en otro cliché de las superestructuras enunciativas: las políticas de Estado. Cabría preguntarse cuáles son. En las últimas décadas, solo algunas políticas del ciclo kirchnerista han resistido el cambio de gobierno y por tanto merecen tal nombre. Una de ellas

es la loable ampliación del sistema de seguridad social que hoy abarca a un alto porcentaje de la población con algún tipo de derecho económico. No es poca cosa si se compara con el resto de los trozos balcanizados de América Latina, pero reduce el espectro de lo posible a la dimensión del consumo individual de mera subsistencia.

Los movimientos populares vienen planteando con creciente fuerza una nueva generación de derechos de cariz comunitario, sintetizados en la consigna Tierra, Techo y Trabajo. Se trata de nivelar hacia arriba la realidad material del tercio de nuestra población trabajadora que está sumergido en la más indignante miseria. La reforma agraria, la integración urbana y la economía popular van abriéndose camino en el discurso público y la legislación como agenda de transformación de los sectores excluidos. En ese sentido, la CTEP, el Triunvirato de San Cayetano y la flamante UTEP, en alianza con un sector importante del sindicalismo tradicional, han logrado impulsar tres leyes fundamentales que marcan esta perspectiva.

Para ponerlas en orden cronológico, podríamos enumerarlas de este modo. En primer lugar, la olvidada Ley de Reparación Histórica de la Agricultura Familiar, sancionada durante el gobierno de Cristina Fernández; en segundo lugar, la Ley de Economía Popular y Salario Social Complementario, más conocida como “Emergencia Social”; en tercer lugar, la Ley de Integración Sociourbana de los Barrios Populares (las dos últimas sancionadas durante el gobierno de Mauricio Macri por una abrumadora mayoría parlamentaria en ambas cámaras). Un conjunto de nuevos derechos que intentan materializar esa consigna de las 3T. Políticas de Estado. Unidad nacional. Para algo.

Lamentablemente, los resultados prácticos de estas normas son escasos. La Ley de Agricultura Familiar nunca fue reglamentada y carece de presupuesto. Solo un 10% de los seis millones de trabajadoras y trabajadores de la economía popular acceden al salario social complementario y a los subsistemas de seguridad social asociados. Los procesos de integración sociourbana se limitan, por ahora, a la obtención del certificado de vivienda familiar que reconoce la posesión legítima de las familias asentadas en las ba-

riadas dominialmente irregulares. La falta de inversión pública y gestión creativa, desburocratizada, articulada, viene trabando el avance de estas reformas indispensables para la vida digna.

El rol de los movimientos populares es convertir en realidad efectiva estos papeles archivados, estas leyes semimuertas. ¿Cómo? Batallando en todos los frentes posibles. Incidiendo en la superestructura política para que las aplique, promoviendo parlamentarios que las defiendan, predicando para sostener estos temas en la agenda pública, aportando cuadros a las estructuras institucionales para que las desarrollen, movilizandolos para reclamar cuando se paralizan.

La pandemia del covid-19, expresión sanitaria de la crisis sistémica de la globalización capitalista, se presenta como un riesgo y una oportunidad para el desarrollo de nuestra propuesta. Riesgo, porque frente a lo incierto hay fuerzas que empujan una reestructuración política que garantice la salud y los privilegios para una minoría de la sociedad, conteniendo violentamente a las mayorías en las periferias precarias. Oportunidad, porque pone sobre la mesa la putrefacción de un país sobreurbanizado, empobrecido a escalas inimaginables, con un mercado laboral diminuto y un mercado inmobiliario expulsivo.

En cualquier caso, el contexto anticipa una confrontación muy fuerte entre ambas tendencias. La unidad nacional, en los términos estrechos en los que está planteada, parece difícil. Las condiciones de posibilidad de un consenso hegemónico progresivo radican en la capacidad de los movimientos populares para infundir en la clase dominante la certeza de que ceder algo es mejor que perderlo todo. Y eso parece difícil con una dirigencia narcotizada por las aspiraciones individuales, las pujillas de facción y la naturalización de una realidad distópica en la que un grifo con agua potable, un techo sin goteras, un salario mínimo que supere la canasta básica o un monte sin glifosato parecerían lujos inalcanzables.



## 16. Expropiación y después

Mario Santucho

El ministro de Economía de la Argentina publicó el 27 de marzo de 2020, en plena emergencia sanitaria, un artículo titulado [“Cinco principios para la pandemia”](#). Su tercera propuesta consiste en “preservar el capital organizacional (conocimientos) que existe hoy en las empresas, lo cual no es lo mismo que proteger las utilidades de los accionistas”, para de ese modo “preparar una recuperación más amplia tras la crisis”.

Esa sugerente distinción me motivó a hacerle una pregunta específica: “¿No es una crisis de esta magnitud una buena oportunidad para la emergencia de otro tipo de empresariado, que pueda asumir el desafío productivo que viene después de la cuarentena?”.

Martín Guzmán respondió con prontitud: “La idea es justamente no defender a los empresarios sino al conocimiento que existe en las organizaciones. Lo contrario de lo que se hizo en el mundo en la crisis de 2008. Todo un desafío en el contexto del sistema actual”. Si interpreto bien la consideración del ministro, la clave estaría en distinguir las capacidades productivas de una empresa de la forma rentista que convierte a la acumulación contemporánea en una actividad esencialmente especuladora.

El 8 de junio, el presidente Alberto Fernández anunció la intervención de Vicentin, una de las tres firmas de capital nacional que lideran el Complejo Industrial Oleaginoso, sin duda el entramado productivo clave de la Argentina. El proceso de quiebra en el que se vio envuelto el tradicional grupo agroexportador es un caso testigo de la naturaleza fraudulenta que corroe al modo de producción, signado por la valorización financiera y la fuga de capitales. Vicentin es una expresión de la encrucijada que enfrenta el país,

entre limitarse a instrumentar un salvataje o decidirse a hacer las cosas de otra manera.

Una crisis es verdadera, o sea históricamente relevante, cuando las certezas que parecían inamovibles se revelan contingentes. Porque, entonces, la sociedad pende de un hilo. Tal incertidumbre es fuente de angustia y suele alimentar sentimientos conservadores. Pero también es el caldo de cultivo para alternativas innovadoras: tensar ese hilo al máximo para fundar algo nuevo, como quien tira una flecha en busca de territorios conceptuales aún no explorados. El desafío en la hora crítica que vivimos consiste en replantear de cuajo lo que entendemos por empresa.

### **La noche de los proletarios**

Se sabe que el triunfo del neoliberalismo tiene como fundamento la financierización de la economía, es decir, la hegemonía del capital financiero en el proceso de producción de valor. Las nuevas tecnologías digitales fueron su condición de posibilidad, al acelerar el desplazamiento del dinero permitiéndole conquistar su definitiva dimensión global. Una de las consecuencias más visibles es el fin de la promesa del pleno empleo y, con él, del acceso a la ciudadanía para todos a través del salario.

A partir de ese momento asistimos a la expulsión sistemática del mercado laboral de vastos sectores de la población. Los trabajadores formales disminuyeron y ya son una minoría, al tiempo que fue apareciendo una masa inmensa de “excluidos” cuyas vidas pasaron a estar signadas por la precariedad existencial.

Pero poco a poco este nuevo sujeto desclasado comenzó a reconocer su propia potencia de actuar y se rebeló contra el mote de “improductivo” que el mercado y los medios de comunicación le propinaban. Se percató de que el empleo no es sinónimo de trabajo, que este último puede adoptar otras formas de expresarse, y que estar desempleado no significa necesariamente carecer de ocupación. A partir de este espabilar subjetivo surge la economía popular, un movimiento multiforme y magmático que se organizó para exigirle al Estado los medios indispensables de subsistencia.

Y en ese proceso de lucha fue descubriendo que no solo tiene el poder para conseguir el sustento, sino que también es capaz de producirlo.

Casi en paralelo a esta emergencia plebeya se desató la rebelión feminista, cuyo origen fue el “Ni una menos” contra la violencia machista. Para combatir el abuso patriarcal, las mujeres están desplegando un masivo movimiento de politización de los cuidados. Y la teoría económica que emana de esa estrategia de poder pone la reproducción social en el centro del debate, desordenando lo que entendemos por “valor”. En el corazón de esta propuesta anida una auténtica inversión de las prioridades, capaz de alumbrar una alternativa al capitalismo.

### **La otra cara de la moneda**

Hasta aquí lo que ya ha sido dicho desde diferentes perspectivas críticas. Pero hay algo que no hemos percibido con la misma nitidez, quizá porque se trata de un giro un tanto insólito: resulta que la financierización también está expulsando al empresariado del proceso productivo.

Para comprender el sentido de este desplazamiento es preciso tomar nota de un fenómeno que algunos economistas contemporáneos definen como “el devenir renta de la ganancia capitalista”. Esto quiere decir que el beneficio se extrae cada vez menos de la productividad del trabajo y cada vez más es el resultado de una operación financiera. La fórmula general del capital deja de ser D-M-D’ (dinero-mercancía-dinero incrementado), para convertirse en D-D’. Y cuando el dinero produce dinero, la inversión productiva pierde atractivo. ¿Para qué sumergirse en el “barro” de la producción, donde hay que lidiar con los sindicatos, con el Estado burocrático, con los dilemas de la logística, si el beneficio puede incrementarse con un par de clics más o menos acertados?

Esto no significa que el capital se haya emancipado definitivamente de la producción material, ni siquiera que pueda verificarse una caída de la actividad industrial a escala planetaria. Lo que parece indudable es que la gran apuesta de John Maynard

Keynes, quien pronosticaba a mediados del siglo XX la inminente “eutanasia del rentista”, fue desmentida por la realidad. ¿Cuál es el significado político de esta tendencia económica?

La fuga del dinero hacia lo financiero mutila al capitalista de la función social que lo distinguió al inicio de la modernidad: organizar la cooperación para incrementar la productividad del trabajo humano. Durante cuatro siglos su aporte consistió en reunir las fuerzas productivas en un espacio y un tiempo determinados, desempeñando el papel de maestro de ceremonias. En su fábrica se daban cita la mano de obra, las máquinas, las materias primas; y al amparo de las instituciones públicas, se multiplicaban los panes, los peces y las mercancías. Pero al sacarse el traje de empresario y ponerse el frac del rentista, el capital perdió su razón de ser.

Aquel rol de coordinación que justificaba su ganancia –incluso si se quedaba con la mayor parte del botín– ahora es un mero señorío que se ejerce desde el exterior del proceso productivo. Al desterritorializarse, el capital financiero centraliza cada vez más el poder de mando en unos pocos fondos que definen las variables claves de la economía, como el valor de la moneda, las tasas de interés o el precio de los alimentos. Este es el fundamento ético del “extractivismo”, que convierte a los recursos comunes en *commodities* y a los ciudadanos en poblaciones endeudadas. Así, el capital dejó de ser un dinamo social y se ha convertido en un parásito.

La posibilidad de una recuperación productiva en la Argentina pospandemia choca de frente contra esta verdadera secesión de los propietarios. [Según el presidente del Banco Central](#), Miguel Pesce, el Estado está inyectando dinero en la sociedad de manera excepcional para atender la situación de emergencia que se vive (“Le estamos dando a la maquinita con las dos manos”). El objetivo inmediato consiste en evitar que los niveles de pobreza asciendan del 40% que dejó el gobierno empresario de Macri a un 60%, producto de la caída en la actividad que se diagnostica. Pero lo que realmente está en juego es si esa transfusión extraordinaria de recursos podrá funcionar como un catalizador para reactivar la muribunda economía nacional. Luego de cumplido el primer ciclo de su realización, la mayor parte de esa masa dineraria ha sido absorbida por el puñado de empresas que proveen los bienes y servicios de

consumo masivo. Los funcionarios estatales saben que allí radica el momento crítico: ¿reinvertirán ese beneficio en el proceso productivo o volverán a escabullirse por la canaleta de la fuga de divisas?

### **Mejor que llorar es hacer**

Ante los hechos consumados algunos gobernantes se paralizan, otros se indignan, otros hacen puchero de resignación. Portan en sus mochilas una derrota difícil de remontar: cuando quiso reemplazar al capital en su función empresaria, el Estado casi siempre fracasó. Y todo parece indicar que no por una razón circunstancial de eficiencia, sino por una cuestión de principio: la idea misma de un “capitalista colectivo” es un oxímoron.

Es cierto que a veces los oxímoron funcionan como inspiración para grandes relatos épicos; pero las evidencias empíricas se siguen acumulando en lo que va del siglo XXI. Existe una vieja explicación teórica para esa incapacidad: el Estado expresa el interés general, no necesariamente el bien común. Y el interés general es una construcción hegemónica, cuyo diseño está en manos de los poderes del dinero. Conclusión: en el corazón mismo del Estado late el capital. ¿China confirma o desmiente esta premisa?

Ahora bien, si el dinero huye hacia el firmamento financiero no es solo porque allí la pase bomba. La contracara de ese éxodo es que “el trabajo” se torna cada vez más autónomo y productivo. Las y los laburantes se apropian con soltura de los sofisticados dispositivos comunicacionales y alcanzan, a través de las organizaciones sociales, las cooperativas o las asociaciones civiles, capacidades logísticas que les permiten gestionar segmentos cada vez mayores de la producción. Mientras garantizan la reproducción de la vida por fuera del mercado laboral capitalista, reinventan la afectividad tradicional desbordando a la familia y las sexualidades clásicas. La universalización del teletrabajo durante los meses de aislamiento obligatorio es otro índice de cómo se ha descentralizado la cooperación social.

El problema es que ese inmenso valor que producimos no se traduce en renta ni en poder político: estamos minusvalorados.

El verdadero cambio en las prioridades no consiste en combatir la pobreza, como propuso al inicio de su gobierno el presidente Alberto Fernández, sino en reconocer a los sujetos que producen la riqueza de la sociedad. Si algo nos ha permitido la pandemia es develar el infame descuido en el que sumergimos a aquellos resortes esenciales para la comunidad: la salud pública, la provisión de alimentos para la población, las condiciones habitacionales de las grandes mayorías, entre otros rubros.

Las alternativas en la historia no prosperan de manera espontánea ni son hijas del consenso. Hay que empujar para que nazcan, derrotar a las fuerzas que intentan impedir su aparición, y cuidar muy bien el sentido de esa emergencia. Para eso sirve la política: para inventar los modos de acción que plasmen en lo real aquello que existe como promesa o posibilidad. Quizás haya llegado la hora de perfilar un sujeto empresario de nuevo tipo, que sea capaz de articular las potencias productivas de la sociedad en función del bien común. Vicentin puede ser el vehículo de esta audaz innovación institucional.

## Les autores

### **Paula Abal Medina**

Nació en 1975. Es socióloga y trabaja como docente e investigadora en la Universidad Nacional de San Martín y el Conicet. Participa también en experiencias de formación política y sindical en Foetra, Sindicato de Trabajadores del Subte, Conadu y SEC (Rosario). Escribió, además de incontables artículos, el libro *Ser solo un número más. Trabajadores jóvenes, grandes empresas y activistas sindicales en la Argentina actual*. Es editora general del medio digital *La Nación Trabajadora*.  
@paulaabalmedina

### **Florencia Badaracco**

Nació en 1975. Estudió Letras en la Universidad de Buenos Aires. Muchos años fue docente en esa universidad y en la Universidad de General Sarmiento. Formó parte de la dirección editorial de la revista cultural *Todavía* hasta que la cerraron. Trabaja en gestión cultural dentro del sector privado y está siempre buscando cómo dejar de hacerlo. @avecesflorbada

### **Alejandro Bercovich**

Nació en 1982. Licenciado en Economía y docente. Escribe en *BAE Negocios*. Conduce *Brotos Verdes* en C5N y *Pasaran cosas* en Radio con Vos. Coautor de los libros *Estoy verde*, *Dólar, una pasión argentina* y *Vaca Muerta. El sueño de un boom petrolero argentino*. @aleberco

### **Leandro Bartolotta**

Nació en 1983. Nació y vive en Quilmes. Veterano de esquina y leyenda del metegol de chapa, con título de sociólogo. Trabaja de docente en el Conurbano y en educación a distancia. Integra el Colectivo Juguetes Perdidos. @lea\_bartolotta

### **Ignacio Gago**

Nació en 1983. Vive en La Paternal. Integra el colectivo Juguetes Perdidos. Coautor del libro *Redondos. A quién le importa. Biografía política de Patricio Rey*.

### **Natalia Gelós**

Nació en Cabildo, provincia de Buenos Aires, en 1979. Es periodista *freelance*. Estudió en la Universidad Nacional de La Plata. Colabora en diferentes medios gráficos. Es autora del libro *Antonio Di Benedetto Periodista (Capital Intelectual)*. @nataliagelos

### **Diego Golombek**

Es doctor en Ciencias Biológicas por la Universidad de Buenos Aires. Profesor titular en la Universidad Nacional de Quilmes e investigador superior del Conicet. Fue presidente de la Sociedad Argentina de Neurociencias y coordinador del Programa Nacional de Popularización de la Ciencia. Además de su labor como científico, tiene una reconocida trayectoria como divulgador de la ciencia en diversos ciclos televisivos y medios gráficos. Es autor de varios libros y uno de los organizadores de TEDxRíodelaPlata. @DiegoGolombek

### **Horacio González**

Nació en 1944. Sociólogo, docente, ensayista, escritor. Entre 2005 y 2015 fue director de la Biblioteca Nacional. Dirigió la revista *El ojo mocho*. Integró el espacio de intelectuales Carta Abierta, desde su fundación en 2008 hasta 2019. Profesor de Teoría estética, Pensamiento social latinoamericano y Pensamiento político argentino.

**Juan Grabois**

Nació en 1983 en la ciudad de Buenos Aires. Es abogado, licenciado en Ciencias Sociales, autor, traductor y dirigente social. Es fundador y referente del Movimiento de Trabajadores Excluidos (MTE) y de la Confederación de Trabajadores de la Economía Popular (CTEP). Trabaja como docente de Teoría del Estado en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, y dirige la Escuela Nacional de Organización Comunitaria y Economía Popular. Es autor del ensayo *La clase peligrosa* y de *Los siete pecados argentinos*. @JuanGrabois

**Marcelo Leiras**

Profesor y director del Departamento de Ciencias Sociales y de la Maestría en Administración y Políticas Públicas de la Universidad de San Andrés. También es investigador independiente del Conicet. Licenciado en Sociología por la Universidad de Buenos Aires (1993) y Ph.D. en el Departamento de Ciencia Política de la Universidad de Notre Dame (2006). Es autor de *Todos los caballos del rey: la integración de los partidos y el gobierno democrático de la Argentina, 1995-2003* y coeditor (junto con Daniel Brinks y Scott Mainwaring) del volumen *Reflections on uneven democracies: the legacy of Guillermo O'Donnell* (2014). @LeirasMarce

**Paula Litvachky**

Nació en 1972. Abogada de derechos humanos. En el CELS desde Cemento. Trabajó cinco años en la Procuración General de la Nación. Desde febrero de 2020 es directora ejecutiva del CELS. @paula\_lit

**Mariano Linás**

Nació en 1975. Es director, guionista, actor y profesor de cine. Integra –junto con Laura Citarella, Agustín Mendilaharsu y Alejo Moguillansky– El Pampero Cine, productora y laboratorio de experimentación cinematográfica. Dirigió *Balnearios*, *Historias extraordinarias* y *La flor*. @LinásMariano

### **Federico Orchani**

Nació en 1985. Santiagueño en Buenos aires. Activista de los derechos humanos en el CELS. Carrilero ida y vuelta entre el territorio y la ciencia política. @fedeorchani

### **Martín Rodríguez**

Nació en 1978. Es autor de varios libros de poesía, entre ellos *Agua negra*, *Maternidad Sardá* y *Ministerio de Desarrollo Social*. También publicó el libro de ensayos *Orden y progresismo, los años kirchneristas*. Colabora en el medio digital *La Política Online* y en el periódico *Le Monde diplomatique*. Es editor de la revista digital *La Nación Trabajadora*, y fundador y coeditor de *Panamá Revista*. Su último libro, escrito con Pablo Touzon, es *La grieta desnuda. El macrismo y su época*. @Tintalimon

### **Mario Santucho**

Nació en 1975. Estudió Sociología en la Universidad de Buenos Aires, formó parte del Colectivo Situaciones, hoy edita la revista *Crisis* y es un respetable jugador de béisbol. Autor del libro *Bombo, el reaparecido*, publicado en 2019. Conduce, junto con Ximena Tordini, el programa *Crisis en el aire*, en Radio Nacional.

### **Gonzalo Sarrais Alier**

Nació en Banfield en 1983 y vive en Caseros. Sociólogo. Trabaja hace tiempo en distintos programas sociales en el Conurbano y la CABA. Integra el Colectivo Juguetes Perdidos.

### **Mariano Schuster**

Es periodista. Es editor de la plataforma digital de *Nueva Sociedad*, editor de *La Vanguardia* (Argentina) y corresponsal argentino para el periódico español *El Confidencial*. Ha colaborado con medios como *Letras Libres*, *La Nación* y *Le Monde diplomatique*, entre otros. @schusmariano

**Rita Segato**

Es doctora en Antropología de la Queen's University of Belfast, Irlanda. Es profesora de Antropología y Bioética en la Cátedra Unesco de la Universidad de Brasilia. Sus principales campos de interés se centran en las nuevas formas de violencia contra las mujeres y en las consecuencias contemporáneas de la colonialidad del poder. Entre sus obras más importantes se encuentran: *Las estructuras elementales de la violencia*, *La nación y sus otros* y *La crítica de la colonialidad en ocho ensayos y una antropología por demanda*.

**Juan Gabriel Tokatlian**

Nació en 1954. Ph.D. en Relaciones Internacionales por The Johns Hopkins University. Actualmente es vicerrector de la Universidad Di Tella. Autor del libro *Qué hacer con las drogas. Una mirada progresista sobre un tema habitualmente abordado desde el oportunismo político y los intereses creados*. Vivió y trabajó en Colombia entre 1981 y 1998.

**Ximena Tordini**

Es editora de la revista *Crisis* y directora de comunicación del CELS. En la actualidad, investiga las desapariciones contemporáneas. Conduce, junto con Mario Santucho, el programa *Crisis en el aire*, en Radio Nacional. @ximetordini

**siglo xxi editores, méxico**

CERRO DEL AGUA 248, ROMERO DE TERREROS, 04310 MÉXICO, DF  
[www.sigloxxieditores.com.mx](http://www.sigloxxieditores.com.mx)

**siglo xxi editores, argentina**

GUATEMALA 4824, C1425BUP, BUENOS AIRES, ARGENTINA  
[www.sigloxxieditores.com.ar](http://www.sigloxxieditores.com.ar)

**anthropos**

LEPANT 241, 243 08013 BARCELONA, ESPAÑA  
[www.anthropos-editorial.com](http://www.anthropos-editorial.com)

---

---

La vida en suspenso: 16 hipótesis sobre la Argentina irreconocible que viene / Mario Santucho... [et al.]- 1ª ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina, 2020.  
Libro digital, EPUB.- (Crisis)

Archivo Digital: descarga y online  
ISBN 978-987-801-025-0

1. Análisis Político. 2. Política Argentina. 3. Investigación Periodística.  
I. Gago, Ignacio.  
CDD 320.82

---

© 2020, Siglo Veintiuno Editores Argentina S.A.

Diseño de colección: Eugenia Lardiés  
Ilustración de cubierta: Alejandro Galliano

ISBN 978-987-801-025-0

Hecho el depósito que marca la ley 11.723  
Impreso en Argentina // Made in Argentina